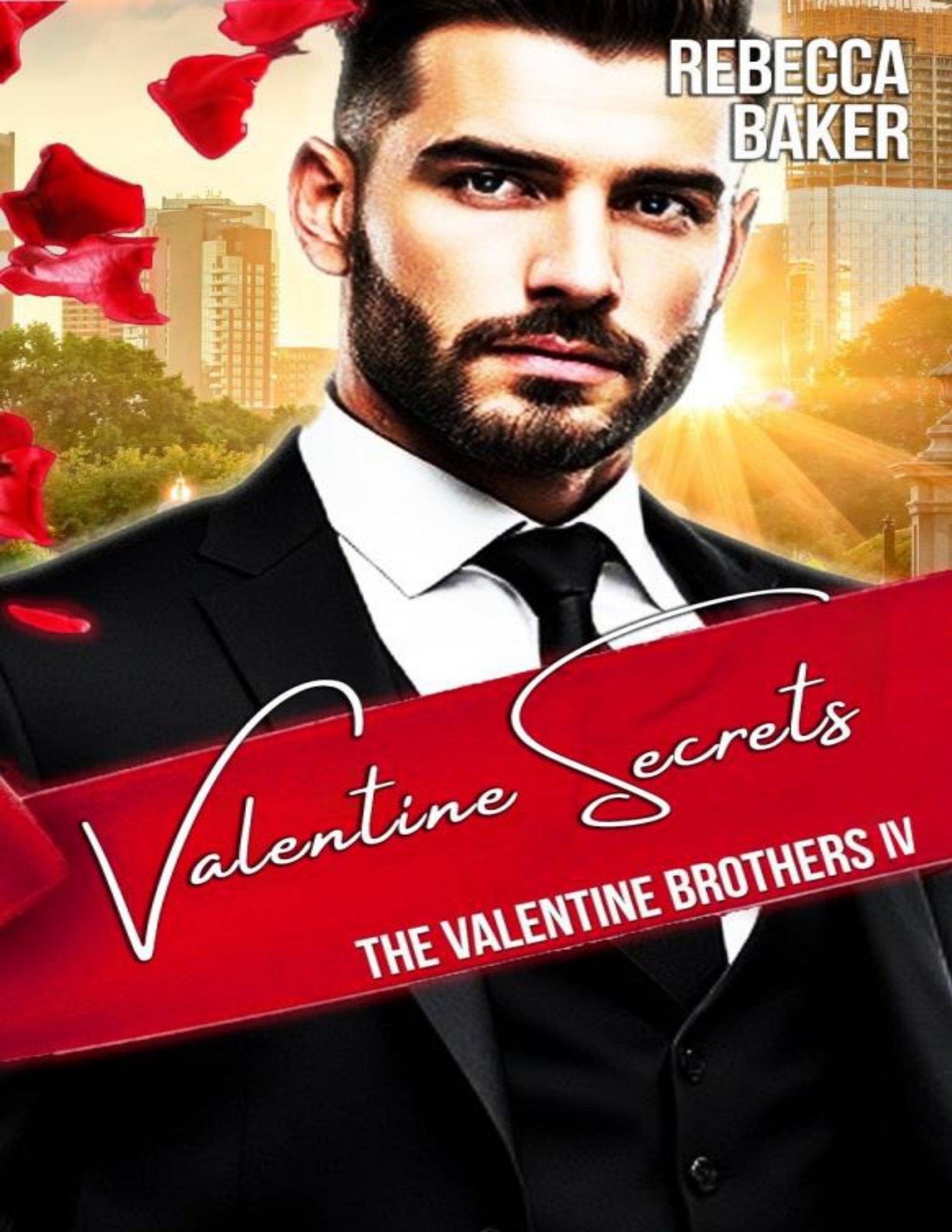

REBECCA
BAKER
Valentine Secrets
THE VALENTINE BROTHERS IV

Valentine Secrets

Una noche con Cenicienta

Rebecca Baker

Indice

Sinopsis
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23

Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Epílogo

Sinopsis

Un percance con el vestuario. Una noche apasionada. Pero debo huir porque él es mi jefe y esto nunca debe salir a la luz.

El rico CEO Ryan Valentine solo quería divertirse un poco. La rubia de ayer era perfecta para ello. Pero cuando a la mañana siguiente solo queda su zapato y sus hermanos se enteran, acepta una apuesta: encontrará a esta Cenicienta. Y la convertirá en su esposa.

Cuando la tímida asistente **Patricia** derrama una bebida sobre su vestido en la gala corporativa de su jefe Ryan Valentine, no sospecha que este momento cambiará su vida para siempre. Quiere cambiarse en un armario, prueba un sexy disfraz de tigre y es sorprendida allí por un atractivo desconocido que aún lleva una de esas máscaras del baile.

El extraño la seduce de inmediato y sigue una noche de pasión desenfrenada.

Patricia sabe que esto fue algo de una sola vez. Y después del placer y la pasión, la invade la vergüenza porque ella no es ese tipo de mujer. Huye apresuradamente. Como ha olvidado un zapato, regresa y ve quién sale del armario después de ella, reconociendo quién era el extraño. Es Ryan Valentine. ¡Dios mío... nadie debe enterarse jamás de esto!

Para **Ryan Valentine**, la última noche fue exactamente de su gusto. Sin embargo, es nuevo que la mujer lo deje plantado y no al revés. Aparentemente tenía prisa, pues solo quedó un zapato de ella.

Cuando sus hermanos lo molestan con esto, no puede dejarlo pasar y apuesta 10 millones de dólares a que encontrará y se casará con esta Cenicienta del sexy disfraz de tigre.

Nunca imaginó que se tratara precisamente de su asistente. ¿Y menos aún que después de esa noche ella esté embarazada de él? ¿Quería endilgarle el niño a propósito? ¿Es la pequeña Cenicienta en realidad un lobo feroz?

Pero Patricia también empieza a dudar cuando se entera de la apuesta y aparentemente solo es un juguete de su jefe...

Capítulo 1

Patricia

La luz de la luna se filtra a través de las finas cortinas, bañando mi dormitorio en una seductora penumbra. Estoy tumbada en mi cama, vestida solo con ropa interior de encaje negro. El fresco aire nocturno acaricia mi piel desnuda y me hace estremecer.

Se acercan unos pasos. Lentos. Deliberados. Cada uno de ellos lleno de confianza.

—¡Oh, Dios, sí! —se me escapa y me tapo la boca con la mano. Pero no puedo evitarlo: todo mi cuerpo está tenso, pues he estado esperando este momento durante tanto tiempo y con tanta ansia. Ahora ha llegado el momento:

El hombre de mis sueños está en el marco de la puerta. Es alto. Musculoso. En su mano cuelgan unas esposas plateadas. La tenue luz de la habitación proviene únicamente de la lámpara de pie junto a mi cama. Él simplemente está ahí, en la penumbra del marco de la puerta del baño, donde se ha quitado la ropa. La oscuridad oculta su rostro, pero su cuerpo... Dios mío. Músculos definidos, abdominales marcados y el bulto en sus calzoncillos hace que mi vientre se contraiga. Es perfecto.

No: ¡Más que eso! ¡Es aún mejor de lo que me había imaginado!

—Quédate exactamente así —susurra con esa voz profunda y aterciopelada que me provoca un escalofrío por la espalda.

Asiento en silencio y obedezco. Por supuesto que lo hago. Todo mi cuerpo hormiguea de anticipación.

—Y ahora cierra los ojos —ordena. Obedezco de nuevo. Entonces oigo pasos. Se acerca, sus movimientos suenan ágiles como los de un depredador acechando a su presa. Y la presa soy yo. Mi corazón late con fuerza. Luego escucho el suave tintineo del metal de las esposas a mi lado y reprimo el impulso de abrir los ojos.

Cuando sus dedos rozan mi muñeca, se me escapa un gemido. Este simple toque envía descargas eléctricas por todo mi cuerpo. Su mano se mueve hacia arriba, sobre mi brazo, mi hombro, mi cuello. No puedo evitarlo: lo deseo. Cada fibra de mi cuerpo grita por ser tocada por él.

—Eres hermosa —murmura y se inclina hacia mí. Sus labios están a solo milímetros de los míos. Un aroma familiar llega a mi nariz. Es como si hubiera olido este aroma muchas veces a mi lado. Pero eso no puede ser. ¿O sí?

No importa, quiero a este hombre. Más que nada en el mundo. Lo quiero sobre mí, profundamente dentro de mí y quiero mirarlo a los ojos cuando me bese en un momento y quiero...

Entonces todo da vueltas. Grito, pero de mi garganta no sale ningún sonido cuando miro a los ojos de mi jefe Ryan Valentine, que se inclina sobre mí y me mira como un depredador.

El mundo gira, todo cambia a mi alrededor, se vuelve borroso y se siente como si estuviera cayendo. Entonces algo suena a mi lado. Al principio pienso que son las esposas que se aprietan aún más, pero luego suena como un teléfono. Grito de nuevo, tan fuerte como puedo.

—¡NOOOOO!

Mi propio grito me hace incorporarme en la cama. Miro a mi alrededor confundida. Empapada en sudor y con el corazón latiendo salvajemente, estoy tumbada en mis sábanas revueltas. No hay nadie aquí. No llevo esposas. Después de unos milisegundos de confusión, me doy cuenta de lo que acaba de pasar: ¡Un sueño! De nuevo el mismo sueño.

Una conocida humedad entre mis piernas me recuerda lo real que se ha sentido este sueño. De nuevo Ryan Valentine. Mi jefe. El exitoso y atractivo CEO de Valentine Industries. Y estoy soñando con él de una manera que definitivamente no es apropiada para mí como su asistente personal.

Entonces vuelvo a oír el sonido que sonó al final de mi sueño, me sobresalto y tiro instintivamente de la manta hacia arriba antes de darme cuenta de que el timbre proviene de mi teléfono móvil en la mesita de noche junto a mí. Me froto los ojos, cojo el aparato y quiero apagar la alarma cuando me doy cuenta de que un pequeño rayo de sol se abre paso a través de las rendijas de la persiana frente a mi ventana y que seguramente es hora de levantarse.

Pero en lugar del icono del despertador, me encuentro con la cara de mi amiga Josie, cuya llamada probablemente me ha salvado de más seducciones oníricas de mi jefe. Porque a veces el sueño va incluso más allá y... Aparto el pensamiento y contesto la llamada para no entregarme a mis salvajes ensoñaciones.

—Hola —croajo y me aclaro la garganta rápidamente. Mi voz suena aún ronca por el sueño y

probablemente por... otras cosas.

—¡Patricia! ¡Suenas totalmente dormida!

—Yo... eh... acabo de despertarme.

—¡Oh, lo siento! No lo sabía. Pensé que... bueno, ahora ya estás despierta —se ríe Josie—. Pero en realidad te llamo por una razón completamente diferente. ¿Adivina qué es el tema de todos los periódicos de la ciudad hoy?

Me froto los ojos e intento disipar las últimas imágenes del sueño.

—No tengo ni idea.

—¡La Gala Valentine! ¡Esta noche en el Royal Empire Hotel! ¡El punto culminante social del año! —La voz de Josie casi se quiebra de emoción—. Toda la alta sociedad de Boston estará allí. Y por supuesto el anfitrión en persona: ¡tu misterioso y atractivo jefe!

Siento cómo el rubor sube a mi rostro. Si Josie supiera lo que acabo de soñar con ese "misterioso y atractivo jefe"...

—¿Pat? ¿Sigues ahí?

—Sí, lo siento —murmuro—. Sí, es cierto. El gran evento es hoy —digo fríamente.

—¡Oh, vamos, Pat! Suelta algunos detalles y no me hagas sufrir tanto. Seguro que has estado involucrada en la planificación.

Tengo que reprimir una sonrisa. Por supuesto que estuve involucrada. Prácticamente todo el piso ejecutivo. Suspiro y le doy a Josie lo que quiere oír.

—Sí, vale, todo será bastante glamuroso —explico mientras me estiro y me levanto lentamente de la cama—. El Royal Empire ha sido renovado durante semanas especialmente para esto.

—¡Cuéntame más! —insiste Josie emocionada—. Los periódicos dicen que será el evento del año. ¡Un baile de máscaras! ¡Como en las películas! ¡Es increíble!

Me arrastro al baño mientras sujeto el teléfono entre la oreja y el hombro. —El salón de baile histórico es realmente impresionante. Rosas blancas y rojas por todas partes, candelabros venecianos e incluso esculturas de hielo. La planificación ha sido una locura total.

—¿Y todos los invitados llevarán máscaras? ¡Qué romántico!

—Al menos al principio —explico mientras examino críticamente mi aspecto arrugado en el espejo—. A medianoche se las quitarán.

—¡Oh, Dios mío, es como la Cenicienta! —Josie chilla entusiasmada. Luego su voz se vuelve conspiradora—: Oye, dime... es un evento tan enorme. ¿Crees que alguien notaría si me abrieras la puerta de una entrada lateral y me...

—No —la interrumpo rápidamente—. Ni hablar. La lista de invitados está estrictamente limitada. Solo la élite absoluta de la ciudad. —Me detengo y me doy cuenta de lo despectivo que suena—. Y los empleados de la empresa. Sin mi trabajo, seguro que yo tampoco sería bienvenida allí, ¡créeme! Y si se descubre que estoy colando a mi amiga, perderé mi trabajo.

—Vale, es cierto. Tampoco quiero que te metas en problemas por mi culpa —dice Josie un poco decepcionada y hace una pausa breve.

—¿Y si entro oficialmente por la entrada principal? ¡Al diablo con la lista de invitados! Eres la asistente personal de Ryan Valentine, seguro que podrías hacer que...

—Josie —suspiro—. Yo solo organizo. No estoy invitada. Es otra liga. No estoy allí por placer. Solo para trabajar.

—Vale, pero tu jefe... —Pronuncia su nombre como si fuera una deidad—. Está bastante bueno, ¿no? Esos ojos marrones, esos hombros...

Involuntariamente, las imágenes de mi sueño vuelven a surgir. Ryan, solo en boxers ajustados, inclinándose sobre mí... Rápidamente sacudo la cabeza.

—Yo... bueno... es mi jefe —balbuceo—. No me fijo en esas cosas.

El resoplido incrédulo de Josie se escucha a través del teléfono. —Sí, claro. ¡Como si fueras ciega! No es por nada que las revistas lo llaman a él y a sus hermanos los solteros más codiciados de Boston. Poco más de treinta años, multimillonario, sexy como el pecado...

—Yo... —Quiero interrumpirla, pero su descripción me deja sin aliento. Porque sé que tiene razón. Mis mejillas arden y me alegro de que no sea una videollamada. Entonces mi mirada cae sobre el reloj de la cocina.

—¡Mierda! —se me escapa.

—¿Qué pasa, Pat? —pregunta Josie perpleja—. ¿Ha pasado algo? ¿Te has vuelto a olvidar de fregar o has encontrado la taza de café de anteayer mohosa en el fregadero?

—No, es solo que... son las 8:17. Yo... debo haberme olvidado de poner la alarma. Sin tu llamada, probablemente aún estaría... —Me detengo y aparto las imágenes aún bastante vívidas del sueño—. Durmiendo —termino la frase.

—Tengo que irme ya mismo. Nunca llegaré a la oficina a las 9:00 en hora punta. Mi jefe ya me dijo la última vez que si vuelvo a llegar tarde, entonces... —Eso fue apenas la semana pasada. Dejó la amenaza en el aire, pero yo misma entendí lo que quería decir. Seguro que perderé mi trabajo, porque media ciudad está haciendo cola y probablemente pasaría por encima de cadáveres para conseguir mi puesto.

—¡Vamos, relájate, cariño! Esta noche harás horas extra en la gala. Seguro que tu jefe será comprensivo.

—Si hay dos cosas que Ryan Valentine no soporta, son los invitados no deseados en los eventos de la empresa y la impuntualidad —digo.

—Vale, pero... —dice Josie, mientras yo me apresuro a tomar mi café y dejo la taza junto a la otra de ayer por la mañana en el fregadero, esperando instintivamente que no crie moho hasta mañana, como Josie ha sugerido. Pero quién sabe. Podría ser. Realmente apenas tengo tiempo para mi vida personal con todo este trabajo.

—Sí, de acuerdo. Veré qué puedo hacer. Pero si llego tarde, entonces seguro que no podré hacer nada.

—¡Eres la mejor! —exclama Josie—. No quería nada más. Ahora tengo que irme yo también. ¡Y saluda a tu sexy jefe de mi parte!

—¡Lo siento, Josie, tengo que irme de verdad! —digo, cuelgo y siento nuevamente cómo mis mejillas se sonrojan. Sin esperar su respuesta, arrojo el teléfono sobre la cama, saco rápidamente algunas prendas del armario y sé que tendré que establecer un nuevo récord si quiero llegar a tiempo a la oficina.

***

Increíblemente, siete minutos después estoy vestida, peinada y maquillada en la planta baja de mi edificio, corriendo hacia mi algo envejecido Renault Clio amarillo chillón y lista para romper un récord que pasará a los libros de historia de las mujeres trabajadoras. Hasta aquí todo ha ido sobre ruedas. Si sigue así, lo lograré.

Me subo al coche, meto la llave en el contacto y giro mientras me abrocho el cinturón. Pero en lugar de un motor arrancando, solo escucho un ruido prolongado y chirriante. ¿Quizás algo con el encendido? No tengo ni idea de lo que se esconde bajo el capó amarillo frente a mi parabrisas e intento de nuevo inmediatamente.

—Vamos —digo y golpeo el volante. Pero nada. Solo ese extraño ruido.

Después de cinco intentos más, me rindo, salgo, me apresuro hacia la salida y repaso mentalmente el camino hacia la estación de metro más cercana. Una vez fuera, el frío aire de enero me golpea. Tengo que parpadear por un momento, miro el reloj e intento orientarme antes de sentir algo frío y húmedo en mi pie derecho, que instintivamente retiro, chocando con un transeúnte en el proceso.

—Cuidado, jovencita. No está usted sola aquí, ¿eh? —dice el hombre malhumorado de unos cincuenta y tantos, me lanza una mirada de disgusto y sigue adelante antes de que pueda disculparme.

Luego miro hacia abajo y veo que justo frente a mí se ha formado un charco de la lluvia nocturna, en el que, por supuesto, he pisado de lleno. El frío y la humedad ahora se arrastran por mi zapato y el dobladillo de mi pantalón.

—Mierda, joder —murmuro para mí misma.

Capítulo 2

Ryan

9:01 horas.

La esfera dorada mate de mi Rolex refleja la luz de la mañana. Miro fijamente las manecillas que se mueven lentamente. El segundero avanza con una precisión tortuosa.

Tic. Tic. Tic.

El sonido del reloj se mezcla con el timbre penetrante que proviene de la antesala. El teléfono de la señorita Simmons clama por atención, al igual que su escritorio vacío.

Tarde. Mi asistente llega tarde. Otra vez. ¿Acaso no fui lo suficientemente claro la semana pasada?

Me recuesto en mi sillón de cuero y fijo la mirada en su puesto de trabajo abandonado a través del cristal que separa mi oficina de su espacio. Al principio, pensé que este cristal era una idea estúpida, ya que el sol de la mañana proyecta sombras sobre la superficie de trabajo perfectamente ordenada. Todo está en su lugar, excepto ella.

Un minuto. Un maldito minuto.

Mis dedos tamborilean sobre la pulida superficie del escritorio. El timbre se vuelve más fuerte, más penetrante. Cierro los ojos por un momento.

Tiene un trasero bonito.

El pensamiento llega sin invitación, pero es cierto. La señorita Simmons ciertamente tiene sus atributos. Si tan solo no llevara esas horribles blusas. Ese guardarropa de ratoncita de biblioteca con los eternos estampados florales. Como si hubiera saqueado las cortinas de su abuela y las

hubiera llevado a una sastrería.

El timbre de su teléfono se detiene brevemente, solo para volver a poner a prueba mis nervios segundos después, tan temprano en la mañana. Me masajeo las sienes.

Al menos no es tan tonta como las otras.

Los recuerdos de mis anteriores asistentes me hacen sonreír. Un desfile de bellezas perfectamente estilizadas, pero completamente incompetentes. Cada una de ellas, un desastre. Pero una bomba en la cama. Aunque se podría pensar que les follé el cerebro justo allí y creyeron que solo tenían que abrir las piernas sobre mi escritorio y nada más.

Precisamente por eso había dejado la última contratación —la señorita Simmons— en manos del departamento de recursos humanos. Porque incluso Ethan, mi hermano, dijo que aunque tenía talento para dirigir una empresa, al contratar a mis asistentes aparentemente solo me fijaba en cuánto silicona había en su parte superior. Mi hermano menor, Lance, también dijo algo parecido, pero como apenas hablamos, y mucho menos a solas, ni siquiera recuerdo exactamente qué dijo.

El timbre del teléfono pone a prueba mis nervios. Giro en mi silla y miro a través de las grandes ventanas de mi oficina en el piso 72 de este moderno edificio de cristal y acero, al que la ciudad ha bautizado extraoficialmente como "Torre Valentine", observando las siluetas que trabajan diligentemente en la torre vecina. En realidad, pensé que el edificio se llamaría "Torre Estrella" o "Torre Relámpago", debido a la punta iluminada que es visible desde lejos por la noche. Pero uno puede equivocarse. En realidad, el nombre me da igual. Más importante es la fachada de cristal reflectante y espejada que captura la luz del sol durante el día y las luces de la ciudad por la noche, asegurando que nadie de la prensa pudiera tomar fotos comprometedoras cuando mis anteriores asistentes y yo hacíamos "horas extras" en mi oficina. ¿Qué habría dicho mi padre si el *Boston Daily* hubiera titulado: "CEO de Valentine Industries mancha a su asistente"? Seguramente habría retomado el trabajo...

Con Patricia Simmons todo debía ser diferente. Pensé que esa amenaza abierta e incompleta de la semana pasada había sido clara, pero quizás necesito apretar más las riendas. Hace un buen trabajo, pero fui claro cuando dije que no soporto la impuntualidad. ¿Debería despedirla? Es un 10 de 10, dijeron los de recursos humanos, que llevaron a cabo todo el proceso de contratación sin mí, porque eso era exactamente lo que les había pedido. Resoplo. Sus referencias son impecables, eso es cierto. Y su trasero es definitivamente un 10 de 10... Una sonrisa vuelve a deslizarse en mis labios.

Pero sus blusas y esa aura tímida... ¿en qué estaba pensando el departamento de recursos humanos?

Una asistente Valentine necesita más que referencias impecables. Debe tener presencia. Debe

brillar. Representar el nombre Valentine con dignidad. No corretear como un ratoncito asustado por los pasillos del piso 72 y encogerse cuando mi padre llama desde su oficina en el piso 73. Sobre todo, debe...

Su teléfono interrumpe mis pensamientos de nuevo.

—¿Acaso alguien en el departamento de recursos humanos preguntó si podía ser puntual, maldita sea? —murmuro, y golpeo malhumorado con la palma de la mano sobre mi escritorio, para luego apartarme un mechón de mi cabello negro y rizado del rostro.

Vuelvo a mirar fijamente mi reloj. 9:02 horas. El segundero avanza implacablemente.

RING RING RING

Mis nudillos se vuelven blancos mientras agarro el reposabrazos. El sonido taladra mi cráneo. El escritorio vacío frente a mi oficina me devuelve la mirada. Mudo. Acusador. El teléfono sigue sonando.

Tengo que hablar con ella en cuanto llegue. Y lo que más me gustaría sería darle unas nalgadas en ese dulce y pequeño trasero, gritarle y decirle que meta esas estúpidas blusas de ratoncita de biblioteca en el contenedor de ropa usada más cercano.

Entonces oigo que llaman a la puerta.

—Adelante —digo. La puerta se abre con un clic.

Ahora va a ver lo que es bueno.

***

Pero en lugar de la tímida figura de la señorita Simmons con su dulce trasero y su blusa floreada, mis hermanos Ethan y Lance, con quienes comparto el piso 72, se abren paso por mi chirriante puerta de oficina. Los miro malhumorado y me pregunto si me ahorrarán algo este viernes por la mañana. Hago una mueca ante el sonido de la puerta. Otro problema del que la señorita Simmons debería haberse ocupado ayer.

Si mi asistente estuviera aquí, podría haber dicho que tengo una cita. Ya nos veremos todos esta noche, y luego están las reuniones mensuales de café de mamá el primer domingo del mes, donde presenta sus últimas creaciones y de las que parece no haber escape.

Bueno, quizás estoy siendo un poco precipitado. En principio, me agradan mis hermanos. Solo

que no le encuentro mucho sentido a una reunión familiar no planificada poco después de las 9 de la mañana. Echo un vistazo rápido al calendario en mi monitor, como para asegurarme de que realmente no tenemos una cita. Y tengo razón: no la tenemos.

Pongo los ojos en blanco cuando entran los dos y la puerta queda entreabierta detrás de ellos, haciendo que el teléfono se oiga aún más fuerte. Ethan, CFO de Valentine Industries, con su impecable traje gris, corbata oscura y barba de tres días. Sus facciones suelen ser serias y sombrías, pero ahora se dibuja algo que recuerda a una sonrisa. No es de extrañar que las mujeres se vuelvan locas por él. Creo que la mitad de Harvard ya iba detrás de él durante sus estudios, que completó, como todo en su vida, con férrea autodisciplina.

A su lado está Lance, el CTO y mi hermano menor, en quien todavía se puede ver su estilo un poco rebelde y machista. La relación entre Lance y yo es... no sé exactamente... diferente. De alguna manera, siempre está Ethan ahí, mediando entre nosotros. No es que no nos llevemos bien. Es más bien como si hubiera una pared entre nosotros, o como si solo funcionáramos con un vínculo que responde al nombre de Ethan.

Lo único que falta ahora es que el viejo descienda de su centro de mando arriba en el piso 73, pienso y echo un vistazo rápido hacia el techo. Pero sé que eso rara vez sucede. William Valentine, el fundador de Valentine Industries, rara vez baja. Más bien hace que todo y todos suban a él. Sobre todo el bourbon.

—Bueno, hermano mayor —sonríe Ethan y se deja caer sin ser invitado en uno de mis sillones para visitantes—. ¿Ya estás de humor para la fiesta de esta noche?

—¿Qué queréis? —digo de mal humor y dejo claro lo poco que me apetece esta conversación—. Estoy ocupado. —Y es cierto, según mi calendario estoy en medio de una reunión informativa con mi asistente y luego tengo citas todo el día. Pero Patricia Simmons prefiere ausentarse de la cita, así que técnicamente tengo tiempo. Pero mis hermanos no necesitan saberlo, por supuesto.

Lance aparta algunos papeles y se sienta en el borde de mi escritorio. —¿Es esta la manera de saludar a tus hermanos?

—¿A esta hora? Sí.

Lance quiere decir algo, pero el teléfono fuera de mi oficina suena de nuevo. La ceja de Ethan se arquea.

—Interesante —dice lentamente—. Tu asistente parece estar... ocupada. ¿Dónde está? ¿Debajo del escritorio quizás, como las damas anteriores? —dice sonriendo y finge querer mirar debajo.

—Ethan...

—¿Qué? Con tu... digamos... colorido historial con asistentes, es una pregunta bastante válida.

Lance se ríe. —Oh sí, ¿os acordáis de Candy?

—Casey —corrige Ethan.

—No, Candy era la rubia con los...

—¿Podéis parar con eso? —los interrumpo bruscamente.

—¿Por qué? —Lance sonríe—. Fue una época... productiva. Aunque, tu nueva parece ser más bien del tipo... recatado.

—La señorita Simmons es una empleada muy capaz...

—Oh, ¿así que señorita Simmons? —Ethan se inclina hacia adelante—. ¿Tan formal? Eso es nuevo. Antes siempre ibas directo al nombre. O directamente a los apodos. *¿Nena? ¿Zorra? ¿Candy?* ¿Qué más? ¿Me he olvidado de alguno?

—Esos tiempos han pasado —gruño.

—¿En serio? —Lance intercambia una mirada con Ethan—. ¿Por eso se le permite llegar tarde? ¿El gran Ryan Valentine, que normalmente se enfurece por un minuto de retraso?

Ignoro sus palabras y miro a Ethan. —¿Y bien? ¿Qué queréis discutir sobre esta noche?

—Todo un CEO. Siempre al grano —dice Ethan y asiente—. ¿Ya sabes que viene Sophie DuBois? Ya sabes, la nueva modelo de Victoria's Secret.

—La de las piernas interminables —asiente Lance con aprobación.

—Y su amiga Isabella Martinez —añade Ethan—. Carne fresca, como se suele decir.

—¿Tu... señorita Simmons también trae a alguien? —pregunta Lance con fingida inocencia.

—¿O viene sola? —insiste Ethan. El teléfono finalmente se calla. Un repentino silencio llena la habitación.

—Como si te interesara si viene mi asistente, Ethan. Solo quieres sacarme de quicio porque sabes perfectamente que yo...

—¿Que tú qué? —Ethan se levanta y camina hacia la ventana—. ¿Para ver a nuestro hermano mayor bajar sus estándares? ¿Que el gran desfile de asistentes de Ryan Valentine ha terminado?

—¿Quizás ahora le va el look floreado?

—Fuera —digo en voz baja. Peligrosamente baja.

—Oh, ahí está de nuevo —sonríe Ethan—. El tono de CEO. ¿Sabes, Lance? Eso lo heredó de papá. Ese tono subyacente que...

—¿Estáis sordos? —pregunto y señalo hacia la puerta.

—Está bien, Ryan —dice Ethan y pone su mano sobre mi hombro para calmarme—. Entiendo que no estás de humor. Ya nos vamos. Solo una cosa más. Muy breve. Quiero hablar del vestuario para esta noche, si te parece bien.

—Bueno, ¿por qué no vas al grano? —digo de mal humor y bajo mi mano—. ¿Qué hay que discutir? Es solo una vieja máscara sobre el traje, nada más.

—¿Solo una máscara? —Ethan sacude la cabeza—. Hermano mayor, es un baile de máscaras. Se trata de estilo. —Saca su smartphone del bolsillo y se desplaza por algunas imágenes—. ¿Vas a ponerte una máscara de cartón del chino barato?

—¿Y qué si lo hago? —Me reclino hacia atrás—. ¿Acaso debería aparecer como un pavo real?

—Como si necesitaras un pavo real para llamar la atención —murmura Lance y pone los ojos en blanco.

—Oye —le digo—. Silencio en la galería.

—Vamos, Ryan. Lance tiene razón y lo sabes. —Ethan aparta su teléfono—. La DuBois vendrá con un vestido rojo. Ajustado. Seductor. Y su amiga Isabella...

—Un momento. —Levanto la mano—. ¿Cómo sabes eso?

Una sonrisa cruza el rostro de Ethan. —Digamos que tengo mis fuentes. Y hablando de fuentes... —Intercambia una mirada con Lance—. Pensamos que podríamos continuar la tradición del año pasado.

—¿Qué tradición?

—La apuesta, por supuesto. —Ethan se apoya contra la pared, con los brazos cruzados—. ¿Te acuerdas? El año pasado fue Victoria, la supermodelo brasileña.

—La del escote casi interminable —asiento—. Y el dulce... —Claro que me acuerdo. Gané la apuesta. Aunque después Victoria intentó acosarme durante dos meses. ¿Se le puede llamar acoso si me la tiré varias veces y luego dejé de responder a sus mensajes? ¡Da igual!

—¿Entonces? —Los ojos de Ethan brillan—. ¿Qué te parece? ¿Sophie DuBois o crees que este año preferirías acabar con tu pequeña asistente mosquita muerta?

—Olvídalo. Ya fue una idea estúpida el año pasado.

—Oh, vamos. —Se sienta de nuevo en el borde del escritorio—. Apuesto a que bajo esas blusas hay más de lo que piensas. Y ese dulce culito en esa falda ajustada... —Silba suavemente—. Apuesto a que es salvaje una vez que la sacas de su caparazón. Estas aguas mansas siempre son las más...

—¡Ethan! —Golpeo la mesa con el puño—. ¡Ya basta!

—¿Por qué tan sensible? —Levanta las manos en señal de paz—. Antes siempre participabas. O... —Una sonrisa maliciosa se extiende por su rostro—. ¿O acaso ya has...?

—No —digo firmemente—. La señorita Simmons es mi asistente. Punto.

—Oh, ahora se pone interesante. —Ethan se inclina hacia adelante—. Así que el gran Ryan Valentine aún no ha... Sería tan fácil. Una noche tarde en la oficina, quizás una copa de vino... Ella se inclina sobre tu escritorio para mostrarte algo, y tú ves cómo se tensa la falda sobre su dulce trasero...

—Ethan, te juro por Dios...

—Agarras su mano —continúa imperturbable—, la acercas a ti. Ella tiembla ligeramente cuando tus dedos acarician su cuello. Un pequeño gemido se le escapa, y entonces... sí, entonces le muestras lo que más te gusta hacer con tus asistentes.

—Sí, tiene un buen trasero. ¿Y qué? ¿Es eso lo que queríais oír? ¿Podemos dejarlo ya y todos volver a...? —gruño, pero me detengo cuando se oye un leve crujido que nos hace girar a todos. La puerta se abre y la señorita Simmons está en el marco. Por el rubor de sus mejillas, deduzco que no se le ha escapado de qué estábamos hablando.

Mierda.

Capítulo 3

PATRICIA

Momentos antes

El taxi se arrastra por el tráfico matutino. Miro nerviosamente mi smartphone. 9:06. Mi corazón late aceleradamente.

—¿No puede...? —Me muerdo el labio. El taxista no tiene la culpa del atasco. Resisto el impulso de bajarme y caminar el resto del trayecto. Pero está lloviendo y mi paraguas está... en el maletero de mi Clio, que no quiso arrancar esta mañana.

—Lo siento, señorita —gruñe, como si hubiera leído mis pensamientos—. Con este tiempo siempre es peor.

Solo asiento y trato de contactar con el Sr. Valentine por enésima vez para avisarle. Pero nadie contesta al teléfono. Poco a poco me doy cuenta de que probablemente he estado llamando a mi propio teléfono de la oficina todo el tiempo. Sus llamadas, ya sean de línea fija o móvil, siempre se desvían a mi aparato. Y ni siquiera vale la pena intentarlo con recepción, ya que tienen instrucciones de transferir solo a mi teléfono. Fantástico. Simplemente fantástico.

Mi pie empapado late. El frío sube lentamente por mi pierna. Cómo me habría gustado cambiarme los zapatos y los calcetines, pero simplemente no había tiempo. Al menos no si no quería llegar aún más tarde. Así que me propongo encargar en la oficina uno de esos servicios de entrega para que un mensajero en bicicleta me traiga un par de calcetines secos. Serán los calcetines más caros que haya tenido jamás, pero al menos podré conservar mi trabajo.

Eso espero. Pero no solo mi coche me ha fallado, después de lo cual pisé el charco frente a mi casa. Poco después, el siguiente metro se me escapó por un pelo y el siguiente se retrasó inesperadamente debido a un fallo técnico en un cambio de vías, si es que llegaba a venir. Así que solo quedaba el taxi.

—Allí adelante a la derecha. Puede dejarme ahí —le digo al conductor. La Torre Valentine está al final de la calle, que está completamente abarrotada de coches y taxis. Son unos cien metros hasta la entrada de Valentine Industries. Puedo hacerlo, y la lluvia casi ha parado.

Nos detenemos. El taxímetro marca 16,50 dólares. Dinero que en realidad no me sobra, al menos no para un viaje al trabajo.

—Veinte —digo de todos modos y le entrego el billete—. Quédese con el cambio.

Al salir, apenas evito el siguiente charco. El viento me azota la lluvia en la cara.

9:11.

El Sr. Valentine va a explotar. Sus palabras de la semana pasada resuenan en mi cabeza: "Si vuelve a llegar tarde, entonces..." En realidad, está claro lo que quiso decir. ¿No? ¿Me despedirá? Oh Dios... Seguramente me despedirá y probablemente ya haya una de esas cajas de cartón vacías sobre mi escritorio. El pensamiento hace que se me retuerza el estómago. No puedo permitirme un despido. No ahora. No después de haber conseguido el primer trabajo decente después de la universidad y estar ganando dinero de verdad por primera vez.

El smartphone en mi mano vibra. Un mensaje del taller: *No podremos revisar su coche hasta la semana que viene. Falta de personal.*

Genial. Simplemente genial.

Apresuradamente recorro los pocos metros, llego al edificio y entro.

La imponente fachada de cristal de la Torre Valentine me engulle. Mi zapato mojado chirría con cada paso sobre el suelo de mármol pulido y tengo la sensación de que la gente me mira con cierta extrañeza, y siento que mis mejillas se sonrojan. El sonido reverbera en las altas paredes, como si el propio edificio se burlara de mi retraso.

9:12.

El vestíbulo se extiende ante mí como la nave de una catedral. A pesar de que vengo aquí a diario, cada vez que entro en el edificio me siento pequeña e insignificante. Especialmente hoy, con el pantalón empapado y los calcetines mojados y llegando demasiado tarde.

—¡Buenos días, señorita Simmons! —El guardia de seguridad en el control de acceso me saluda con un gesto.

—Buenos días, Dave —Mi voz suena tensa mientras paso apresuradamente mi tarjeta de acceso por el escáner.

Mi mirada se dirige involuntariamente a la enorme placa de latón en la pared principal. *Made with Innovation. Made in USA.* Las palabras brillan a la luz de las lámparas de diseño. Debajo, el logotipo de Valentine Industries: una "V" estilizada que se entrelaza formando un símbolo de infinito. Bastante impresionante.

Es una locura. Precisamente aquí he conseguido un trabajo. En el piso 72. Como asistente personal del mismo Ryan Valentine. A veces todavía me parece irreal. Me sorprendió que me invitaran a la entrevista de trabajo y me sorprendió aún más que solo el departamento de personal pareciera llevar a cabo las entrevistas. Sin embargo, la amable señora dijo que esto se debía al deseo expreso del Sr. Valentine y pareció entusiasmada conmigo y mis calificaciones. También me hizo un cumplido sobre mi blusa y dijo que era el código de vestimenta perfecto para el trabajo. En realidad, la blusa de entonces con el estampado floral fue solo un acto de desesperación, el resto de mi ropa estaba arrugada en la caja de la mudanza y solo ese modelo algo anticuado estaba impecable. Sin embargo, no dije nada y solo me juré vestirme así si conseguía el trabajo. Y eso es lo que he hecho desde entonces.

Nerviosa, voy de un lado a otro frente a los ascensores. Con pasos pequeños, para que mi zapato mojado y chirriante no llame la atención. Normalmente el ascensor llega enseguida. Pero como no podía ser de otra manera: hoy tarda una eternidad. Echo un vistazo a los gigantescos paneles de video que adornan toda la pared junto a los ascensores. En ellos se reproducen anuncios de los últimos componentes Valentine. "El futuro es American Made", anuncia una voz suave desde los altavoces ocultos. Luego aparece brevemente el fundador William Valentine, cuya visión me hace recordar involuntariamente nuestro primer encuentro.

Lo admito, no sabía quién era. Solo más tarde me di cuenta de que está sentado como un patriarca en el piso 73... ¿o debería decir que reina? Da igual. Fue frente al ascensor en el piso 12, cuando había ido a buscar una rosquilla a la cafetería. La puerta del ascensor se abrió y allí estaba él, saludándome.

¿Y yo? Tenía medio donut en la boca y glaseado en los dedos. En mi masticado "hola" quizás vio algunos restos de comida en mi boca, pero eso no fue todo. Como quería evitar que se me cayeran migas de la boca, dejé caer el donut como si fuera una patata caliente. Directamente sobre sus zapatos impecablemente pulidos.

En lugar de gritarme y echarme, solo sonrió y dijo:

—Buen gusto. Los de mermelada de frambuesa son los mejores.

No se lo conté a nadie porque realmente no encaja con la reputación que tiene aquí en la empresa. Creo que si no lo hubiera vivido yo misma, tampoco lo creería. Probablemente me

creerían más si dijera que pronto se colocará un retrato al óleo de la familia Valentine bajo la inscripción *Made with Innovation. Made in USA.* y el logotipo V.

El ascensor finalmente hace "ding" y me saca de mis pensamientos. Un grupo de hombres trajeados sale, todos con la misma mirada apresurada. Entro y las puertas se cierran detrás de mí. Me alegro de estar sola, presiono el piso 72 y siento cómo el ascensor se pone en movimiento.

Respiro profundamente y me preparo para lo que viene ahora. Mientras el ascensor se desliza hacia arriba, miro fijamente mi reflejo en la puerta metálica pulida. El viento ha despeinado mi cabello, el maquillaje está ligeramente corrido. Con un peine y un pañuelo de mi bolso me arreglo lo mejor que puedo y me pregunto si este será mi último viaje hacia arriba.

El indicador de pisos sube inexorablemente. 68... 69... 70...

Otro DING suena y las puertas se abren. Salgo al piso 72 y mi corazón late con fuerza. Miro alrededor, pero no veo a nadie. Ni Ryan, ni ninguno de sus hermanos o sus asistentes.

Con el corazón palpitante, me dirijo hacia mi escritorio. Al menos el suelo aquí es un poco más indulgente conmigo y no chirría con cada uno de mis pasos. La luz roja parpadeante de mi teléfono llama mi atención. En la pantalla junto a él, el número 14 parece burlarse de mí. Catorce llamadas perdidas. Probablemente todos mis propios intentos desesperados de contactar con alguien y explicar lo que ha pasado.

Me doy cuenta de que no estoy exactamente frente a mi escritorio, sino más bien lo suficientemente lejos como para que no se me pueda ver a través del cristal, como si tuviera miedo de enfrentarme a mi jefe.

Entonces oigo voces desde la oficina del Sr. Valentine. Asustada, miro alrededor y me doy cuenta de que la puerta está entreabierta.

—Oh, ahora se pone interesante. Así que el gran Ryan Valentine aún no ha...

Mi jefe tiene visita. ¿No es esa la voz de su hermano? ¿Ethan Valentine?

—La señorita Simmons es mi asistente. Punto —la voz de Ryan suena tensa.

El calor sube a mi rostro. Están hablando de mí. Oh Dios. ¿Se trata de mi despido?

—Sería tan fácil —oigo decir a Ethan Valentine—. Una noche tarde en la oficina, tal vez una copa de vino... Ella se inclina sobre tu escritorio para mostrarte algo, y tú ves cómo se tensa la falda sobre su lindo trasero...

Mis mejillas arden. No, no se trata de mi despido. Es peor. ¿Quizás estoy soñando de nuevo?

—Ethan, te juro por Dios... —Ryan Valentine suena enfadado.

—Tomas su mano —continúa Ethan Valentine imperturbable—, la atraes hacia ti. Ella tiembla ligeramente cuando tus dedos acarician su cuello. Se le escapa un pequeño gemido, y entonces...

Las imágenes de mi sueño de la mañana vuelven a aparecer. Las aparto, siento cómo mis mejillas arden y sacudo la cabeza con fuerza.

—Sí, tiene un bonito trasero. ¿Y qué? ¿Es eso lo que querían oír? —gruñe Ryan Valentine irritado.

Un movimiento en la oficina me hace sobresaltar y evita que piense en lo que mi jefe acaba de decir.

Oh Dios, si me pillan aquí espiando... Parece tan cobarde. ¿Qué debo hacer?

Es como si mi cuerpo hubiera tomado la decisión sin mí. Siento cómo mi mano agarra el pomo de la puerta y una voz en algún lugar profundo dentro de mí murmura: huir hacia adelante es lo mejor.

La puerta se abre con un crujido y tres pares de ojos se fijan en mí. El silencio es ensordecedor.

Parece que el tiempo se detiene por un momento mientras permanezco en el umbral. Mi corazón late tan fuerte que temo que los demás puedan oírlo. Lance y Ethan Valentine están justo frente al escritorio. Lance Valentine apenas detrás de la puerta y tal vez realmente habría salido en cualquier momento. Me habrían descubierto. De una forma u otra.

Mi jefe, Ryan Valentine, parece haberse levantado justo ahora y da un paso hacia la ventana, con una mano en el bolsillo del pantalón y la otra en la cadera.

Lance y Ethan Valentine intercambian una mirada significativa. Asienten brevemente a Ryan, quien también asiente.

—Señorita Simmons —me dicen ambos, mirándome con una mirada escrutadora antes de pasar junto a mí y salir de la oficina.

La puerta se cierra detrás de ellos. El sonido resuena en el repentino silencio. Un silencio que amenaza con tragarme por completo.

Ryan Valentine me mira directamente. Luego su mirada se dirige al reloj en la pared. *9:15*.

—Lo siento mucho, Sr. Valentine —estallo—. Mi coche no arrancó esta mañana y luego...

Él levanta la mano. Sus ojos me fijan.

—Señorita Simmons...

—No volverá a ocurrir. Por favor, créame y... —le interrumpo apresuradamente. Las palabras brotan de mí antes de que pueda terminar la frase. Antes de que pueda decir lo que temo.

Ryan Valentine rodea su escritorio y se acerca lentamente a mí. Mi pulso se acelera con cada uno de sus pasos. El recuerdo de mi sueño se cuela en mi consciencia y lo que acaba de decirles a sus hermanos. Sobre mi trasero. Sus anchos hombros, la forma en que su traje a medida acentúa su cuerpo...

Se detiene justo frente a mí. Tan cerca que puedo oler su loción para después del afeitado. Mis rodillas se debilitan.

Su mirada se dirige hacia abajo. Siento cómo tiemblo. —¿Qué le ha pasado a su pantalón?

Confundida, sigo la dirección de su mirada. La pierna empapada de mi pantalón sigue pegada a mi pantorrilla. Una mancha oscura de agua se extiende hasta la rodilla.

—Yo... eh... pisé un charco —murmuro. Mi cara arde.

—Debería ponerse algo seco —dice. Su voz suena más áspera de lo habitual—. Y luego vuelva aquí. A mi oficina. Tenemos que hablar. Sobre lo que ha escuchado.

Mi estómago se contrae. —¿Sobre lo que he escuchado? —La pregunta es apenas más que un susurro.

Asiente lentamente. Sus ojos marrones se clavan en los míos. —La conversación con mis hermanos. Usted escuchó algo, ¿verdad?

—Señor Valentine, yo no quería escuchar a escondidas, de verdad. Yo...

—Más tarde —me interrumpe—. Primero cámbiese de ropa.

Asiento mecánicamente y doy un paso atrás. Su cercanía me dificulta pensar con claridad.

—¿Señorita Simmons?

Me detengo en la puerta, sin atreverme a darme la vuelta. —¿Sí?

—En mi baño privado hay una toalla. Séquese con ella.

El gesto me sorprende tanto que me doy la vuelta. Una pequeña sonrisa juega en las comisuras de sus labios.

—Gracias —susurro y huyo de su oficina.

En mi lugar de trabajo, me desplomo en mi silla. Mis piernas tiemblan. ¿Qué ha sido eso? ¿Y qué dirá sobre lo que he escuchado? Oh Dios, él dijo que yo tenía un bonito... No, no debo pensar en eso ahora. Rebusco en el cajón más bajo de mi escritorio, con la esperanza de encontrar quizás un par de calcetines secos. Pero no hay nada, excepto clips y papel de carta con el logo de la empresa en la parte superior.

Luego me dirijo a su baño privado, planeo secar el pantalón con el secador de pelo y luego volver a enfrentarme a él.

¿Qué dirá? No ha negado que hablaron sobre mí. ¿Cambiará todo esto entre nosotros? Pero, ¿de qué manera?

Capítulo 4

Ryan

El aroma de su discreto perfume aún flota en el aire cuando me dejo caer en mi silla de escritorio. Mi mirada se dirige al lugar donde ella estaba hace un momento. La pernera mojada de su atuendo, por lo demás impecable, me ha divertido más de lo que debería.

Esta pequeña señorita Simmons. A primera vista, una flor de pared, pero si uno mira más de cerca... Definitivamente tiene más que ofrecer de lo que sugiere su naturaleza reservada. Y eso ya lo sabía antes de los comentarios de Ethan. Claro, solo quería provocarme. Pero resolveremos rápidamente este pequeño problema. No hay nada que un Valentine no pueda hacer.

Es una lástima, en realidad, que solo se haya mojado su pantalón. Una blusa de florecitas empapada seguramente habría... Sacudo la cabeza ante mis propios pensamientos. Vale, eso va demasiado lejos. Por ahora, al menos.

Pero su reacción a mi pregunta sobre la conversación de mis hermanos: impagable. Esas mejillas sonrojadas, la mirada baja. La confirmación que necesitaba. Escuchó cada palabra. Saborearé sus intentos de explicación y tal vez mientras lo haga, contemplaré su dulce trasero más que solo mirarlo y...

Un tono de alerta de mi portátil interrumpe mis pensamientos. Un nuevo correo electrónico. Cuando veo el remitente, presiento que no es nada bueno. El CEO de un gran cliente solo se comunica conmigo cuando el asunto es urgente. Mientras repaso las líneas, siento cómo se tensan los músculos de mi mandíbula. El contenido no me gusta nada.

Un suave golpe en la puerta me hace levantar la vista. La señorita Simmons asoma la cabeza con cautela y le hago un gesto para que entre. Obedece, cierra la puerta tras de sí, se acerca lentamente al escritorio y se queda de pie frente a la mesa con las manos entrelazadas.

Vuelvo a repasar el correo antes de levantar la mirada hacia ella y observarla. Todavía lleva los mismos pantalones, que parecen un poco arrugados en la parte inferior. Probablemente los secó

con un secador. Bueno, ¿qué esperaba? Mientras yo mismo tengo un traje de repuesto completo en la oficina, difícilmente se puede esperar que una asistente tenga un armario lleno de ropa para cambiarse.

—¿Quería hablar conmigo, señor Valentine? Sobre...

—Sí, pero ha surgido algo urgente —respondo mientras me aliso la corbata—. Nuestro gran cliente necesita con urgencia una declaración sobre la calidad del producto y el retraso en la entrega. Acabo de reenviarle un correo electrónico del CEO de la empresa. Se trata de Henderson Industries; todo debe prepararse perfectamente.

Abre la boca como si quisiera decir algo, pero luego la cierra y simplemente asiente obedientemente. Entonces recuerdo de qué queríamos hablar realmente. Claro, sobre lo que ella escuchó. Este correo me lo ha hecho olvidar por completo.

Maravilloso, esta inseguridad, esta docilidad. Involuntariamente, me imagino cómo sería esposada a mi cama... ¡Maldita sea, Ryan, contrólate! ¡Es tu asistente! ¡Esta vez no!

—Eso sería todo —digo en un tono deliberadamente profesional.

Ella asiente una vez más y sale silenciosamente de la oficina. Me obligo a apartar la mirada de su figura que se aleja y volver a concentrarme en el correo de Henderson. Ahora hay cosas más importantes que hacer. Pero mi mirada se queda pegada a su perfecto trasero.

Está casi en la puerta cuando una idea destella en mi mente y siento cómo la excitación se extiende por mi cuerpo. Mi mano alcanza automáticamente uno de los papeles en blanco de mi escritorio. Con un movimiento rápido, lo arrugo y lo dejo caer *accidentalmente* junto a mi silla.

—Señorita Simmons, un momento más. —Las palabras salen de mi boca antes de que pueda realmente considerar si es una buena o mala idea.

Ella se gira, con la mano delgada aún en el pomo de la puerta. —¿Sí, señor Valentine? —Su voz suena ligeramente insegura. Casi como si presintiera que no la llamo por trabajo.

—¿Podría recoger eso, por favor? Se me ha... caído algo.

—Por supuesto, señor Valentine. ¿Dónde exactamente?

—Aquí, justo a mi lado. —Ella regresa con pasos pequeños y vacilantes hacia el escritorio.

Observo cada uno de sus movimientos. La forma en que se arrodilla cuidadosamente junto a mi

silla y busca lo que le indico. En ese momento, giro deliberadamente mi silla en su dirección y separo ligeramente las piernas.

—No lo veo por ninguna parte —murmura, con la mirada fija en el suelo, buscando. No puede verlo, porque acabo de empujarlo con el zapato hacia el otro lado para prolongar un poco el momento.

—Debe estar justo por aquí. —Me inclino un poco hacia adelante, señalando un punto junto a ella, en dirección a mi zapato. El movimiento me acerca aún más a ella.

Ella se inclina más, palpando la alfombra con la mano. Su mirada se eleva brevemente y se queda fija. Por un instante, sus ojos se agrandan al darse cuenta de la vista que su posición y mi postura abierta le ofrecen. El repentino rubor que se extiende por su rostro es impagable. ¿Habrá visto lo que hay en mis pantalones?

—Yo... lo he encontrado —balbucea apresuradamente y agarra la bola de papel.

La discreta blusa de florecitas revela un atisbo de piel al inclinarse. No mucho, pero lo suficiente para llevar mi fantasía por caminos peligrosos. La vista de su piel delicada hace que mis pensamientos divaguen... ¿cómo se sentiría esa piel bajo mis dedos?

—Gracias, señorita Simmons. —Mi voz suena más ronca de lo que pretendía. Me aclaro la garganta—. Eso sería realmente todo por el momento.

Ella se incorpora rápidamente, aferrándose al papel arrugado como si fuera un salvavidas. Sus mejillas prácticamente arden mientras su mirada permanece fija en el suelo.

—¿Debería... debería ponerlo en algún lugar? —Levanta ligeramente el papel.

—No, tírelo sin más. Era solo un borrador —Un papel completamente en blanco, para ser exactos.

Ella asiente en silencio, lo arroja a mi papelera, se da la vuelta y se dirige a la puerta con pasos rápidos. Su postura, normalmente erguida, parece casi de huida. La puerta se cierra con un suave clic.

Me recuesto en mi silla y repaso el momento. Su mirada avergonzada, ese dulce bochorno, la forma en que entreabrió los labios... Maldita sea. Eso fue definitivamente demasiado. Ella es diferente a las demás y eso, en realidad, está bien. No es una Candy sin cerebro que se habría tumbado inmediatamente sobre mi escritorio.

Una voz en mi cabeza, que sospechosamente suena como mi hermano Lance, me susurra que

estoy jugando un juego peligroso. Quizás la voz tenga razón, pero un poco de diversión no está mal.

Además... su reacción fue prometedora. Esa mezcla de timidez e interés reprimido. La forma en que su mirada se detuvo más de lo necesario, aunque fuera solo por una fracción de segundo. Cómo su respiración se aceleró por un momento.

Con un suspiro contenido, me obligo a mirar la pantalla de nuevo. El correo de Henderson aún espera una respuesta. Lo llamaré y le diré que mi asistente se encargará de todo en tiempo récord. Lo hará, porque es buena en su trabajo. Aunque la imagen de sus mejillas sonrojadas, sus labios ligeramente temblorosos, seguirá resonando en mis pensamientos durante mucho tiempo y no tiene nada que ver con la tarea en cuestión.

Justo cuando voy a empezar a teclear, suena mi teléfono. Una mirada a la pantalla me hace gemir internamente. Russell Bobbs. El nombre despierta sentimientos encontrados. Antes éramos amigos, compartíamos los mismos sueños de una gran carrera. Hoy es un tiburón con traje que desmantela empresas como otros su almuerzo. También tiene mi línea directa secreta, que casi nadie más tiene. Realmente debería cambiar el número. Aunque solo sea para que no me llame directamente.

—Valentine —contesto deliberadamente neutral.

—¡Ryan, viejo amigo! —Su voz suena tan aceitosa como siempre—. ¿Cómo va todo en el imperio familiar?

—¿Qué quieres, Russell? —No hay tiempo para charlas. No con él y no después del correo de Henderson.

Se ríe artificialmente. —Directo al grano, como siempre. Bien, entonces hagamos negocios. He oído que Valentine Industries está considerando vender TechVision.

Mi mano se tensa alrededor del auricular. TechVision. Nuestra prometedora startup en el campo del procesamiento de imágenes asistido por IA. Jamás venderíamos algo así. —¿Quién está difundiendo semejante tontería?

—Oh, vamos, Ryan. Las cifras no son impresionantes, ambos lo sabemos. Te haré una oferta: 50 millones. En efectivo, sobre la mesa.

Resoplo. —TechVision vale al menos el triple.

—En dos o tres años, quizás. Si todo va bien. Pero hasta entonces, solo estarán quemando dinero —Su voz se vuelve más profesional—. Yo podría integrar bien la tecnología en mi portafolio. El

departamento de desarrollo tiene algunas patentes interesantes...

—¿El departamento de desarrollo? ¿Te refieres a los 47 empleados altamente cualificados que serían los primeros en ser despedidos?

—Los negocios son negocios, Ryan. No podemos permitirnos sentimentalismos en esta industria.

Me reclino en mi silla y miro por la ventana. —¿Sabes, Russell? Aún recuerdo bien nuestras conversaciones en la escuela de negocios. Querías mejorar el mundo, promover tecnologías innovadoras...

—Y eso es exactamente lo que hago. Optimizo estructuras ineficientes, monetizo potenciales sin explotar, yo...

—Desmantelás empresas y las vendés en pedazos —lo interrumpo bruscamente—. Esa no es mi forma de hacer negocios.

—Oh, por favor, ahórrame tu discurso moralista. Tu padre habría...

—Mi padre construyó esta empresa creyendo en sus visiones. En las personas. En productos reales —Mi voz se vuelve cortante—. No en dinero rápido a través de tratos cuestionables.

Russell suspira teatralmente. —Está bien, 60 millones. Mi última oferta.

—No me interesa. Y Russell, mantén tus manos alejadas de TechVision. Si me entero de que intentas entrar por la puerta trasera de alguna manera...

—Está bien, está bien —Se ríe, pero suena forzado—. Siempre has sido un maldito terco. Pero la oferta sigue en pie. Llámame si cambias de opinión.

—No lo haré. Que tengas un buen día —Cuelgo antes de que pueda responder.

Maldita sea. ¿Cómo sabe siquiera de TechVision? Aunque las cifras no son óptimas, vamos por buen camino. El equipo está desarrollando un revolucionario nuevo software de reconocimiento de imágenes. En un año como máximo...

El teléfono suena de nuevo. Gruño irritado pensando que es Russell otra vez.

Pero alguien más tiene mi línea directa secreta. Mi padre. William Valentine. El hombre que se sienta arriba de mí en el piso 73.

—¿Ryan? —Su voz suena tensa—. Tenemos un problema. Sube inmediatamente.

—¿Qué es...

—No por teléfono. Date prisa —Cuelga.

—¡Mierda! —Me levanto de un salto, alisando apresuradamente mi corbata. ¿Qué diablos está pasando hoy? Primero el retraso de mi asistente, luego mis hermanos, después mi asistente escuchando a escondidas, luego el correo de Henderson, después la dudosa llamada de Russell y ahora esto. ¿Es que hoy no se me va a ahorrar nada?

De camino a la puerta, echo un vistazo a mi papelera, donde yace el papel arrugado. Por un momento, una sonrisa cruza mi rostro al recordar su mirada avergonzada. Pero ahora no hay tiempo para eso. Sin embargo, son estas pequeñas bromas las que hacen que este estresante día a día sea soportable.

¿O no?

Maldita sea, ¿qué demonios querrá mi padre? ¡Normalmente solo llama cuando es realmente urgente!

Capítulo 5

PATRICIA

Con manos temblorosas, me dejo caer en mi silla de oficina y aparto el calcetín mojado que había dejado allí para que se secara. A su baño privado no le faltaba de nada: solo calcetines frescos, así que ahora voy descalza en mi zapato secado a medias con el secador y con mis pantalones también secados con el secador.

Pero nada de eso importa ya. Porque solo puedo pensar en lo que acaba de suceder. Mi corazón late como si hubiera corrido un maratón. Mis mejillas aún arden y siento esa delatora humedad entre mis piernas que me desconcierta por completo.

¿Qué fue eso?

Involuntariamente, mis pensamientos vuelven a la escena en su oficina. El papel arrugado, bajo su silla. ¿Un pretexto? ¡Seguramente! Pero ¿por qué? Nunca había hecho algo así antes. Mi estómago da un vuelco nervioso ante la idea, mientras escenas de mi sueño nocturno pasan por mi mente, las cuales aparto rápidamente.

La forma en que estaba sentado, cómo se giró hacia mí, con las piernas separadas... Cierro los ojos y siento cómo mi cuerpo tiembla de excitación. La imagen está grabada en mi cerebro. El contorno claro en sus pantalones, justo frente a mi cara. ¿Era lo que vi su...? ¡Dios mío! Seguramente lo era.

—Fue a propósito —murmuro y abro los ojos de golpe—. Debe haber sido a propósito.

Mis dedos tiemblan mientras los deslizo sobre el teclado del ordenador. Su correo me espera en la bandeja de entrada. Pero no puedo concentrarme. No cuando las palabras de sus hermanos aún resuenan en mis oídos.

—Una noche tarde en la oficina, quizás una copa de vino... Ella se inclina sobre tu escritorio para mostrarte algo, y tú ves cómo se tensa la falda sobre su dulce trasero... —dijo su hermano. Un

escalofrío caliente me recorre la espalda. ¿Fue esa la razón? ¿Es todo esto solo un juego para él? ¿Una prueba para ver hasta dónde puede llegar?

He oído los rumores sobre él y sus anteriores asistentes. ¿Tal vez por eso el departamento de personal sugirió que las blusas con flores eran apropiadas? Nunca pregunté y simplemente lo tomé como un consejo bien intencionado. Las blusas eran como una especie de muro de protección para mí. Un muro de protección que quizás yo misma nunca quise. Al menos, si pienso en mis sueños. Pero si pienso en lo que acaba de suceder, ya no hay muro de protección.

Me muevo inquieta en mi silla. La excitación que siento me está volviendo loca. Esto está mal. Tan mal. ¡Es mi jefe, maldita sea! Hasta ahora, estos pensamientos solo habitaban en mis sueños y no aquí en el trabajo. No cuando estoy sentada justo frente a su oficina.

Pero la forma en que sonaba su voz... más ronca de lo habitual. Cómo sus ojos me fijaron. La sutil dominancia en su postura. Y ese papel arrugado...

—Esto es ridículo —me susurro a mí misma—. Concéntrate en el trabajo.

Me obligo a leer el correo y comenzar la tarea. Pero las palabras se difuminan ante mis ojos. En su lugar, veo su rostro de nuevo. La mirada intensa. La forma en que se movían sus labios cuando decía mi nombre y me citaba...

Siento un hormigueo entre mis piernas. Mierda, eso fue condescendiente. ¿Cómo puede gustarme algo así? Aprieto mis muslos, pero eso solo lo empeora. ¿Qué me pasa?

Una parte de mí quiere saltar y huir. Otra parte —una parte alarmantemente grande— quiere volver a su oficina. Quiere averiguar hasta dónde llegaría realmente... y hasta dónde llegaría yo.

¡No! Sacudo la cabeza involuntariamente. Esos son pensamientos peligrosos. Pensamientos poco profesionales.

Maldita sea: ¿Qué quiere de mí? ¿Qué espera? Y más importante aún, ¿qué quiero yo? La respuesta me asusta. Porque en el fondo sé que quiero más. Más de esas miradas. Más de esa tensión. Más de él.

¿O no? Maldita sea, no lo sé, porque un anhelo soñador es una cosa, y algo real... es algo completamente diferente.

—Concentración —me reprendo severamente y me obligo a mirar la pantalla. El correo de Henderson espera. El trabajo espera. Eso es importante. Eso es real. No estas... fantasías.

Pero aparte de eso: ¿Qué pasará después del correo? Quería hablar conmigo sobre lo que

escuché. Ante la perspectiva de hablar con él sobre eso, siento una excitación nerviosa que quiero apartar más que nada.

El fuerte clic de la puerta de la oficina de Ryan Valentine me hace sobresaltar nerviosamente. Mi corazón se detiene por un momento, solo para latir el doble de rápido después. Me obligo a mantener la mirada fija en la pantalla mientras escucho sus pasos. Se dirige hacia mi escritorio. Oh Dios, ¿va a continuar? Este... juego? ¿Sea cual sea el tipo de "juego" que sea?

Todo mi cuerpo se calienta y enfría al mismo tiempo y me imagino lo que dirá a continuación.

¡Pero es diferente! Porque en una fracción de segundo ha pasado rápidamente por mi escritorio, murmura "Estoy arriba" y sigue caminando. Su voz suena profesional, distante. Ni una mirada en mi dirección, ni una insinuación de lo que acaba de suceder. Simplemente pasa junto a mí como si nada hubiera pasado. Como si esa cosa con la bola de papel y la conversación con sus hermanos nunca hubiera ocurrido.

—De acuerdo —logro decir, pero ya está fuera del alcance del oído, supongo, porque ni siquiera se da la vuelta. ¿Por qué lo haría? Es un hombre de negocios frío como el hielo y lo que sucedió seguramente fue solo un pequeño juego para él.

Ahora su padre, William Valentine, lo llama. Incluso como CEO, Ryan Valentine debe rendir cuentas a su padre. Porque cuando no está ocupado quitando mi mermelada de frambuesa de sus zapatos, todavía tira de los hilos en la empresa entre bastidores, por lo que escucho y percibo.

Lo observo brevemente mientras se va y luego me concentro de nuevo en mi correo. Al hacerlo, siento cómo un frío se extiende de nuevo dentro de mí. Al principio pienso que es ese miedo a lo que pasará cuando regrese. Pero no es eso. No esta vez. Este frío viene de mi pie derecho. El zapato definitivamente aún no está completamente seco. ¿Cómo podría estarlo? Estaba en ropa interior sosteniendo mis pantalones y el zapato en el baño privado de Ryan Valentine, secándolos con el secador tanto como pude. Aparentemente no fue suficiente tiempo.

Con un suspiro frustrado, me inclino hacia adelante y me lo quito. Inmediatamente me siento mejor. Coloco el zapato debajo de mi silla. Luego, mi calcetín húmedo llama mi atención, lo agarro y lo pongo en el suelo junto a mi zapato. Solo cuando está ahí me doy cuenta de cómo debe haberse visto cuando coloqué el calcetín mojado al final de mi escritorio para que se secara, colgando a medias.

¿Qué pensaría si volviera y viera el calcetín? O peor aún: ¿qué habría pasado si William Valentine hubiera venido aquí? De ahora en adelante, sería la asistente incompetente de su hijo que no sabe comer correctamente, ensucia sus zapatos con mermelada de frambuesa y ahora seca su ropa frente a la oficina de su hijo.

Maravilloso.

Mi teléfono vibra y me saca de mis pensamientos. Un mensaje de Josie: *¿Y? ¿Crees que será posible? Me refiero a lo de esta noche.*

¡La gala! Maldita sea, lo había olvidado por completo. Y eso que quería preguntarle a Ryan Valentine si Josie podía venir también. Como mi acompañante. Pero después de todo lo que ha pasado hoy, parece casi imposible.

Exhalo frustrada.

Lo siento, escribo en respuesta. *No he tenido la oportunidad de preguntar aún.*

Aparecen tres puntos. Josie está escribiendo.

Oh, vamos, cariño, ¿quizás ayude si le haces ojitos a tu guapo jefe y meneas tu lindo trasero frente a él?

Al final hay un emoji guiñando el ojo. Si ella supiera. Me muerdo el labio. ¿Qué le puedo escribir? "Oye, lo siento, estaba demasiado ocupada metiéndome debajo del escritorio de mi jefe e intentando no morir de excitación".

Es complicado y hay mucho movimiento ahora, escribo en su lugar. *Hoy todo está siendo un poco... diferente de lo habitual.*

Su respuesta llega de inmediato: *¿Diferente? ¿En qué sentido diferente? ¿Está de mal humor? ¡Seguro que no quiere que te pongas de rodillas frente a él y se lo supliques, cariño!*

Me quedo mirando su última frase. Ya he estado de rodillas frente a él. Solo que fue muy diferente a lo que se imagina.

Respondo: *Digamos que no quiero darte falsas esperanzas. La posibilidad es bastante baja. Ahora está en una reunión. Pero le preguntaré más tarde.*

Gracias, eres un amor. No quería ser pesada. Gracias de todos modos por intentarlo.

Cómo me gustaría poder cumplir su deseo. Y no sería del todo desinteresado, porque después de este comienzo del día, sería maravilloso tener a alguien de confianza conmigo esta noche. Alguien que me apoye en caso de que... bueno, en caso de que las cosas se salgan de control de nuevo. Definitivamente le preguntaré cuando regrese más tarde.

El estridente timbre de mi teléfono interrumpe mi respuesta. Mi mirada cae sobre la pantalla y mi corazón se salta un latido cuando la miro fijamente. Ahí dice: *William Valentine está llamando.*

Mi mano tiembla cuando contesto. —Patricia Simmons.

—Señorita Simmons —su voz suena diferente a la de su hijo. Más vieja, más áspera, pero con la misma autoridad subyacente—. Venga a mi oficina. Inmediatamente.

Sin "buenos días". Sin explicación. Solo esta orden.

—Por supuesto, señor. Estaré allí enseguida.

La llamada ya ha terminado antes de que termine mi frase.

Lo siento, tengo que irme, escribo apresuradamente a Josie. *El trabajo llama. ¡Me pondré en contacto más tarde!*

Me levanto de un salto y casi pierdo el equilibrio. Mi pie derecho todavía está sin calcetín ni zapato. Apresuradamente, agarro el calcetín húmedo del suelo. Se siente frío y desagradable cuando me lo pongo, pero eso no importa ahora. Rápidamente me pongo el zapato y me voy. A William Valentine no le gusta esperar.

Pero ¿qué quiere de mí? O mejor dicho: ¿qué quieren él y su hijo Ryan Valentine de mí?

¿Qué está pasando hoy?

Capítulo 6

Ryan

Pase, lo está esperando —dice la señorita Bennett, la asistente de mi padre. La miro seriamente, asiento y me dirijo hacia la pesada puerta de roble frente a mí.

Con un suave clic, abro la enorme y ancha puerta de la oficina de mi padre. La familiar atmósfera de poder y antigua tradición me envuelve de inmediato. Incluso el aire huele diferente aquí: a cuero, bourbon caro y el discreto perfume que mi padre lleva usando durante décadas.

Mis pasos son amortiguados por la gruesa alfombra persa mientras entro. La luz del sol que se filtra por los ventanales del suelo al techo baña la habitación con una luz cálida. Boston se extiende debajo de nosotros como un modelo en miniatura. Aunque solo es un piso más arriba, cada vez me parece que hay mundos de diferencia. Desde aquí arriba, desde el piso 73 de la Torre Valentine, todo parece aún más pequeño e insignificante. Justo como le gusta a mi padre.

Está sentado en su macizo escritorio de caoba, que perteneció a su padre, jugando con el reloj de bolsillo dorado. La pequeña reliquia familiar se desliza entre sus dedos mientras mira por la ventana. Una imagen familiar que, sin embargo, me produce un escalofrío. Cuando juega con el reloj, algo le preocupa. Un tic nervioso, si se puede llamar así.

—¿Querías verme? —pregunto, deteniéndome frente a su escritorio.

Asiente y su mirada se desvía hacia un lado. Mis ojos lo siguen, de modo que ambos contemplamos el gran óleo en la pared que retrata a nuestra familia. Todos nos vemos tan condenadamente perfectos: madre en su traje color crema, mis hermanos y yo en trajes a medida, y padre, que como siempre irradia el poder que podría ser su segundo nombre. Una imagen de la perfecta familia Valentine. O mejor dicho: una imagen de una familia como debe ser a los ojos de mi padre. Porque, ¿desde cuándo los óleos capturan la realidad?

Algo me deslumbra. Parpadeo, doy un paso atrás y miro hacia el aparador junto al área de

asientos. La garrafa de cristal con bourbon brilla bajo la luz del sol. Ya podría tomarme un trago, después de ni siquiera una hora en la oficina esta mañana. Pero tal vez sea demasiado temprano para eso.

Padre desliza el reloj con un último clic en el bolsillo de su chaleco. —Hermoso cuadro, ¿no? —dice sin mirarme. Su voz suena tranquila, demasiado tranquila—. Me gusta y disfruto viéndolo una y otra vez. Siéntate, hijo mío.

—Me alegro de que te guste, padre —digo con indiferencia y me hundo en uno de los pesados sillones de cuero.

—¿A ti no? —pregunta mirándome.

—Es tu oficina, padre. Yo no tengo un retrato familiar en la mía. Pero me alegra que sea de tu agrado.

—Ryan Valentine, el CEO y un verdadero diplomático —dice, se endereza, hojea un expediente que tiene sobre la mesa y luego me mira.

—Las cifras del último trimestre se ven prometedoras —comienza mi padre, reclinándose en su silla—. La expansión hacia Sudamérica se está desarrollando mejor de lo esperado.

—Sí —respondo brevemente, pero me pregunto ¿a qué viene esto? Claro que hablamos de negocios. Pero para eso tenemos reuniones programadas regularmente. No me cita fuera de agenda por esto.

—¿Y cómo va la start-up? Se llama TechVision, ¿verdad? He oído que el nuevo proyecto está avanzando.

—Todo según lo planeado. —Me muevo inquieto en el sillón. Este tipo de charla trivial. Él sabe exactamente cuánto lo detesto.

—Por cierto, tu hermano Ethan la semana pasada...

—Padre —lo interrumpo—. ¿Podemos ir al grano? ¿Por qué estoy aquí?

Chasquea la lengua con desaprobación. —Siempre esa impaciencia tuya. Ya eras así de niño. ¿Sabes, Ryan? A veces hay que disfrutar el momento, crear una atmósfera. Eso también te ayudaría con las damas.

Me quedo callado y lo miro fijamente. Él me devuelve la mirada con esa expresión paternal que

conozco tan bien, y que me vuelve loco.

¿Acaba de hacer una insinuación? Por supuesto que sí. Pienso en las reuniones familiares mensuales, cada primer domingo del mes. Madre Elizabeth, que sirve orgullosa su pastel casero, como si aún estuviéramos en los años 50. Y sus a veces no tan sutiles indirectas sobre nietos.

El silencio en la habitación se vuelve opresivo. A través de los grandes ventanales se filtra el zumbido constante de la ciudad. Papá vuelve a jugar con su reloj de bolsillo, deslizándolo entre sus dedos. Y parece disfrutar que el aire en la habitación se vuelva más denso.

—¿Entonces? —pregunto de nuevo—. ¿Por qué me has citado aquí?

Suspira teatralmente. —¿Citado? Qué palabra tan dura. ¿Acaso un padre no puede simplemente querer charlar con su hijo?

—No cuando ese padre se llama William Valentine, conoce mi agenda y él mismo tiene mucho que hacer antes de la gala de esta noche. ¿Entonces?

—De acuerdo. Al grano entonces. —El reloj en su mano hace un suave clic al cerrarse repetidamente mientras me mira con seriedad—. Tenemos un problema. Que solo tú puedes resolver. De hecho, tú lo has causado, Ryan.

—¿Problema? ¿Qué problema? ¿De qué estás hablando? —pregunto, enderezándome en la silla a toda mi altura y mirándolo con desagrado. Maldita sea, soy el CEO de esta empresa y él sigue actuando como si estuviéramos jugando béisbol en el jardín y tuviera que explicarme las reglas. Además, la comparación no viene al caso: ¿cuándo ha jugado él al béisbol conmigo? Ambos conocemos la respuesta.

—El problema —dice mi padre inclinándose hacia adelante— es una llamada que recibí esta mañana. De George Sullivan.

Mi estómago se encoge. Sullivan Industries. Uno de nuestros socios comerciales más antiguos aquí en Boston. Desde la época en que mi abuelo dirigía la empresa. Y además, compañero de golf de mi padre. Los dos son como hermanos. Comparten su afición por el bourbon y me sorprende que no haya un óleo de ellos dos en algún lugar de su oficina. Sin embargo, estoy seguro de que uno de los premios en la vitrina es de una victoria conjunta en el golf, aunque esté bien escondido detrás de los premios y recuerdos de la empresa.

—¿Qué quería? —pregunto, tratando de mantener mi voz tranquila.

—Tenía una... historia interesante que contar. —Padre se levanta y va hacia la ventana—. Sobre nuestro CEO y sus... bueno, digamos, preferencias especiales en la selección de sus asistentes.

Las palabras me golpean como un puñetazo. —Eso es ridículo —digo con más dureza de la que pretendía.

—¿Lo es? —Se da la vuelta—. Tres asistentes en dos años, Ryan. Todas jóvenes, todas atractivas, todas renunciaron en circunstancias extrañas.

—Es una coincidencia —respondo. Sé que es cierto. Pero ni loco voy a soltar algo aquí. Y además, ¿de dónde sacó George esa información? Seguramente fue solo una suposición. Y mi padre debe haber hecho que revisaran los archivos de personal y pensó que había dado en el clavo. Sí, así debe haber sido.

—Padre, eso es completamente infundado. Y además: ahora tengo una nueva asistente, desde hace tres semanas. Una relación completamente profesional.

—Todavía —dice, y su mirada se clava en la mía.

—¿Qué quieres insinuar con eso? —pregunto, pensando en la conversación entre mis hermanos y yo esta mañana. ¿Alguno de los dos le habrá dicho algo a mi padre? No, nunca. Ni Ethan ni Lance harían algo así. Aunque no siempre estamos de acuerdo en lo que respecta a padre, nunca nos delataríamos unos a otros ante él. Mucho menos cuando se trata de mujeres. Y claro, hubo ese momento con la bola de papel y el trasero de la señorita Simmons es realmente lindo. Pero puedo dejarlo pasar, porque no es el único trasero bonito de la ciudad.

—No estoy insinuando nada, Ryan. Te estoy diciendo muy claramente que no tolero ese comportamiento en mi empresa —responde severamente.

—No sé qué quieres, padre. La señorita Simmons hace un trabajo impecable. Si me has hecho venir solo porque tu compañero de golf expresó una suposición o se basa en los chismes de la ciudad, entonces...

Sin seguir escuchándome, mi padre toma el teléfono de su escritorio. Sus dedos presionan una sola tecla.

—Janet, sí. Por favor, envíe a la señorita Simmons a mi oficina. Inmediatamente.

Un frío glacial se extiende por mi pecho. —¿Qué vas a hacer?

Cuelga y me mira. —Voy a despedirla.

—¿Qué? —Me pongo de pie de un salto—. ¡No puedes hacer eso!

—Oh sí, sí puedo. —Su voz es tranquila, pero cortante—. Ya no necesitas asistentes femeninas, Ryan. Eso daña tu reputación. Nuestra reputación. No importa si hay algo detrás o no. Se trata de lo que nuestros clientes piensan de nosotros. Somos los Valentine. Somos íntegros, somos honestos y no somos... no somos... zorros. Quiero que este asunto esté resuelto antes de la gala de esta noche.

—Padre, esto es una locura. ¡Ella no tiene nada que ver! Ni siquiera hemos...

—Exactamente eso es lo que quiero evitar —me interrumpe—. Antes de que vuelva a suceder.

—¡No va a suceder! Es competente, eficiente...

—¿Como las otras? —Levanta una ceja y me mira con recelo.

Aprieto los puños. —Esto está por debajo de tu dignidad. Y de la mía. ¡Soy el maldito CEO de esta empresa!

—Y yo soy el propietario —responde fríamente—. ¿O lo has olvidado?

Niego con la cabeza y aprieto los puños. La ira crece dentro de mí. Esto no se lo voy a perdonar. Nunca.

—Sin embargo —dice luego y me mira de reojo—, si tanto te importa, habría otra posibilidad... —dice, y casi me parece ver un atisbo de sonrisa en su rostro.

—¿Qué tipo de posibilidad? ¿Quieres proponerme un trato, o qué es esto?

Capítulo 7

Patricia

Mis manos tiemblan cuando salgo del ascensor en el piso 73. Aunque es solo un piso, por alguna razón tomé automáticamente el ascensor en lugar de las escaleras. De alguna manera, también esperaba quedarme atrapada y evitar la reunión. Pero, por supuesto, el ascensor cumplió su trabajo con su fiabilidad habitual y me llevó aquí arriba en cuestión de segundos.

Es solo un piso, pero huele diferente. A dinero viejo, a poder, a... No sé. ¿Quizás huelo mi propio miedo? El suelo bajo mis pies amortigua cada paso. Mis pies se sienten infinitamente pesados y de alguna manera siento como si estuviera esperando despertar de este sueño. Me viene a la mente el otro sueño: el de mi jefe y las esposas. Rápidamente aparto ese pensamiento, aunque la realidad actual no es ni un poco mejor, solo incómoda de una manera completamente diferente.

—¿Señorita Simmons? —La voz de la señorita Bennett, la asistente de William Valentine, suena fría y distante. Está sentada detrás de su imponente escritorio como una reina en su trono. Su cabello gris perfectamente peinado y sus gafas sin montura acentúan aún más su apariencia severa.

—Sí —croajo y me aclaro la garganta rápidamente—. ¿El señor Valentine desea hablar conmigo?

Me examina de arriba a abajo. Su mirada se detiene en la pierna derecha de mi pantalón, la que estaba bastante mojada antes y que sequé apresuradamente en el baño privado de mi jefe. Es casi como si tuviera una especie de visión de rayos X para estas cosas y sintiera que algo ha pasado con el pantalón que no debería haber pasado. Como si sintiera que llevo un calcetín empapado cuyo frío se extiende incómodamente por mi pie.

—Siéntese —La señorita Bennett señala uno de los bancos de espera tapizados en cuero—. La anunciaré y le avisaré cuando el señor William Valentine y su hijo estén listos —Hace una pausa y luego me mira directamente—. Y para su información: no le gusta que lo llamen Valentine Senior.

Me hundo en el banco e intento respirar con calma. ¿Qué quiere William Valentine de mí? ¿Qué le ha dicho Ryan Valentine? Mis pensamientos corren. El incidente con la bola de papel de antes seguramente no tiene nada que ver y parece muy lejano.

Los minutos se arrastran como chicle. Observo a la señorita Bennett, que teclea concentrada en su teclado. El rítmico clic de las teclas resuena en la silenciosa antesala. A través de las ventanas del suelo al techo, los rayos del sol entran y bañan todo con una luz surrealista.

Finalmente, la señorita Bennett coge el teléfono. Habla tan bajo que no puedo entender sus palabras. Luego cuelga y me hace un gesto con la cabeza.

—Puede entrar ahora.

Mis piernas se sienten como gelatina cuando me levanto y el calcetín húmedo envía un escalofrío frío por mi pierna. Me dirijo a la pesada puerta de roble, levanto la mano y golpeo tímidamente.

—Adelante —suena la voz de William Valentine desde dentro.

Con dedos temblorosos, presiono el picaporte. La puerta se abre casi sin hacer ruido. La habitación detrás es enorme, llena de muebles antiguos e historia. Mi mirada se mueve entre Ryan Valentine y su padre. Ryan está sentado tenso en uno de los sillones de cuero, sus músculos de la mandíbula trabajan. William Valentine está de pie junto a la ventana, con un reloj de bolsillo dorado en la mano, examinándome. Sus ojos tienen la misma intensidad que los de su hijo, pero hay algo más en su mirada, una especie de autoridad paternal que parece dominar la habitación.

—Señorita Simmons —dice y se gira hacia mí—. Entre y cierre la puerta. —Asiento y hago lo que se me indica. Mi garganta está cerrada. Mi corazón late tan fuerte que estoy segura de que ambos pueden oírlo.

—Por favor, tome asiento, señorita Simmons —Señala el sillón vacío junto a mi jefe y su hijo.

Me siento cuidadosamente, la incómoda humedad en mi zapato apenas parece perceptible ahora, porque estar aquí con los dos es mucho más incómodo. A pesar del calcetín frío, un calor se extiende por todo mi cuerpo. El cuero del sillón cruje suavemente.

—Sabe —comienza William Valentine, balanceando el reloj de bolsillo en su mano—, cuando Ryan me habló de usted hace un momento, estaba... digamos, interesado —Hace una pausa significativa—. Es raro que mi hijo hable tan... enfáticamente de su asistente.

Abro la boca, pero la cierro de nuevo y me pregunto de qué habrán hablado. ¿Es una insinuación? ¿Pero de qué? ¿O va en serio?

Ryan se aclara la garganta, sus dedos tamborilean un ritmo nervioso en el reposabrazos de su sillón. —Padre —dice con un toque de impaciencia en su voz—. Deberíamos ir al grano.

William Valentine sonríe. —Por supuesto, por supuesto —Se vuelve hacia mí de nuevo—. Señorita Simmons... no, es mejor que mi hijo Ryan se lo diga él mismo —Hace un gesto en su dirección.

Oh Dios, me van a despedir. Es eso, ¿verdad? ¿De eso han hablado? De mi impuntualidad. Y de cómo lo escuché a escondidas. Pero ¿por qué Ryan Valentine hace esto en la oficina de su padre? Me vienen a la mente algunas series de Netflix en las que siempre se decía que los despidos extraordinarios es mejor hacerlos en presencia de testigos. ¿Se trata de eso? ¿Su padre es solo el testigo de mi despido? Eso tendría sentido. Mierda, ¿qué voy a hacer?

Ryan se endereza. —Señorita Simmons —su voz suena tensa, controlada—. Su trabajo para mí es más que notable. Estoy realmente satisfecho con usted. Yo... sí, eso es todo en realidad —dice Ryan Valentine, esbozando una sonrisa forzada y pareciendo extrañamente rígido. Apenas puedo creer lo que estoy oyendo y me pregunto de nuevo si estoy soñando. Miro rápidamente entre él y su padre William, quien asiente con aprobación.

—Lo de TechVision —añade William Valentine, como si lo recordara bien—. ¿No dijiste que ella ayudó con eso?

—Exacto —confirma Ryan—. Pero... —Intercambia una mirada con su padre—. Ahora se trata de otra cosa. Nos enfrentamos a una... llamémosla *situación especial*.

La tensión en la habitación es casi palpable. Me muevo inquieta en mi sillón.

—¿Qué tipo de situación? —me atrevo a preguntar, notando lo quebradiza que suena mi voz.

—Sullivan Industries —dice William Valentine, antes de que su hijo pueda responder—. Un... caso delicado.

—Tenemos que ir allí inmediatamente —explica Ryan—. Antes de la gala de esta noche.

—¿Ahora mismo? —pregunto sorprendida.

—¿Es eso un problema? —pregunta William Valentine, y su tono sugiere claramente que no debería haberlo.

—No, por supuesto que no, pero... —Pienso en el correo de Henderson en mi escritorio, que era tan urgente—. Quiero decir, sí, por supuesto que podemos irnos de inmediato.

—¡Excelente! —William Valentine suena satisfecho. Luego, los dos se miran por un breve momento y Ryan Valentine asiente en silencio. El momento pasa tan rápido como llegó, y sin embargo, había algo extraño entre ellos. Casi como si hubiera más detrás de esta misteriosa tarea de lo que yo debería saber.

Me propongo no hacer preguntas, porque el día ya es bastante extraño.

—¿Nos vamos entonces? —me pregunta Ryan Valentine, que de repente está demasiado cerca de mí, tanto que puedo inhalar su perfume y siento que mi corazón se salta un latido y mis antebrazos comienzan a hormiguear. Luego coloca suavemente su mano en mi hombro, lo que hace que el calor electrizante se extienda por todo mi cuerpo.

—Sí —murmuro en voz baja, enderezándome e intentando no perder el control sobre mí misma.

***

El cristal tintado de la limusina hace que el mundo exterior parezca surrealista. Nunca antes había viajado en uno de los coches de la empresa - estas limusinas negras y pulidas están reservadas solo para los altos ejecutivos, no para las asistentes. Pero el caso debe ser muy importante. El asiento de cuero debajo de mí es suave como la mantequilla, y aun así me siento fuera de lugar, lo que probablemente se deba más al silencio entre mi jefe y yo desde que salimos de la oficina de su padre. Solo me guió brevemente a nuestro lugar de trabajo para que empacara mi portátil. Después, fuimos directamente al ascensor, bajando al estacionamiento subterráneo. Pensé que el viaje en ascensor sería malo, pero estar sentada aquí en la limusina junto a él, mientras nos conducen, parece aún más extraño.

—Deberíamos cerrar el asunto de Henderson —dice Ryan Valentine de repente, sacándome de mis pensamientos.

Asiento y abro el correo que recibí hace menos de una hora. Mis dedos flotan sobre la pantalla. —He estado pensando en algunas ideas.

—La escucho.

—El problema de Henderson me parece menos el presupuesto y más la programación —digo y tomo una respiración profunda. Es la primera vez que hablo directamente con él desde que dejamos la oficina—. Si les presentamos un plan de implementación escalonado...

—...podrían distribuir mejor los costos —completa mi pensamiento—. Continúe.

—Podríamos dividir la implementación en tres fases —Tecleo rápidamente algunas cifras en mi tableta—. La fase uno se centra en las funciones principales, la fase dos introduce las

características avanzadas, y la fase tres abarca la integración completa.

Se inclina hacia adelante para mirar mi pantalla. Su loción para después del afeitado llega hasta mí - sutil, pero inconfundiblemente masculina. Me obligo a concentrarme en los números.

—Me gusta la división —murmura—. Fije la primera fase para el 15 del mes.

—¿No para el 20?

—No. Cuanto antes empecemos, mejor —Se reclina de nuevo—. Formúlelo de manera que parezca su propuesta. A Henderson le gusta pensar que tiene el control.

Empiezo a teclear, agradecida por la distracción. La conversación que escuché a escondidas con sus hermanos y el asunto de la bola de papel todavía flotan como un peso invisible entre nosotros. Al menos para mí. Cada vez que nuestras miradas se encuentran, veo algo en sus ojos que no estaba allí ayer. Como si un lobo estuviera rodeando a su presa.

—Listo —digo después de unos minutos y giro el portátil para que pueda leer el borrador.

Él revisa el texto rápidamente. —Bien. Envíelo.

Un clic y el correo está en camino. Afuera, los rascacielos pasan, gigantes silenciosos de cristal y acero. En algún lugar allí afuera está mi vida normal, con mi pequeño apartamento y las preocupaciones cotidianas. Aquí dentro, en esta lujosa limusina con Ryan Valentine, todo se siente irreal.

—¿Qué piensa sobre Sullivan Industries? —pregunta de repente.

La pregunta me sorprende. —¿En qué sentido?

—Su intuición. No los números.

Dudo. La pregunta se siente como una prueba. —Algo no está bien con sus últimos desarrollos —digo finalmente—. Yo... ni siquiera sé por qué vamos allí. No conozco al cliente, yo... —Me detengo, insegura de si he fallado.

Una pequeña sonrisa cruza su rostro. —Entiendo. No se preocupe. Revisaremos algunos datos, junto con George Sullivan. Se trata más bien de mostrarle lo que podemos hacer. Como equipo. ¿Entiende? —Su expresión se vuelve seria.

Asiento, aunque no entiendo nada en absoluto y en realidad tengo mil preguntas y ahora estoy

aún más nerviosa que antes. Pero el coche está desacelerando, y veo el edificio Sullivan elevándose frente a nosotros. El sol se refleja en las ventanas, cegándome por un momento.

—Hemos llegado —dice el conductor por el intercomunicador.

Ryan Valentine me mira. —¿Lista? —pregunta.

—¿Lista para qué exactamente? —pregunto insegura, intentando esbozar una sonrisa.

—Ese es exactamente el tipo de cuestionamiento que será necesario. Bien hecho —dice, abre la puerta y sale.

Lo sigo y mi mala sensación me acompaña.

***

La reunión ya ha terminado y encaja perfectamente con el resto de la mañana, pudiendo describirse con una palabra: ¡Extraña!

El cuero de la silla de visitantes cruje suavemente mientras cambio mi peso inquieta, mirando al vacío e intentando darle sentido a todo. Llevo diez minutos esperando aquí fuera de la sala de conferencias de Sullivan Industries, mientras Ryan Valentine y George Sullivan mantienen una conversación dentro de la que he sido excluida. Es una de esas salas de conferencias modernas que solo están separadas del pasillo por una gran pared de cristal, a través de la cual puedo observar a los dos hombres.

Sullivan está sentado en la cabecera de la larga mesa de conferencias, Ryan frente a él. Están conversando, pero no puedo entender ni una palabra. La atmósfera parece relajada, al menos eso sugiere el lenguaje corporal de mi jefe. Mi mirada se queda fija en su cuerpo perfecto más tiempo del necesario. Parece sentirlo y me mira, lo que me hace desviar la mirada hacia el suelo.

Mis pensamientos vuelven al extraño curso de la reunión de la que ahora he sido excluida. Ya he tenido varias reuniones con Ryan Valentine, pero ninguna de este tipo. George Sullivan hace preguntas inusualmente detalladas sobre cosas que normalmente no interesan a un CEO. ¿O sí? En cualquier caso, Ryan me pidió que buscara rápidamente en mi portátil la información para responder a las preguntas.

—Señorita Simmons, ¿puede mostrarme los tiempos de entrega de las placas T-459?

—Por supuesto. —Busqué apresuradamente en mi portátil.

—Interesante. ¿Y qué hay de los microcontroladores?

—Un momento... —Otra vez tecleo rápidamente.

—¿Las cantidades de los últimos tres meses?

—Enseguida, señor Valentine.

Así continuó todo el tiempo. Pregunta tras pregunta sobre tiempos de entrega, componentes electrónicos, lotes de producción. Como si me estuvieran probando. Como un coche de demostración. Pero, ¿para qué?

Me muevo inquieta en mi silla. La sensación de haber sido apartada como un perro tras el espectáculo de adiestramiento se hace cada vez más fuerte. "Espere un momento fuera, por favor, señorita Simmons". Sus palabras aún resuenan en mis oídos.

Dentro, Sullivan se levanta. Camina alrededor de la mesa hacia Ryan, sonriendo. Su lenguaje corporal parece entusiasta, satisfecho. Ambos se estrechan las manos. Ryan asiente repetidamente, su rostro relajado.

Sea cual sea el propósito de esta extraña reunión, parece haber ido bien. Pero, ¿qué significa esto para mí?

De repente, Ryan se gira hacia mí. Nuestras miradas se encuentran a través del cristal. Le dice algo a Sullivan sin romper el contacto visual conmigo. Y ahí está de nuevo, esa sonrisa. Depredadora. Triunfante. Como si hubiera conseguido exactamente lo que quería.

Mis rodillas se debilitan, aunque estoy sentada. Apresuradamente bajo la mirada y miro al suelo del pasillo.

¿Qué significa todo esto? Primero la extraña conversación en la oficina de William Valentine esta mañana, luego esta extraña reunión de prueba y ahora este secretismo...

La puerta de la sala de conferencias se abre.

—Ha sido un placer conocerla. Ryan Valentine puede considerarse afortunado de tener una mano derecha como usted —me dice George Sullivan con una sonrisa en el rostro, me estrecha la mano y se despide.

—Podemos irnos —dice Ryan Valentine señalando hacia el ascensor—. Todo ha ido bien.

—Aunque no sé exactamente qué ha sido esto, me alegro de que la reunión haya ido bien.

—Eso es lo principal —dice Ryan satisfecho y va delante. Aparentemente no ve la necesidad de aclararme nada sobre lo sucedido. Me parece ver una sonrisa fugaz en su rostro. Mi jefe es increíblemente atractivo, pero en este momento igual de enigmático.

***

El viento agita mi pelo suelto cuando salimos del imponente edificio de Sullivan Industries y por primera vez tengo la sensación de poder respirar de nuevo.

—La limusina está un poco más adelante —dice Ryan señalando calle abajo. Noto lo relajado que se le ve, muy diferente a como estaba antes en la oficina de su padre.

—¿Señor Valentine? —pregunto con cautela.

—¿Qué pasa? —pregunta, su mirada fija hacia adelante, parece estar pensativo.

—¿Qué ha sido eso de ahí dentro?

—¿Se refiere a la reunión? Ah, olvídelo. Solo un CEO que quiere que lo halaguen un poco, nada más, solo... —De repente, Ryan agarra mi brazo y me aparta bruscamente del borde de la acera. En ese mismo momento, un taxi amarillo pasa rugiendo por un enorme charco justo a nuestro lado. Una fuente de agua salpica exactamente donde yo estaba hace un segundo.

Su agarre es firme pero no desagradable. Siento el calor de su mano izquierda en mi cadera a través de la tela de mi blusa. Mi corazón late más rápido de lo que me gustaría. Estamos tan cerca que puedo oler su caro perfume.

—Gracias —susurro al darme cuenta de que me ha salvado no solo de llevar un calcetín mojado, sino de empaparme por completo. Nuestras miradas se encuentran. Hay algo intenso en sus ojos marrones que no puedo descifrar. El tiempo parece detenerse. Su pulgar acaricia inconscientemente mi brazo, que sigue sosteniendo firmemente con su mano derecha. Luego, el momento pasa, me suelta y busca el coche. Casi como si hubiera perdido el control por un breve instante, pero luego hubiera recobrado el sentido.

—Debería tomarse el resto del día libre —dice de manera profesional—. Esta noche es el baile de máscaras. Necesita tiempo, creo que ha sido mucho por hoy.

El abrupto cambio de tema me confunde. —El baile de máscaras... cierto.

Me muerdo el labio inferior. La mención del baile de máscaras me ha recordado que quería preguntarle algo. ¿Es este el momento adecuado? Al menos me ha elogiado frente a su padre y la reunión acaba de ir bien. Está bien, ahora o nunca. —Señor Valentine, yo... bueno, mi amiga Josie...

—¿Sí? —Me mira expectante.

—Ella... bueno, quería preguntar si sería posible... —Maldita sea, ¿por qué tartamudeo tanto?—. ¿Si tal vez podría venir conmigo? ¿Al baile? ¿Como una especie de acompañante para mí?

Por un momento no dice nada. Mi estómago se encoge. ¿Fue un error?

—Excepcionalmente —dice finalmente. Una pequeña sonrisa juega en las comisuras de sus labios—. Tráigala.

—¿De verdad? ¡Eso sería genial! Gracias, señor Valentine. Yo...

—Con una condición —me interrumpe.

Contengo la respiración. —¿Sí?

—No hable de esto con nadie y asegúrese de que su amiga vista apropiadamente y que ambas traigan una máscara. Usted es responsable de ello.

—Entendido —digo y asiento en silencio, pero no puedo ocultar una sonrisa.

—Hasta esta noche, señorita Simmons —dice mi jefe y entonces sucede algo que no esperaba. Me da un beso. En la mejilla.

¿Así es como uno se despide de su asistente? Me quedo petrificada mirándolo mientras se dirige al coche, sube y se va sin mí.

¿Qué demonios está pasando entre mi jefe y yo?

¿Y por qué me gusta tanto? Más de lo que debería. ¡Mucho más!

Aparto el pensamiento, saco mi teléfono del bolso y le doy la buena noticia a Josie.

Capítulo 8

Ryan

¡Maldita sea! ¡No debería haberla besado! Aunque solo fuera en la mejilla. Todavía siento su suave piel en mis labios mientras camino hacia la limusina que me espera.

Un error.

Un maldito error.

Justo ahora que había convencido con éxito a Sullivan de que la Srta. Simmons no era más que una asistente competente. La conversación con mi padre resuena en mi cabeza, cómo me puso entre la espada y la pared después de haber citado a la Srta. Simmons a su oficina.

—Si te importa tanto, todavía hay una posibilidad... —me dijo, y cuando le pregunté, me explicó lo que quería decir—: Cuando la Srta. Simmons venga aquí, hazle un cumplido. Sobre su trabajo, por supuesto. Sé amable con ella. Y luego ve con ella a ver a Sullivan y arregla esto. Hoy mismo.

Puse los ojos en blanco. —¿Hablas en serio? ¿Soy el CEO y todavía me das órdenes?

—Creo que ella estará aquí en cualquier momento. La decisión es tuya.

La amenaza era clara y sentí cuánto odiaba ser tratado así por mi padre. Pero ¿dejar que despidiera a mi asistente? ¡De ninguna manera!

Entonces sonó su teléfono. Contestó en silencio, escuchó y dijo: —Bien. Gracias, un momento Jane. —Luego colgó y se volvió hacia mí—. Está aquí y espera afuera. ¿Qué piensas?

—Está bien, si eso es todo —dije irritado, jurando que esta sería la última vez que me dejaría degradar así por él, convirtiéndome en su mono de feria.

—Bien —respondió mi padre—. Y Ryan, cuando estés allí, puedes invitar al viejo Sullivan al baile de esta noche. Seguro que eso lo ablandará.

—¿En serio? —exclamé—. ¿No está invitado? ¿No podría ser ese el motivo? Está ofendido y se ha inventado algo para que le hagamos una visita.

—Tú eres el CEO. Tú y la Srta. Simmons seguro que pueden manejarlo.

El sonido de mi teléfono me saca de mis pensamientos. Un mensaje de mi hermano Ethan: *¿Puedes llamarme un momento?*

Subo al coche y me propongo llamarlo enseguida. Vuelvo a pensar en la conversación con George Sullivan. Salió bien. Quedó impresionado con la Srta. Simmons. Profesional, competente, encantadora de una manera discreta. Además, su blusa sutil con el estampado floral y cómo evitó el contacto visual con él. Simplemente perfecto, exactamente la imagen que quería transmitir.

—Por supuesto que nos encantará verlo esta noche en el baile —le había dicho a Sullivan como despedida, después de que hubiéramos enviado a la Srta. Simmons fuera y hablado sobre fútbol, whisky y también mujeres. Después de la invitación, cambió por completo. Tal vez realmente solo estaba ofendido por eso y la cita fue totalmente innecesaria. ¿O estaba celoso de lo que creía que yo hacía con mi asistente actual? Podría jurar que la miró más tiempo del necesario.

Da igual. Me detengo brevemente y aflojo mi corbata antes de que el conductor me abra la puerta y yo entre. Mientras lo hago, el momento con la Srta. Simmons y el beso subsiguiente en la mejilla pasan de nuevo por mi mente. Cómo estaba tan cerca de mí. El sutil aroma de su perfume. La forma en que susurró "Gracias"...

Debes estar crónicamente falto de sexo, Ryan —me digo a mí mismo y aparto el pensamiento.

El conductor cierra la puerta detrás de mí, le hago un gesto con la cabeza y estoy satisfecho con mi decisión de darle la tarde libre hasta esta noche. ¿Tal vez solo necesito un poco de distancia de ella en este momento?

¿O tal vez es la sutil anticipación de la gala Valentine de esta noche? Claro, la parte principal del evento es aburrida y molesta. Pero lo que sucede después siempre ha sido bastante inolvidable. El año pasado fue la modelo de Victoria's Secret y este año, ¿quién sabe?

Cierro los ojos, aflojo aún más la corbata y me hundo más profundamente en los suaves cojines. Me imagino a esas mujeres ligeramente vestidas con sus ajustados vestidos. Sus rostros cubiertos por máscaras, para que uno pueda dejar vagar la mirada sobre sus curvas sin ser molestado.

Luego está esa. La que destaca entre la multitud. Su elegancia, su clase. Y su cuerpo parece brillar. Un escalofrío de placer recorre mi espalda y mi polla se endurece. La fantasía toma forma, se vuelve más vívida con cada respiración. Primero bailamos, porque no quiero abrumar a la dama. Como todo un caballero, como debe ser. Mi mano en su espalda, justo donde comienza el escote del vestido. Su mano en la mía, cálida y suave. Después, una copa de champán y luego queda claro lo que ambos queremos. Corremos al ascensor que nos lleva a la suite superior, pero ya en el ascensor no podemos mantenernos alejados el uno del otro. La levantaría, envolviendo sus piernas alrededor de mis caderas. Sintiendo su coño húmedo contra mí. El susurro de la seda mientras subo el borde de su vestido. Sus muslos desnudos bajo mis manos...

—Sr. Valentine... —Su susurro en mi imaginación suena prohibidamente dulce. Súplica y orden al mismo tiempo.

Luego le quito la máscara y... ¡veo a la Srta. Simmons, a quien estoy a punto de follar en el ascensor del hotel! ¡Mierda!

Abro los ojos y me inclino bruscamente hacia adelante.

—Tres minutos más, señor, ya casi llegamos —me dice el conductor, que probablemente interpretó mi movimiento brusco como impaciencia.

Me froto brevemente los ojos, me paso nerviosamente la mano por el pelo y me pregunto qué ha sido eso. Nunca antes mi asistente me había acosado en mis fantasías. Además, sus blusas son tan anticuadas. Ella ni siquiera es mi tipo.

Miro mi smartphone para distraerme y entonces recuerdo el mensaje de Ethan. Toco para llamar y sacudo los últimos jirones del juego mental.

Después de dos timbrazos, Ethan contesta. —Ryan, ¿qué pasa, hermano mayor?

—Querías hacer una llamada telefónica. —Me recuesto de nuevo en el asiento, agradecido por la distracción de mis pensamientos anteriores.

—Sí, por lo de esta mañana... Estabas bastante alterado. —Típico de Ethan, siempre el mediador, el diplomático.

—Todo está bien. —Me masajeo las sienes. Lo último de lo que quiero hablar ahora es sobre nuestra conversación de esta mañana, que también involucró a la señorita Simmons—. Fui a ver a Sullivan, por encargo de nuestro padre. Con la señorita Simmons. Todo está aclarado.

—Suena típico de nuestro viejo. ¿Hubo algo especial?

—En realidad no —digo, apartando el beso de mi mente—. Solo lo invité al baile. Tal vez el viejo se ofendió por no haber recibido una invitación.

—Ah. —Ethan hace una pausa—. Me refería más bien a... ¿la señorita Simmons?

—¿Qué pasa con ella? —Mi voz suena más dura de lo que pretendía.

—Nada, nada... —De nuevo esa reserva diplomática—. Solo pensé...

—Olvídalo —lo interrumpo—. Sullivan está satisfecho, papá está satisfecho, todos están satisfechos. ¿Podemos hablar de otra cosa?

Un suave suspiro al otro lado de la línea. —Está bien. Hablando del baile, quería decirte que probablemente me iré temprano esta noche.

—¿Qué más podría ser? —No puedo evitar una sonrisa—. Odias estos eventos más que yo, ¿verdad?

—No los odio —me corrige con su tono típicamente sereno—. Solo los encuentro... agotadores.

—Dice el hombre que nunca ha bailado en uno solo.

—¿Para qué? —Oigo la ligera sonrisa en su voz—. Ya sabes cómo funciona. Asiento a la gente importante, tomo un bourbon en el bar...

—...y luego desapareces como un ninja en la noche —completo—. Mientras yo tengo que escuchar anécdotas de negocios de cualquier miembro de la junta durante horas.

—Tú también podrías irte temprano. Aunque es bueno que el CEO de la empresa...

—Oh, vamos. El CFO es igual de importante. Pero te entiendo. Uno de nosotros tiene que hacer de anfitrión encantador. Y además... ya sabes: siempre espero con ansias lo que viene después.

—Ahora volvemos a hablar de la modelo de Victoria's Secret, tus muchas asistentes y tu actual, ¿verdad?

—La señorita Simmons es mi asistente. Nada más.

—Si tú lo dices. —Su voz suena neutral, pero lo conozco demasiado bien. No me cree ni una palabra.

—¿Sabes qué? Tengo que colgar. Estoy a punto de llegar a la oficina y tengo muchas citas y finalmente tengo que ocuparme de las cosas que estaban planeadas para hoy.

—Ryan...

—Hasta esta noche, Ethan. —Termino la llamada antes de que se me escape algo que no debería decir. La señorita Simmons era solo un sueño diurno. Esta noche debería divertirme con otra mujer. Distraerme. Follar hasta perder el sentido. Tal vez entonces vuelva a ser el Ryan Valentine de siempre.

Capítulo 9

PATRICIA

Sus labios estaban en mi mejilla...

El momento se repite una y otra vez en mi cabeza mientras estoy sentada en mi apartamento mirando el reloj. Todavía faltan tres horas para la gala. Debería estar arreglándome, pero en lugar de eso estoy aquí sentada en mi sofá, mirando al vacío y tocando una y otra vez el lugar donde sus labios besaron mi piel.

—Contrólate —murmuro para mí misma—. No fue nada. Absolutamente nada.

Pero entonces, ¿por qué lo hizo? ¿Realmente fue solo gratitud por haberlo ayudado con Sullivan? Hoy todo fue simplemente extraño. La conversación con sus hermanos, el asunto de las bolas de papel, la charla con su padre y los cumplidos. Sí, incluso la cita en Sullivan Industries fue algo rara.

El sonido del timbre de mi puerta me saca de mis pensamientos. Debe ser Josie. Me levanto de un salto y corro hacia la puerta para abrirla. Allí está ella.

Con un ajustado disfraz de tigre, con cola, orejas de gato y todo lo demás.

—¡Ta-daaa! —Da una vuelta sobre sí misma—. ¿Qué te parece?

La miro fijamente y luego estallo en una carcajada sonora. —¡Oh, Dios mío, Josie!

—¿Qué pasa? —Sonríe y me guiña un ojo—. ¿Demasiado?

—¡Esta es la gala de Valentine —exclamo entre risas—, no el carnaval!

—Pero dijiste que era un baile de máscaras y que todos irían disfrazados.

—Sí, pero... —Pienso en las palabras de Ryan. Que soy responsable de ella—. No puedes ir así. Es un evento muy... formal. ¿Creí que lo sabías?

—Bueno, había alquilado un vestido de gala, pero cambié de opinión porque dijiste que había que ir disfrazado. —Me mira apenada—. Lo siento, no tengo otro vestido.

—Entra. —La hago pasar a mi apartamento—. Encontraremos algo en mi armario.

Mientras Josie se quita su disfraz de tigre, yo rebusco en mi armario. —¿Qué tal este? —Sostengo en alto un vestido de cóctel verde oscuro.

—Demasiado recatado —sentencia de inmediato.

—¿El rojo?

—Demasiado corto para mí.

—¿El negro?

Examina el vestido largo y sencillo con un discreto escote en la espalda. —Ese podría servir. ¿Puedo?

Asiento y se lo entrego. Mientras se cambia, busco los zapatos y accesorios a juego.

—Se ve bien. Ahora vamos contigo —dice mientras se alisa el vestido frente al espejo—. ¿Me vas a contar qué pasó hoy contigo?

—¿A qué te refieres?

—Te oyes muy distraída. Y antes me dijiste por teléfono que fue un 'día extraño'. ¿Entonces?

Suspiro y me siento en la cama. —Yo... escuché algo esta mañana. Algo que no debería haber oído.

—¡Vaya! —Se gira hacia mí—. ¿Qué cosa?

—Una conversación entre Ryan y sus hermanos. Sobre mí.

Sus ojos se agrandan. —¡Detalles! ¡Ahora!

—Bueno... —Tiro nerviosa de mi blusa—. Dijo que le gusta mi trasero, pero...

—¿En serio? —Josie se deja caer a mi lado en la cama—. ¿Y luego? ¿Sabe que lo escuchaste?

—Sí, quería hablar conmigo al respecto. Pero no llegamos a hacerlo. Teníamos citas, incluso con su padre, luego una cita fuera de la oficina y después me dio el resto del día libre. —Omito el detalle del beso, aunque ni yo misma sé por qué.

—Hmm. —Me mira de reojo—. No es el primer jefe que encuentra atractiva a su asistente. ¡Y además está buenísimo!

—Josie —digo, ladeando la cabeza.

—Está bien, está bien —dice Josie conciliadoramente—. Si te preocupa, habla con él la próxima semana. Una comunicación abierta seguramente ayudará. No puede tratarte como un objeto. O habla con el departamento de recursos humanos y...

—No quiero delatarlo, yo... —digo.

—¿A ti también te parece atractivo, eh? —dice Josie sonriendo.

—Eres imposible —digo y no puedo evitar sonreír—. Vamos, tenemos que terminar de arreglarnos —digo, cambiando de tema.

Elegimos un vestido para mí también. Josie está a favor del vestido de gala rojo, que en realidad nunca uso porque creo que parece demasiado pomposo y llama mucho la atención.

—Te queda tan bien, Pat. Créeme. Eres una verdadera belleza. Tu jefe se quedará boquiabierto —dice y me guiña un ojo.

—Eres simplemente imposible —respondo. Después de otra revisión de mi armario, me doy cuenta de que no tengo elección. Los otros vestidos están demasiado ajustados o demasiado sueltos en este momento, y Josie lleva puesto el vestido que me quedaría bien.

Luego vamos al baño y quitamos el maquillaje de tigre de Josie. —En realidad no habría sido necesario. El disfraz de tigre también habría tenido una máscara. Para el baile de máscaras, ya sabes... —Entonces ambas nos reímos y pasamos la siguiente media hora arreglándonos el cabello, maquillándonos y ultimando los últimos detalles. Josie parlotea emocionada todo el tiempo sobre la gala, mientras yo intento no pensar constantemente en mi jefe.

—¿Habrá hombres solteros allí? —pregunta mientras retoca su delineador por tercera vez.

—Seguramente. Pero recuerda, es un evento de negocios.

—Sí, sí. —Pone los ojos en blanco—. Nada de coqueteos desenfrenados, nada de comentarios sugestivos, nada de consumo excesivo de alcohol. Eres responsable de mí. Ya me lo has dicho cien veces.

—Lo siento. —Sonrío disculpándome—. Solo estoy... nerviosa.

—¿Por el evento? ¿O por tu jefe?

—Por el evento, por supuesto —digo rápidamente. Demasiado rápido.

—Ajá. —Sonríe con complicidad—. ¿Sabes qué? Creo que a él también le gustas.

—Josie...

—¡No, en serio! ¿Por qué otro motivo te habría permitido traerme?

—Vamos, Pat —insiste—. Admítelo, te parece atractivo.

—Es mi jefe —digo con firmeza—. Nada más.

—Un jefe condenadamente sexy —se ríe ella.

—¡Josie!

—¿Qué? ¡Tengo razón! Esos ojos, esos hombros, ese...

—¿Podemos cambiar de tema, por favor?

Ella suspira teatralmente. —Está bien. Pero solo si me prometes que te divertirás esta noche y no pensarás en el trabajo todo el tiempo.

—Lo prometo. —Me levanto y me miro en el espejo. Mi largo vestido rojo brilla bajo la luz, la máscara plateada en mi mano combina perfectamente. Mi cabello cae en suaves ondas sobre mis hombros. Le entrego a Josie la otra máscara que compré de camino a casa.

—Te ves impresionante —dice Josie detrás de mí.

—Gracias. —Le sonrío. —Tú también.

Me guiña un ojo. —Los hombres caerán rendidos a nuestros pies.

Un hombre en particular viene a mi mente, pero inmediatamente aparto ese pensamiento. —Vamos, tenemos que irnos.

—De acuerdo, pero ¿tienes una bolsa de plástico para mí? —pregunta Josie.

—Sí, pero ¿para qué?

—Alquilé el disfraz de tigre en una tienda de disfraces. Lo llevaré conmigo y lo dejaré en el guardarropa. Seguramente habrá uno en este tipo de eventos. Así podré llevármelo directamente a casa después de la fiesta.

—Es una gala, no una fiesta —digo seriamente mientras busco en un cajón una bolsa de tela más o menos presentable.

—Está bien, señorita Correcta —responde ella. Luego salimos y llamamos a un taxi que nos llevará a la gala.

***

—¡El Hotel Royal Empire! —grita el taxista desde adelante. —Son 45 dólares.

Le entrego un billete de cincuenta. —Quédese con el cambio.

Al bajarnos, Josie y yo nos quedamos un momento contemplando la imponente fachada. Las luces de la ciudad se reflejan en las altas ventanas del hotel, y a través de las puertas giratorias de cristal podemos ver el elegante vestíbulo.

—Guau —susurra Josie. —Esto es... guau.

—Ven. —La tomo del brazo. —Vamos a entrar.

El vestíbulo está lleno de gente con elegantes trajes de noche. Muchos ya llevan sus máscaras, otros aún las tienen en las manos. Claro, todavía falta un poco para la inauguración oficial y después de eso comenzará el baile de máscaras en el salón de baile histórico. Con rosas, candelabros y esculturas de hielo.

—El guardarropa está allí —digo, señalando un mostrador donde ya se ha formado una pequeña fila.

—Genial, por fin podré deshacerme de mi disfraz de tigre —dice Josie y se pone en marcha.

En el guardarropa nos recibe una señora mayor con el pelo gris peinado hacia atrás de forma estricta. —Buenas noches, señoras. La tarifa del guardarropa es de 200 dólares de depósito por prenda.

—¿Cómo dice? —Josie me mira con los ojos muy abiertos.

—Es una donación —explica la señora. —Como todos los ingresos de esta noche.

—Oh. —Josie rebusca en su bolso. —Yo... eh... no llevo tanto encima.

La señora del guardarropa nos mira severamente. —Entonces lamento no poder aceptar la prenda.

—¿No hay otra opción? —pregunto.

La señora niega con la cabeza. —Lo siento. Las normas son las normas.

Josie mira a su alrededor, desamparada. —¿Y ahora qué?

Caminamos por la zona de recepción y echo un vistazo alrededor. Entonces me fijo en una puerta entreabierta. —Ven —le susurro y miro por la rendija. Es una especie de trastero, o mejor dicho, un paraíso de vestidos. Docenas de vestidos cuelgan de perchas y brillan bajo la tenue luz.

—Oh, Dios mío —susurra Josie. —¡Mira esto!

Los vestidos son impresionantes. Piezas de diseñador en todos los colores y formas. —¿De quién serán? —murmura ella. Por todas partes cuelgan etiquetas blancas con las conocidas letras de *Prada*, y recuerdo que en algún expediente decía que *Prada* había tenido una gala aquí el día anterior y que hubo que aclarar algunas cosas para que la gente de *Prada* desmontara a tiempo y la gente de Valentine pudiera montar. Tal vez los vestidos sean de eso y estén esperando a que los recojan.

—No lo sé, pero guardemos rápido tu disfraz y vámonos —digo.

Josie abre uno de los armarios y mete dentro la bolsa con el disfraz de tigre. —Listo.

Salimos sigilosamente y nos mezclamos con los invitados. El salón de baile ya está bastante lleno. Suena música de fondo discreta, los camareros se deslizan entre los invitados con bandejas de champán. Mi mirada recorre la sala, buscando instintivamente a Ryan Valentine, pero no puedo verlo por ninguna parte.

—¿Champán? —Un camarero nos ofrece una bandeja.

—Gracias. —Cada una coge una copa y echamos un vistazo alrededor.

—Las esculturas de hielo son una locura —dice Josie.

—Ajá —digo, vaciando mi copa y sintiendo cómo el calor sube a mis mejillas, mientras el alcohol me hace sentir más relajada al mismo tiempo.

—Y los hombres de aquí tampoco están nada mal, ¿eh? —observa Josie sonriendo.

—Eres incorregible —le respondo con una sonrisa. Tomamos otra copa de champán. Josie se vuelve más habladora y me cuenta sobre su última ruptura y que hace mucho tiempo que no tiene un hombre. Luego me mira larga y silenciosamente, gesticulando con los ojos una y otra vez hacia un lado.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Ese hombre de allí. Nos está mirando fijamente —sonríe Josie.

Miro disimuladamente alrededor. Tiene razón. Siento las miradas sobre nosotras, o mejor dicho, sobre nuestros vestidos. ¿Así que el vestido rojo sí es el temido centro de atención?

Seguimos hablando y actuamos como si nada. —Josie, eres genial, no te preocupes, el indicado pronto...

—Buenas noches, señoras.

Nos giramos. Frente a nosotras hay un hombre alto y de hombros anchos con un smoking que le sienta a la perfección. Aún no lleva máscara y su rostro marcado está iluminado por una sonrisa encantadora.

—¿Me permiten presentarme? Jesper.

—Patricia —digo educadamente. —Y esta es mi amiga Josie.

—Enchantée —dice él, besando la mano de Josie. Ella suelta una risita.

—¿Quizás alguna de las damas desea bailar?

Antes de que pueda negarse, empujo a Josie hacia adelante. —Josie es una bailarina fantástica.

Josie me lanza una mirada sorprendida, pero le asiento con gesto alentador. Me sonríe. Jesper es justo su tipo.

—Bueno —dice Jesper volviéndose hacia Josie—. ¿Me concedería el honor?

Josie resplandece. —Con mucho gusto.

Los observo mientras se dirigen a la pista de baile. Josie se gira una vez más y articula con los labios *Gracias*.

Doy un sorbo a mi champán y vuelvo a pasear la mirada por la sala. ¿Dónde está mi jefe?

***

El salón de baile se llena cada vez más. Observo cómo Josie baila con Jesper. Parecen llevarse bien. En ese momento, mi teléfono vibra en el pequeño bolso de mano.

—¿Señorita Simmons? —es la voz de mi jefe e inmediatamente siento cómo mi corazón late con fuerza.

—¡Señor Valentine! —Inconscientemente enderezo mi postura, aunque él no pueda verme.

—¿Dónde está? Tenemos que hablar.

—Estoy en el salón de baile, señor.

—Reúnase conmigo en el vestíbulo en tres minutos. Junto a la gran palmera al lado del mostrador de conserjería.

—Por supuesto, señor.

La conversación termina antes de que pueda hacer más preguntas. Echo un último vistazo a Josie, que parece estar completamente en su elemento, y me pongo en marcha. ¿Qué querrá de mí? ¿Por qué quiere verme?

Ryan Valentine ya está allí cuando llego. Lleva un esmoquin negro hecho a medida que acentúa su figura atlética. Cuando me ve, se le corta la respiración por un momento.

—Señorita Simmons, usted... el vestido le sienta de maravilla.

—Gracias, señor. —Siento cómo el rubor sube a mis mejillas.

Se aclara la garganta y adopta un tono profesional. —Bueno, la razón por la que quería hablar con usted... ¿recuerda a George Sullivan de esta mañana?

—Por supuesto. —¿Cómo podría olvidar esa extraña reunión?

—Quedó muy impresionado con su presentación. Me gustaría presentárselo personalmente una vez más. ¿Está de acuerdo? No quería pillarla por sorpresa después de este... digamos... día tan agitado. Por eso quería reunirme con usted aquí.

—Está bien —digo.

—Entonces vamos —dice, y me indica que puedo tomarle del brazo. Juntos nos dirigimos al salón de baile y me pregunto si se puede oír lo fuerte que late mi corazón contra mi pecho. Admito que disfruto de cómo mi jefe me guía hacia el interior. Se siente bien. Demasiado bien.

—Ahí está —dice Ryan y saluda con la mano a alguien.

George Sullivan se acerca a nosotros. Es más alto de lo que recordaba, su presencia aún más impresionante que por la mañana.

—¡Ah, la encantadora señorita Simmons! —exclama—. Espero que no le importe si la secuestro de su jefe por unos minutos.

Un camarero pasa con una bandeja. En ella hay copas altas con un líquido de color amarillo brillante.

—¡Ah, el nuevo cóctel de la casa! —dice Ryan—. Tiene que probarlo. Una creación de nuestro jefe de bar: azafrán, yuzu y un toque de...

—¿Polvo de oro? —pregunto, observando la bebida reluciente.

—¡Más bien cúrcuma! —George Sullivan toma tres copas y las reparte—. ¡Por una noche exitosa!

Brindamos. El cóctel sabe dulce y exótico.

—Bueno —dice Ryan después de un sorbo—, lamentablemente tengo que atender a otros invitados. George, señorita Simmons. Nos vemos más tarde.

Apenas Ryan está fuera de la vista, la actitud de George Sullivan cambia. Da un paso más cerca, su mirada recorre mi vestido.

—Sabe, Patricia... ¿puedo llamarla Patricia? Me fascina cómo una mujer tan atractiva se abre camino en el mundo de los negocios.

Doy un paso atrás. —Señor Sullivan, creo que...

—George, por favor. —Se acerca aún más—. ¿Sabe? Podría dar un buen impulso a su carrera. Tal vez en una cena privada.

Su aliento huele a alcohol. Retrocedo aún más.

—Señor Sullivan, creo que está malinterpretando la situación.

—Oh, la entiendo muy bien. —Su mano toca mi brazo—. Una mujer inteligente como usted sabe cómo se juega este juego.

Me giro bruscamente y, al hacerlo, choco contra su copa. El cóctel amarillo se derrama sobre mi vestido rojo.

—¡Oh, Dios! —exclamo. Grandes manchas amarillas se extienden por la tela.

—Déjeme ayudar —dice Sullivan y alcanza una servilleta.

—¡No! —Me aparto—. Yo... vuelvo enseguida.

Sin esperar su respuesta, me doy la vuelta y me apresuro a salir. Mi corazón martillea. ¿Y ahora qué? El vestido está arruinado, y uno de los socios comerciales más importantes de mi jefe acaba de intentar... No, ni siquiera quiero pensar en eso.

Salgo corriendo del salón de baile y solo quiero alejarme de aquí. Lejos de George Sullivan y sus torpes insinuaciones, y desearía que mi jefe no nos hubiera dejado solos. Siento las miradas clavadas en mí.

Tengo que irme.

Capítulo 10

Ryan

Momentos antes

Acabo de despedirme de la señorita Simmons y George Sullivan porque, de hecho, he visto a Russel Bobbs. Él no me ha visto a mí. Por suerte. Porque no tengo el más mínimo deseo de escuchar sus propuestas para la adquisición de TechVision esta noche. Así que prefiero sumergirme entre la multitud.

A cierta distancia, veo a mi madre Elizabeth, que pone su sonrisa bondadosa y me hace señas para que me acerque. De camino, tomo un bourbon de un camarero que pasa apresuradamente. Estos nuevos cócteles de firma amarillos no son para mí. No hay nada como un buen bourbon añejo.

Mientras navego por el salón para llegar a mi madre y evitar cruzarme con Russel, estrecho algunas manos, asiento amablemente a la gente e intercambio algunas palabras sin importancia. Pero mis pensamientos vuelven a mi asistente. A Patricia Simmons.

Maldita sea. No solo su trasero es dulce. Ese vestido rojo resalta perfectamente cada una de sus curvas. Tomo un generoso sorbo de bourbon. El ardor en mi garganta es reconfortante y me ayuda a mantener la cabeza clara. Es el cuarto de esta noche, pero ¿quién lleva la cuenta? En estos interminables eventos sociales, uno lo necesita para no morir de aburrimiento.

La noté de inmediato cuando apareció en la fiesta. Con su vestido rojo, destacaba entre la multitud. Y allí estaba, de pie con su amiga, bebiendo champán y... ¡Mierda, simplemente es ardiente! Apenas podía apartar la mirada y sentí cómo se despertaba mi instinto de cazador.

Pero justo entonces apareció ese Jesper y empezó a coquetear con ella. Pude ver exactamente cómo ese esnob le había echado el ojo. Claro, ¿quién no lo haría? Ella era lo más destacado de la sala. No sabía qué hacer y entonces George Sullivan me tocó el hombro para hablarme.

Me agradeció nuevamente la invitación, parecía generalmente satisfecho y mantuvimos una charla trivial. Hay pocas cosas que me agoten más. Pero puedo poner una cara profesional y asentir en los momentos adecuados. Entonces se aclaró la garganta. —Señor Valentine, ¿está la señorita Simmons por aquí? ¡Me gustaría volver a verla! —Sus ojos tenían ese extraño brillo, y me pregunté si no la habría visto. Desde aquí arriba, en el balcón, era claramente visible con su vestido rojo. Por instinto, decidí no mostrársela, sino hablar primero con ella y prepararla. Lo que más me hubiera gustado era mentirle y decirle que no estaba aquí. Pero seguramente se la encontraría inevitablemente.

Así que decidí hacerlo en mis propios términos. Quería estar presente cuando la conociera. Al menos al principio. Quería cuidar de ella. Así que le dije que la llamaría y que podríamos encontrarnos en cinco minutos bajo una de las esculturas de hielo. Pareció satisfecho y se despidió.

Me di la vuelta, por un momento no la vi y pensé que quizás con ese Jesper... pero entonces lo vi. En la pista de baile. Con su amiga. Buena decisión haberle permitido traerla. Y entonces mi mirada cayó sobre la señorita Simmons. La llamé y no pude evitar mirarla fijamente mientras hablábamos por teléfono.

Cuando la encontré después en el vestíbulo, me quedé sin aliento por un momento. De cerca era aún más impresionante. Ella era... Maldita sea, tuve que obligarme a mantener la profesionalidad. Después de todo, mi padre estaba aquí y no debería hacer exactamente lo que me reprochaba unas horas después de nuestra conversación: acostarme con mi asistente.

Pero era exactamente lo que quería hacer. Pero no aquí. No cuando sabía que su mirada escrutadora recorría la sala, incluso mientras bebía su bourbon con algunos caballeros de pelo gris en esmoquin.

—Ryan, cariño —dice mi madre, sacándome de mis pensamientos—. Por fin estás aquí. ¿Has saludado a todo el salón de camino? —Suena como un reproche, pero ella siempre lo envuelve con su calidez de tal manera que uno no puede evitar quererla. Su cabello está recogido en un moño como siempre, lo que le da a su mirada una severidad que desaparece inmediatamente cuando ves su sonrisa.

—Hola, madre. Es bueno verte. Solo tuve que decir 'hola' aquí y allá, ya sabes...

—Lo sé, Ryan —responde y pone su cálida mano sobre mi hombro—. Mira, quiero presentarte a alguien que está muy interesada en conocerte. Esta es la señorita Chester-Bryginton. Dirige el refugio de animales local y recibirá parte de las donaciones esta noche.

—Buenas noches, señorita Chester-Bryginton, encantado de conocerla —digo, dedicándole una sonrisa a la señora mayor.

—Oh, qué atento. Es todo un caballero, como usted dijo, Elizabeth. Y llámeme Karla. Por favor.

—Como desee, Karla. Soy Ryan —respondo. La charla trivial continúa y me sorprendo a mí mismo buscando a Patricia Simmons por el rabillo del ojo. ¿Dónde está? Al menos no está con George Sullivan, a quien puedo ver claramente.

Karla es encantadora, pero no para de hablar. Comparto su amor por los animales y me parece genial lo que hace, sin embargo, debo admitir que tengo otras cosas en mente en este momento. Mi asistente. O al menos otra copa de bourbon.

***

—¡Aquí está! ¡El hombre que estoy buscando! ¡Ryan Valentine! —una mano pesada aterriza en mi hombro e interrumpe la historia de Karla sobre un husky de tres patas—. ¡Tenemos que hablar!

Russel Bobbs. Por supuesto. Su aliento huele a whisky y su cara está enrojecida.

—La señorita Chester-Bryginton y yo estamos en medio de una conversación —digo fríamente, señalando a Karla frente a mí, quien me dedica una sonrisa. La había juzgado mal. Es maravillosa, me impresiona cómo conoce y aprecia a cada uno de sus animales.

—¡Bah, la vieja señora puede esperar! ¡TechVision es más importante!

Karla se sobresalta y siento que la ira crece dentro de mí. —Russel, ¿has dejado tus modales en el guardarropa o qué demonios te pasa?

—¡Quince millones más! —dice, ignorando mi comentario—. ¡Esa es mi última oferta!

—Estás ebrio y eres grosero. ¿Qué tal si empiezas por disculparte con la señorita Chester-Bryginton?

—¡Quiero una respuesta tuya ahora, querido! —dice, golpeándome el pecho con el dedo índice.

—Cuidado: estás pisando hielo delgado, querido. Hazlo de nuevo y tendrás que vendarte ese dedo, Russell.

—Oh, el chico malo Ryan Valentine. Mira tú por dónde —dice sonriendo, pero retira rápidamente su dedo y da un paso atrás, alejándose de mí. Sin embargo, parece que no ha aprendido nada, porque enseguida vuelve a sonreír, inclina la cabeza y me mira fijamente—: Entonces, ¿qué me dices?

—No. El precio es ridículo. No vendo. No a ti. Y ahora vete, antes de que llame a seguridad.

—Eres un... —Levanta el dedo de forma amenazante, pero de repente oigo un sonido asustado detrás de mí.

Me doy la vuelta y veo que algo no está bien con Karla. Para nada bien. Se está poniendo roja y se agarra la garganta. Me pregunto qué ha pasado y tengo una teoría. La aceituna de su martini. Rápidamente le doy palmadas en la espalda, con fuerza pero no demasiado, e intento recordar cómo funciona la maniobra de Heimlich, pero entonces se oye otra tos, una arcada y la aceituna cae al suelo frente a ella.

—¡Una silla! —le grito al camarero más cercano, que asiente y trae una inmediatamente. Con cuidado, la ayudo a sentarse y le hago aire con una servilleta—. ¿Karla? ¿Puede oírme?

—Sí... sí... la aceituna... Creo que intentaba matarme —murmura débilmente y me sonríe.

Mi madre se apresura a acercarse. —¡Oh, Dios mío, señorita Chester-Bryginton! ¿Está todo bien?

—Sí, no se preocupe, su hijo me ha salvado de una aceituna —dice, señalando al pequeño culpable en el suelo frente a nosotros. Mi madre no entiende al principio, pero luego se da cuenta.

—Ryan, gracias por reaccionar tan rápido —dice y me abraza—. ¿Quiere que llame a un médico? —pregunta.

—No, no —rechaza Karla débilmente—. Solo me quedaré sentada un momento. Estaré bien enseguida.

—Ryan, cariño. —Mi madre me mira—. Se suponía que ibas a cambiarte para el baile de máscaras. Empieza en media hora.

Es cierto. El esmoquin azul y la máscara veneciana están arriba en el ático. Asiento. —Pero quizás debería quedarme con Karla y...

—Ve —dice Karla con una débil sonrisa—. Yo también quiero verte con ese traje azul. Seguro que te queda bien. Y gracias por todo.

Asiento y me pongo en marcha, entonces recuerdo a Russell, a quien había olvidado por completo. ¿Dónde está? ¿Se ha ido simplemente mientras la anciana luchaba por respirar? Se parece a él. Solo ayudaría a otros por dinero. Es un verdadero bastardo.

De camino al ascensor, George Sullivan se acerca a nosotros a grandes zancadas. Su cara está roja de ira.

—¡Valentine! ¡Su secretaria me ha dejado plantado!

—¿Cómo dice?

—Ya sabe. Le dejé claro lo que podría lograr si ella... Bueno, ya sabe a lo que me refiero...

Algo se tensa dentro de mí. Ira. Una ira incontrolable surge en mí y el instinto de golpearlo se apodera de mí. —Señor Sullivan, la señorita Simmons es una asistente altamente cualificada, no una...

—¡Bah! ¿No es por eso que está aquí, verdad? Para *entretener* a posibles socios comerciales, ¿no?

Mis manos se cierran en puños. —Señor Sullivan —digo con voz helada—. Le aconsejo encarecidamente que en el futuro se refiera a mis empleados con respeto. La señorita Simmons es una profesional sumamente competente...

Él hace un gesto con la mano. —Está bien, está bien. De todos modos no era nada importante. Ya encontraré a otra. —Con eso, se da la vuelta y desaparece entre la multitud.

Maldita sea. Qué imbécil.

Entonces pienso en la conversación que la señorita Simmons escuchó esta mañana y en el asunto de la bola de papel. ¿Acaso soy yo mismo un imbécil igual o incluso peor?

—Definitivamente he bebido demasiado bourbon —me digo a mí mismo y aparto el pensamiento. Pero sé que aun así debería hablar con mi asistente y ver si todo está bien. Pero, ¿dónde está? No veo el vestido rojo por ninguna parte. Saco mi teléfono y marco su número. Nada. Directamente al buzón de voz.

¿Qué le ha hecho ese canalla?

Otro intento. De nuevo al buzón de voz.

—Mierda —murmuro. Y el baile de máscaras está a punto de comenzar. Tengo que cambiarme rápidamente. Después la buscaré.

Me dirijo al ascensor con pasos apresurados. Mi mirada recorre la multitud en busca de alguna

señal. Pero no hay rastro de Patricia Simmons ni de su amiga. Y su teléfono parece estar apagado.

Terminaré con el baile de máscaras y luego la buscaré.

Y si ese George Sullivan le ha puesto un dedo encima, juro por Dios que me aseguraré de que no lo olvide tan fácilmente.

Capítulo 11

Patricia

Mis manos tiemblan mientras me apresuro por los pasillos del hotel. El olor de la loción para después del afeitado de Sullivan aún se adhiere a mi nariz, casi haciéndome vomitar. ¿Realmente creyó que solo estaba aquí para que él pudiera divertirse conmigo? Esta mañana pensé que era un amable caballero mayor satisfecho con mi trabajo. Pero aparentemente es como todos los hombres.

Pienso en la conversación que escuché a escondidas de mi jefe esta mañana y en el incidente de las bolas de papel. Luego el beso de despedida.

Maldita sea, ¿cómo pude ser tan tonta? ¿Quizás él incluso quería lograr lo mismo que George Sullivan? ¿Calentarme para esta noche y luego actuar como si nada hubiera pasado?

Sí, maldita sea, sueño con él y probablemente por eso no salí corriendo horrorizada como lo hice con George Sullivan, aunque tal vez debería haberlo hecho.

¿Qué hago ahora? Llego a una especie de galería desde donde se puede ver todo bien y busco a Josie, pero no la encuentro. Desesperada, saco mi teléfono del bolso de mano. ¿Dónde está Josie? Le envío un breve mensaje. *¿Josie? ¿Dónde estás? Necesito tu ayuda.*

Sin respuesta. Incluso después de unos minutos. ¿Tal vez ella está con ese Jesper...? Aparto el pensamiento y la llamo directamente.

Nada de nuevo. Por supuesto. Probablemente esté bailando con Jesper y tenga su teléfono en el bolso, intento calmarme.

Un grupo de invitados pasa junto a mí. Veo cómo sus miradas se detienen en mi vestido y escucho sus risitas reprimidas. Rápidamente me aprieto contra la pared y espero hasta que pasen.

—¿No es esa...? —oigo susurrar a una mujer.

—Sí, creo que sí. Qué vergüenza, ¿no? —responde otra.

Sus voces se desvanecen en el pasillo, pero las palabras se clavan en mi cerebro. Miro hacia abajo. La mancha amarilla del cóctel se extiende como un mapa abstracto sobre el vestido rojo.

—¡Maldita sea! —maldigo en voz baja y me paso la mano por los ojos. No llores. No ahora.

Vuelvo a coger el teléfono, marco el número de Josie otra vez. Suena... y suena... y pasa al buzón de voz.

—Hola, soy Josie. No puedo atenderte ahora...

Luego nada más. La conexión parece haberse cortado de repente. Miro la pantalla y veo el siguiente texto. *Batería baja - Su dispositivo se apagará.*

Reprimo una maldición de desesperación e intento respirar con calma. Estoy sola. De ninguna manera voy a vagar por el salón de baile en estas condiciones buscando a Josie. No puedo soportar más comentarios.

¿Tal vez debería intentar limpiar el vestido y luego secarlo con el secador? Afortunadamente, el baño de damas está vacío cuando llego. Bajo la luz brillante de los focos del techo, la mancha se ve aún peor. Cojo una de las elegantes toallas, la humedezco con agua y empiezo a dar toques con cuidado.

—Ya se arreglará —me murmuro a mí misma—. Ya se arreglará...

Pero no se arregla. Al contrario. El agua solo hace que la mancha se extienda más y se dibuje en patrones circulares sobre la tela. Y ahora el vestido también está mojado.

—¡No, no, no!

Desesperadamente, agarro el jabón de manos, pero eso solo lo empeora. La cúrcuma del cóctel prácticamente se ha comido las fibras.

Miro fijamente mi reflejo. El maquillaje empieza a correrse, pequeñas lágrimas negras se acumulan en las comisuras de mis ojos. Qué imagen tan lamentable.

—¿Por qué eres tan torpe? —le pregunto a mi reflejo—. Primero esta mañana la pernera del pantalón mojada, los zapatos mojados y ahora esto.

Pero una pequeña voz enojada en mi cabeza contradice inmediatamente. Esto no fue mi culpa. Fue ese... ese...

—¡Ese asqueroso Sullivan! —siseo y golpeo con la palma de la mano contra el mármol del lavabo. El dolor se dispara por mi palma, pero me ayuda a pensar con más claridad.

Sullivan. Con sus insinuaciones grasientas y su manera insistente. Cómo se acercó, a pesar de mi claro rechazo. Cómo él...

La puerta del baño se abre. Rápidamente me paso la mano por los ojos y finjo que solo me estoy lavando las manos. Una señora mayor con un vestido de noche azul marino entra en la habitación y me echa un vistazo rápido a mí y a mi vestido arruinado. Veo en su rostro esa expresión de lástima mezclada con condescendencia.

Sin decir una palabra, salgo huyendo del baño. Afuera, saco mi teléfono una vez más, pero la pantalla permanece negra. Batería agotada.

¿Qué hago ahora? No puedo volver al salón de baile. No en este estado. No con este vestido. No donde está Sullivan. Pero tampoco puedo simplemente desaparecer. El Sr. Valentine seguramente espera...

Ah, no importa, probablemente sea exactamente como Sullivan. ¿Tal vez esto también fue un juego cruel y me llevó hacia él sabiendo lo que me esperaba?

Me apoyo contra la fría pared del pasillo del hotel y cierro los ojos. La noche había comenzado tan bien. El cumplido de Ryan sobre mi vestido, cómo me llevó del brazo al salón... No, maldita sea, ¿por qué lo estoy glorificando de nuevo?

Aparto el pensamiento y me concentro en lo que es: estoy aquí en el vestíbulo, con un vestido arruinado, el maquillaje corrido, sin un teléfono que funcione, sin mi amiga y tengo que soportar las miradas de los transeúntes.

Podría ir a la recepción y pedir un cargador. O...

Oigo risas detrás de mí y estoy segura de que son por mí. Primero tengo que resolver este problema, no voy a la recepción con este aspecto. Entonces me fijo en la puerta de la habitación donde Josie y yo escondimos su disfraz de tigre antes. Allí colgaban todos esos vestidos de Prada. ¿Tal vez podría ponerme uno de ellos? Eso sería mi salvación. Lo devolvería después.

Con dedos temblorosos, abro la puerta. Mi corazón late más rápido cuando enciendo el interruptor de la luz. ¡Por fin una solución! Los vestidos de Prada serán mi salvación. Al menos uno de ellos me quedará bien.

—¿Qué demonios...?

La habitación está vacía. Los percheros que hace aproximadamente una hora rebosaban de elegantes vestidos de diseñador han desaparecido. Solo un perchero solitario y abandonado se encuentra en la esquina.

—¡No, no, no! —Corro por la habitación, abro cada armario, miro detrás de cada cortina—. Esto no puede ser... —Y sin embargo, sé que puede. Después de todo, el evento de Prada fue ayer y seguramente alguien vino a recoger los vestidos que estaban aquí esperando precisamente eso.

Un clic metálico me hace sobresaltar. El aire acondicionado se enciende y sopla aire frío en la habitación. Tiemblo en mi vestido mojado.

Todo lo que queda es el disfraz de tigre de Josie, que parece mirarme desde la bolsa en el armario entreabierto. A su lado hay algunas mantas que probablemente pertenecen al hotel. El disfraz me mira fijamente. Se burla de mí. Tal vez los que recogieron los vestidos lo vieron y decidieron que no podía pertenecer a la colección de Prada. Este atuendo ajustado y rayado, con la minifalda, que es tan inapropiado para este evento.

—No puede ser en serio —murmuro y examino el disfraz más de cerca. Pero ¿qué opción tengo? Mi vestido está arruinado, empapado y con este aire aquí dentro estoy temblando de frío.

Pero entonces se me ocurre una idea: Podría llamar a un taxi... ah no, mi teléfono está muerto. Pero podría ponerme el disfraz, escabullirme del hotel y volver a casa para ponerme un vestido nuevo y luego regresar.

Saco el disfraz de la bolsa. La tela se siente suave, casi como terciopelo.

—Está bien, ¿qué es peor? ¿Caminar a casa con un vestido arruinado y empapado o como un tigre sexy...?

Desde el salón de baile se filtra música amortiguada. El baile de máscaras debe haber comenzado. Sin mí. Maldita sea. Mi jefe se preguntará dónde estoy. Aunque, ¿por qué? ¿Solo para jugar más juegos?

Sin embargo, siento cómo aumenta la presión. Tengo que hacer algo. No puedo quedarme aquí para siempre. De mala gana, me quito el vestido. El disfraz de tigre es ajustado. Muy ajustado. Pero me queda como una segunda piel.

Me miro en el espejo y sonrío por primera vez. Con mis zapatos rojos de tacón alto, parezco una mezcla entre una showgirl y un felino.

—Esto no puede ser —le digo a mi reflejo—. Esto no puede ser en absoluto. —Y si me ven así, algunos aún sabrán que soy la asistente de Ryan Valentine. Eso es aún peor que andar por ahí con un vestido arruinado con una mancha amarilla.

Entonces la descubro: la máscara que está sujeta en la parte trasera del disfraz. Es del mismo material que el disfraz, cubre solo los ojos, la frente y la nariz. La parte de la boca queda libre. Los elaborados bordados alrededor de los ojos son realmente bonitos. Cuando me la pongo, mi rostro se transforma en el de un felino elegante. Tengo que reconocerlo, la tienda de disfraces definitivamente le dio a Josie un disfraz adecuado para un baile de máscaras. Vuelvo a sonreír. Pongo mi vestido mojado y arruinado en la bolsa y la guardo de nuevo en el armario. Tal vez pueda volver más tarde a buscarlo.

Me miro en el espejo otra vez y lucho conmigo misma sobre si realmente puedo presentarme así ante la gente. ¿Tal vez al menos hasta la recepción por el cable de carga? Entonces Josie podría traerme un vestido y yo tendría que...

Los minutos pasan, y entonces veo en la pequeña pantalla digital junto a la puerta que ya llevo más de veinte minutos aquí dentro. Realmente debería irme.

Justo cuando estoy a punto de extender mis manos hacia el pomo de la puerta, esta se abre. En el marco de la puerta hay un hombre con un traje azul oscuro. Una máscara veneciana en plata y azul cubre su rostro, solo se puede ver la parte de la boca, la frente, los ojos y la nariz no se distinguen. Pero se ve increíblemente atractivo.

Al menos por el breve momento en que nos vemos, porque de repente se apaga la luz.

—¿Puede... encender la luz de nuevo? —pregunto y siento una mezcla de inquietud y excitación en mi voz, que de repente suena tan diferente.

—No fui yo, yo... —dice él. Oigo cómo se acciona el interruptor de la luz varias veces, pero no pasa nada. Luego abre la puerta un poco y oímos voces que llegan hasta nosotros—. Aparentemente se ha ido la luz —dice alguien—. Cálmense.

—¿Puedo esperar aquí con usted hasta que... pueda verla de nuevo? —pregunta y siento una brisa a mi lado y noto cómo se me eriza el vello de los brazos. Debe estar muy cerca de mí, este extraño del que emana algo que me hace sentir tan diferente.

—Claro —respondo y yo misma oigo lo nasal que suena mi voz y me pregunto si lo conozco. Entonces decido disimular mi voz por el resto del tiempo que esté aquí. Es mejor si no sabe quién está detrás del disfraz de tigre.

—¿Qué trae a alguien tan hermosa como tú a un lugar como este en un día como hoy? —pregunta y puedo oír la sonrisa juguetona en su voz incluso en la oscuridad.

—Podría preguntarte lo mismo —digo—. Seguramente eres invitado a esta gala. ¿Qué te trae a esta habitación?

—Fue como si supiera que encontraría algo especial aquí. Alguien especial —me susurra. Siento lo cerca que debe estar de mí.

Entonces siento su mano sobre la mía y dejo escapar un suspiro audible. Su toque es como una descarga eléctrica. Sé a dónde lleva esto y me pregunto si debo permitirlo. ¿Es prudente?

Por otro lado, ha pasado tanto tiempo desde la última vez y él no sabe quién soy porque estoy enmascarada y he disfrazado mi voz. Entonces, ¿por qué no? ¿Por qué no hacer lo mismo que mi jefe? La breve mirada que le eché a este extraño con traje azul fue suficiente para saber lo que debe esconderse bajo su camisa.

Deslizo mi dedo por su camisa. Lentamente. De arriba a abajo. Y siento lo musculoso que es, siento su abdomen marcado.

Luego sus manos están en mi cadera. Me atrae hacia él. Me besa. O mejor dicho, lo intenta, porque la nariz de su máscara me pincha.

—Ay —digo.

—Perdón. Me quitaré esta cosa —dice y deja la máscara a mi lado.

Entonces sus manos están de vuelta. Esta vez en mis mejillas, me guía hacia él y luego me besa.

Cuando nuestros labios se encuentran, sé muy bien que quiero esto y que me entregaré completamente a este momento. Pienso brevemente en mi jefe, que seguramente está haciendo exactamente lo mismo y no me esperará, luego en Josie, que probablemente está coqueteando con ese Jesper en algún lugar. O tal vez incluso más.

Pero tan pronto como comienza a acariciarme por encima de mi disfraz, esos pensamientos se desvanecen, siento la excitación en mi cuerpo y exhalo audiblemente entre besos. Estoy lista para entregarme a este hombre sin pensarlo. Lo deseo.

Y —¡Dios mío!— ¡él me desea!

Capítulo 12

Ryan

Sus labios son suaves y cálidos. El beso sabe a brillo labial de fresa, un toque de champán y una nota de cóctel que no logro identificar. ¿Estaba esta mujer en la fiesta? ¡Pero no con este disfraz, me habría dado cuenta! Mis dedos se deslizan sobre la suave tela de su ajustado disfraz de tigre, sintiendo las curvas perfectas debajo.

Qué casualidad tan afortunada haberla encontrado aquí. Y luego se apagaron las luces, como si alguien hubiera escrito un guion para este momento.

—Espera —susurro entre besos y me separo de ella.

—¿Qué pasa? —pregunta en voz baja. Su voz suena sensual, expectante. Y casi me parece conocerla de algún lado. Pero no sé de dónde y no quiero preguntar, porque eso destruiría este momento único.

Y para evitar que eso suceda de otra manera, me dirijo brevemente hacia la puerta para asegurarme de que realmente estemos solos aquí. Cuando llego allí, veo un débil rayo de luz que brilla por debajo de la puerta. Afuera parece que la luz vuelve a funcionar. Por supuesto, ¿qué más se podía esperar? ¿Que el Royal Empire se quedara a oscuras para siempre? Sin embargo, aquí dentro no se nota nada de eso. Probablemente otra casualidad afortunada, cuando accioné el interruptor de la luz y lo dejé en "APAGADO". ¡Así puede quedarse! De esta manera, nos quedamos aquí dentro en la protectora oscuridad. Luego giro la llave en la cerradura y un suave clic confirma que ahora estamos sin interrupciones.

—Más vale prevenir que curar —digo y vuelvo con ella. Mis manos encuentran inmediatamente su cintura de nuevo.

—Muy previsor —ronronea con esa voz fingida que me vuelve loco—. ¿Siempre eres tan... cuidadoso?

—Solo cuando he encontrado algo muy valioso.

Ella ríe suavemente. —Siempre tienes un comentario a mano, ¿eh? —Y de nuevo esa sensación de que debería conocer la voz.

—No tienes idea de todo lo que puedo hacer... —digo y sigo el juego entre los besos. Por un breve momento, la imagen de Patricia cruza por mi mente. Lo impresionante que se veía esta noche con ese vestido rojo. Una imagen de ella parpadea ante mí, como si estuviera aquí en el disfraz de tigre en lugar de esta desconocida y... Maldita sea, no debería pensar en ella mientras estoy aquí con otra... Pero no puedo evitarlo. La forma en que sonríe, cómo brillan sus ojos cuando tiene una nueva idea.

—¿Todo bien? —pregunta el sexy tigre frente a mí y acaricia mi pecho con sus dedos.

—Más que bien —respondo y aparto los pensamientos sobre mi asistente. ¡Solo es mi asistente, maldita sea! ¿Por qué estoy pensando en ella aquí? Una imagen de su escritorio parpadea en mi mente, luego de mi oficina, luego del piso 73, como mi padre mirando por la ventana y... Maldita sea, ¿qué estoy haciendo aquí realmente? Debería estar en el baile, estrechando manos, haciendo charla trivial. En lugar de eso, estoy besuqueándome con una desconocida en una habitación oscura.

¡Bah! Date el gusto, has estado allí el tiempo suficiente, dice otra voz más diabólica en mi cabeza. Y cuando sus manos se deslizan bajo mi chaqueta y comienza a desabrochar los botones de mi camisa, me doy cuenta: Esto es mil veces mejor que esa aburrida gala allá afuera y el baile de máscaras de todos modos ya terminó. Además, había buscado en vano a la señorita Simmons, no pude contactarla y supuse que se había ido a casa con su amiga. No puedo culparla después del incidente con el viejo Sullivan y probablemente no debería mencionar una palabra al respecto.

—Se siente bien —suspira y sus dedos recorren mi torso.

—Tú también —respondo, la acerco más a mí e intento concentrarme solo en esto. El sexo siempre ha sido la mejor distracción. Nuestros cuerpos se presionan uno contra el otro. A través de la delgada tela de su disfraz, siento su calor, sus suaves curvas.

—Sabes —dice entre besos—, normalmente no soy el tipo de persona que tiene... encuentros espontáneos.

—¿No? ¿Qué tipo de persona eres entonces? —pregunto.

—Bueno, decente, ¿y tú?

—El hombre de negocios serio. Traje, corbata, reuniones...

—Suena aburrido —me provoca y me muerde suavemente el labio inferior.

—Lo es. Por eso estoy aquí.

Sus manos se deslizan más abajo, juguetean con mi cinturón. —¿Y qué exactamente... estás haciendo aquí?

—Yo... —Mi voz falla cuando sus dedos se deslizan aún más abajo—. Estoy disfrutando del cambio.

Se separa de mí, da un paso atrás. A pesar de la oscuridad, puedo distinguir su silueta, los movimientos gráciles mientras se apoya contra la pared. Como un felino depredador. Maldita sea, ¿debería conocerla de algún lado? ¿O no? Pero ¿cómo es posible si aquí está jugando a ser la pequeña gatita lujuriosa y en la vida real tal vez sea completamente diferente? De nuevo, la señorita Simmons cruza por mi mente.

—Ven aquí —me ordena con esa dulce voz fingida y trato de concentrarme en el momento.

Sigo su invitación, la presiono contra la pared. Nuestros besos se vuelven más hambrientos, más exigentes. Sus manos están por todas partes, bajo mi camisa, en mi cinturón, en mi cabello.

—Espera —jadeo entre besos.

—¿Qué pasa? —pregunta ella.

—Tu disfraz de tigre tiene que irse... —digo sonriendo—. Y no sé dónde está escondida la cremallera.

Ella pone su mano en mi mejilla. —Yo te guío. ¡Ven!

Sus palabras son como un disparo de salida. Todas las dudas, todos los pensamientos sobre mi asistente o el baile desaparecen. Solo existimos nosotros, aquí y ahora, en la oscuridad.

El disfraz cae al suelo, donde intento quitárselo de los zapatos. Allí, palpo zapatos de tacón alto.

—¿Un tigre con zapatos elegantes? —pregunto sonriendo.

—¿Tienes algún problema con eso? —pregunta lujuriosamente.

—De ninguna manera —respondo mientras le quito los zapatos y luego me encargo de su ropa interior, y poco después ella me ayuda con mi traje. Ambos estamos completamente desnudos. Mis labios encuentran su cuello mientras mis manos recorren su cuerpo. Su piel se siente aún más suave y delicada que el disfraz. Simplemente perfecta. Ella gime suavemente cuando encuentro un punto particularmente sensible.

Luego acaricio lentamente sus pechos perfectos, bajando por su cintura, y tras un desvío por su trasero perfecto, llego entre sus piernas. Está completamente depilada. Justo como me gusta. ¡Y está húmeda!

—Oh, Dios —susurra, estremeciéndose un poco. Es maravilloso.

Se relaja de nuevo, atrayéndome hacia otro beso. Sus manos agarran mi miembro erecto y comienzan a masajearlo, lo que se siente simplemente tan bien.

Afuera escucho música apagada y voces del baile. Pero eso no es importante ahora. No mientras sus dedos se deslizan por mi piel desnuda. No mientras sus labios recorren mi cuello. No mientras...

La agarro, la levanto, sus piernas se envuelven alrededor de mis caderas y la coloco sobre una de las mesas que intuyo en la oscuridad. Con un fuerte empujón, entro en ella. Gime, sus uñas se clavan en mi espalda. El calor y la estrechez alrededor de mi miembro son abrumadores.

—Se siente tan bien —susurro en su oído mientras comienzo a moverme dentro de ella. Sus caderas se encuentran con las mías, nuestros cuerpos se funden en un ritmo salvaje.

Siento cómo tensa sus músculos, atrayéndome aún más profundamente dentro de ella. Su respiración se vuelve más rápida, irregular. Sus manos vagan por mi espalda, sus uñas dejan marcas en mi piel.

—No pares —jadea, su voz ronca de deseo.

Empujo más fuerte, más rápido. El calor entre nosotros se vuelve insoportable. Gotas de sudor se forman en mi frente, mi respiración sale en cortos y entrecortados jadeos.

—Oh Dios, sí —gime, sus piernas me atraen aún más cerca.

Siento cómo su cuerpo se tensa, cómo se acerca al clímax. Sus manos se enredan en mi cabello, tirando de mi cabeza hacia ella. Nuestros labios se encuentran en un beso apasionado mientras sigo embistiendo dentro de ella.

—Me vengo —susurra, su voz apenas un soplo. Siento sus músculos contraerse a mi alrededor,

perdiéndose en un intenso orgasmo. Su cuerpo tiembla, sus manos se aferran a mis hombros. Empujo una vez más profundamente dentro de ella, y entonces el placer también me abruma. Un intenso orgasmo recorre mi cuerpo, haciéndome temblar. La sostengo mientras ambos recuperamos lentamente el aliento.

—Eso fue... increíble —susurra, su voz suave y tierna.

—Realmente lo fue —respondo mientras la bajo con cuidado.

Nos quedamos un momento más exactamente en esta posición. Ella pone sus manos en mi trasero y nos besamos mientras nuestros latidos se calman lentamente. La oscuridad a nuestro alrededor parece haberse intensificado, como si hubiera absorbido nuestra pasión.

Un fuerte golpe en la puerta nos sobresalta.

—Jim del servicio de limpieza. ¡Oye, ¿quién está ahí dentro? —grita una voz desde fuera—. ¿Por qué está cerrado? Necesito las mantas del armario.

—¡Ocupado! —grito en respuesta, quizás una octava más alto de lo normal—. Y nosotros necesitamos las mantas.

—Disculpe, señor, pero eso no es posible. Si no sale, tendré que pedir al servicio de seguridad que abra la puerta...

—Está bien, muchacho. Denos cinco minutos y no le diga una palabra a nadie si le importa su trabajo —le espeto a la puerta.

—De acuerdo, señor, yo... Disculpe.

Los pasos se alejan. Nos miramos —o al menos hacia donde suponemos que está el rostro del otro— y estallamos en risas contenidas.

—Eso estuvo cerca —dice ella.

—Demasiado cerca —coincido y comienzo a regañadientes a abrocharme la camisa y a vestirme —. Tal vez deberíamos...

—Sí —suspira ella—. Probablemente.

Busco a tientas mi máscara, que debe haber caído en algún lugar del suelo. Cuando mis dedos finalmente la encuentran, me la pongo de nuevo.

—Eso fue... interesante —digo.

—Ciertamente lo fue. —Se aclara la garganta, su voz suena normal de nuevo... ¿de alguna manera familiar? Pero antes de que pueda pensar en ello, la disfraza nuevamente—: Tal vez nos veamos más tarde otra vez.

—Tal vez —digo y abro la puerta. La brillante luz del pasillo me ciega por un momento.

—Yo saldré primero —dice brevemente y luego ya ha desaparecido. Como un felino en la noche. Sin despedida.

Pero quizás es mejor así. Cuando salgo, compruebo con satisfacción que no hay nadie cerca. Ningún tigre, pero tampoco Jim del servicio de limpieza u otros visitantes curiosos. Afortunadamente, parece que nadie nos ha notado.

Entonces veo a un grupo de mujeres que vienen del baile y me doy la vuelta discretamente. Arreglo mi corbata, aliso mi chaqueta, me quito la máscara porque el ridículo baile de máscaras ya ha terminado de todos modos, miro una vez más dentro de la habitación y veo algo en el suelo. Un zapato. ¿Su zapato? ¿Lo olvidó? Lo recojo, cierro los ojos y estoy seguro de que es exactamente uno de los zapatos de tacón alto que le quité al tigre ahí dentro hace un momento.

Luego salgo de nuevo y por un breve momento me parece haber visto un disfraz de tigre detrás de la planta. Mi mirada se detiene en ese lugar.

No, no puede ser. Tal vez mis ojos me están jugando una mala pasada.

—Ryan, aquí está. ¿Dónde se había metido? —escucho una voz detrás de mí y veo a Klara Chester-Bryginton acercándose.

—Oh, ¿parece que se siente mejor? —digo, mirando una vez más alrededor, pero ya no hay ningún tigre.

—A usted también —dice ella y me guiña un ojo—. Pero ya no soy tan joven y me voy a ir. ¿Y usted?

—De camino al salón de baile —digo, señalando hacia adelante.

—Antes de ir allí, pase por un espejo —dice, señalando mi cuello. Con culpabilidad, me toco la zona con un dedo y me pregunto si habrá una delatora marca de beso—. Y no lleve un zapato de mujer consigo.

—Disculpe, yo...

—Yo también fui joven alguna vez, señor Valentine. Que se divierta y gracias de nuevo —dice ella, sonríe y se dispone a irse.

Capítulo 13

Patricia

Con manos temblorosas, cierro mi disfraz de tigre mientras me apresuro por el pasillo. Mi corazón late con fuerza, pero ya no solo por la pasión. Ahora es pura excitación por lo que acabo de hacer. ¿Una aventura de una noche en un armario? ¡Esa no soy yo! Normalmente no hago ese tipo de cosas.

Pero aun así lo hice. Con un completo desconocido. En la oscuridad. Y para mi vergüenza, debo admitir que lo disfruté. Pero hace un momento casi nos atrapan. Y de alguna manera también sé que no estuvo bien. Por eso, sin despedirme, agarré mi bolso de mano y mis zapatos bajo el brazo y corrí aquí al vestíbulo detrás de la planta, donde antes me encontré con mi jefe. Aquí estoy a salvo de miradas curiosas, puedo ponerme los zapatos y...

—Oh no —susurro cuando veo que solo tengo un zapato conmigo. El otro debe haberse quedado en el armario. Miro a través de la planta. Allí está el desconocido que apareció repentinamente en la puerta antes de que se apagara la luz. Con su traje azul y la máscara veneciana que me picó en el ojo. ¿Debería volver? ¿Qué diría? "Disculpe, creo que olvidé mi zapato y en realidad solo quería escapar rápidamente después de que nosotros..." No, ¡imposible!

Un grupo de invitados pasa junto a mí. Bajo la cabeza, no quiero que me reconozcan. No es que alguien pudiera reconocerme con este disfraz, pero aun así quiero estar segura.

—La gala estuvo genial —oigo decir a una mujer que luego se dirige al baño—. Pero ¿vieron al CEO de Valentine Industries? Desapareció de repente.

Me quedo paralizada. El Sr. Valentine. Ryan. Mi jefe. ¿Estaba buscándome también? ¿Notó que me había ido? ¿O estaba haciendo bromas sobre mí con George Sullivan? ¿Qué pensaría ahora si supiera lo que acabo de hacer? El rubor sube a mi rostro y me siento infinitamente avergonzada.

Entonces veo al desconocido salir nuevamente del armario. En su mano sostiene un zapato, mi

zapato. Y ya no lleva máscara.

La realización me golpea como un rayo. El hombre en el armario. El hombre con el que acababa de... Era Ryan Valentine. Mi jefe.

—Oh Dios —jadeo. Mis piernas se debilitan. Esto no puede ser. ¡Esto no debe ser!

De repente, es como si me viera. A través de la planta. Luego una señora mayor le habla y aprovecho la oportunidad para deslizarme silenciosamente y descalza, con un zapato en la mano, por la puerta.

Un taxi se detiene frente al hotel. El conductor sale, abre la puerta para una dama elegantemente vestida que me mira brevemente y cuyo desprecio total por mi atuendo puedo sentir en esa breve mirada.

—¿Necesita un taxi, señorita? —me pregunta el conductor cortésmente.

—Sí, por favor —digo apresuradamente, subo, le doy mi dirección al conductor y solo puedo respirar normalmente de nuevo cuando dejamos el hotel atrás.

Pero entonces los pensamientos regresan. Maldita sea, ¿qué he hecho? La forma en que me tocó. Sus besos. Sus manos. ¿Todo eso era Ryan? ¿El hombre por el que he estado secretamente enamorada durante meses? ¿El hombre que esta mañana dijo que le gustaba mi trasero y me hizo recoger una bola de papel frente a sus pies? ¿Era todo parte del juego? ¿Sabía quién era yo?

¿En qué estaba pensando? Tener sexo con un extraño en la oscuridad. Así no soy yo. Pero se sintió tan emocionante, tan prohibido. Y fue perfecto. Hasta el momento en que me di cuenta de quién era. Me limpio una lágrima silenciosa de la mejilla, porque no sé qué hacer ahora.

—¿Está todo bien, señorita? —me pregunta el conductor.

—Sí, gracias... no es nada —balbuceo—. Solo quiero ir a casa.

—De acuerdo, ya casi llegamos —dice, asiente en silencio y pasamos el resto del viaje en silencio mientras siento cómo mis pensamientos sobre mis acciones me abruman literalmente.

***

El sol de la mañana se filtra por mis cortinas y estoy acostada en la cama con los ojos abiertos. Apenas he dormido. Y cuando lo hice, soñé con él. Con mi jefe. Solo que esta vez fue diferente. Más real.

Ahora estoy despierta en la cama y mis pensamientos vuelven a girar en torno a anoche. Sus manos sobre mi piel, sus labios en mi cuello. Su pene dentro de mí. La forma en que me tocó... Cierro los ojos y siento ese cosquilleo de nuevo.

—¡Deja de hacer eso! —me reprendo y aparto las sábanas. El disfraz de tigre todavía está arrugado en el suelo. El zapato al lado como un reproche silencioso.

Desenchufo el cargador de mi teléfono, que ahora muestra 100%, enciendo el dispositivo e ingreso el PIN. El dispositivo vibra y me muestra un SMS sobre una llamada perdida de mi jefe.

—Oh Dios —murmuro y toco los detalles de la llamada. 22:15. Respiro profundamente. Eso fue antes de todo. Probablemente cuando estaba tratando de limpiar mi vestido y mi teléfono se apagó y...

Un mensaje de Josie aparece en la parte superior de la pantalla.

Oye, ¿todo bien? No te vi más.

Con dedos temblorosos y una buena dosis de mala conciencia, marco el número de Josie. Después del tercer timbre, contesta.

—¿Patricia? ¿Sigues viva? —su voz suena adormilada.

—Josie, cometí un error enorme.

—¿Qué? Espera... —Oigo un crujido—. Listo, ahora estoy despierta. ¡Cuéntame!

Respiro hondo. —Tuve sexo. En un armario. Con un extraño.

—¿Qué? —Josie definitivamente está despierta ahora—. ¿Tú? ¿La señorita No-me-acuesto-con-nadie-hasta-la-tercera-cita?

—Se pone peor —digo y me dejo caer en la cama—. Era Ryan.

Silencio al otro lado.

—¿Ryan? ¿Tu jefe Ryan? ¿Ryan Valentine?

—Exactamente ese.

—¡Mierda! —Josie suena emocionada—. ¿Estuvo bien?

—¡Josie! —protesto, pero luego suspiro—. Fue... increíble. ¡Pero eso solo lo hace peor! ¿Cómo voy a poder mirarlo a la cara otra vez?

—Un momento —interrumpe Josie—. ¿Sabías que era él?

—¡No! Llevaba una máscara. Luego se apagó la luz. No me di cuenta hasta que... hasta que ya me había ido y él salió de nuevo.

—Oh. —Josie guarda silencio por un momento—. Y... ¿él sabía quién eras tú?

La pregunta me golpea como un mazazo. —Yo... no lo sé. Yo también llevaba una máscara y el disfraz de tigre, y luego estaba oscuro y... No, creo que no lo sabe.

—¿En serio? ¿Llevabas puesto mi sexy disfraz de tigre? —Puedo oír su sonrisa a través del teléfono.

—Sí, pero solo porque no tenía otra opción. Mi vestido quedó arruinado por un choque, estaba lleno de cúrcuma. Qué vergüenza —le explico todo a Josie.

—Oh no, eso es terrible. Pero hablando de disfraces —interrumpe Josie—. ¿Dónde está tu vestido, por cierto?

—¡Maldición! —me incorporo de golpe—. Todavía está en la habitación donde vimos los vestidos. Mierda, no puedo volver a poner un pie allí y...

—No hay problema, yo lo recogeré por ti. De todos modos, tengo que ir a buscar mi vestido.

—Eres un ángel —suspiro aliviada. Entonces se me ocurre algo—. Pero ¿por qué tu vestido? ¿Qué pasó con él?

Josie se ríe. —Digamos que las habitaciones del Royal Empire valen su precio y el servicio de habitaciones no solo trae mantas extra, sino también ropa adecuada cuando el vestido... bueno, digamos... se ensucia.

—¡Josie! —no puedo contener la risa—. No me digas que...

—Oh, sí. —Casi puedo oír su sonrisa—. Y fue fantástico. Pero volvamos a ti y a Ryan. ¿Qué vas a hacer?

Miro fijamente al techo. —No lo sé. ¿Renunciar?

—¿Estás loca? ¡Es un trabajo por el que media ciudad mataría y tú misma dijiste que necesitas el dinero!

—Pero ¿cómo voy a...?

—Muy sencillo —me interrumpe Josie—. El lunes vas a la oficina como si nada hubiera pasado. Si él sabe quién eres y quiere mencionarlo, es cosa suya. Si no... —Hace una pausa—. Entonces fue simplemente una noche caliente con un extraño. Fin de la historia.

—Pero...

—¡Sin peros! No hiciste nada malo. Ambos son adultos. Y seamos honestas, la tensión entre ustedes ya estaba ahí todo el tiempo.

Recuerdo los momentos en la oficina. Sus miradas. El beso de despedida después de lo de Sullivan. ¿Todo eso fue...?

—¡Oh! —Josie suena de repente emocionada—. ¿Y si él sabía exactamente quién eras? ¿Si todo esto estaba planeado?

—¿Qué? ¡No! —protesto—. Él nunca haría eso...

—¿Por qué no? Es un hombre de negocios inteligente. ¿Tal vez quería probar cómo reaccionarías?

—Eso no lo hace mejor —gimo.

—Cierto. Pero sigue siendo emocionante —se ríe Josie—. Bueno, voy a buscar tu vestido ahora. Y tú mantén la calma. Deja que él dé el primer paso.

—¿Y si nunca lo hace?

—Entonces fue simplemente una noche increíblemente caliente con un extraño en un armario. ¡Algunas personas viven toda su vida sin una aventura así!

A pesar de todo, tengo que sonreír. —Gracias, Josie. Gracias por existir.

—¿Para qué están las mejores amigas? Oh, ¿y Patricia?

—¿Sí?

—¿Así que el sexo fue increíble?

—¡Josie! —respondo indignada.

—¿Qué? ¡Quiero detalles! ¿Fue tan dominante como en la oficina? ¿Él...

—¡Voy a colgar ahora! —digo rápidamente, pero siento cómo el rubor sube a mi rostro.

—¡Ja! ¡Lo sabía! —triunfa Josie—. Pasaré por tu casa más tarde y hablaremos de todo, ¿vale? Ah, ¿y Pat?

—¿Hm?

—Todo saldrá bien. Lo prometo.

—Gracias.

Después de colgar, me quedo mirando mi teléfono durante mucho tiempo. La llamada perdida de Ryan Valentine vuelve a mi mente. ¿Qué quería decirme antes de que... antes de que todo cambiara?

Cierro los ojos y vuelvo a sentir sus manos sobre mi piel. Sus labios. Su aliento en mi cuello.

—Contrólate —murmuro y me levanto. Pase lo que pase, el lunes tengo que ir a la oficina. Y seré profesional. Como si nada hubiera pasado.

Pero cuando estoy en la ducha, no puedo evitar sonreír. Porque no importa lo complicado que sea todo, ese momento fue realmente hermoso. Aunque nunca se lo contaré a nadie. Mientras el agua caliente corre por mi cuerpo, me pregunto si Ryan también estará pensando en anoche. Si se arrepiente de lo que pasó. O si él... No. Mejor no pensar en eso. No aquí en la ducha.

Lunes. Solo tengo que aguantar hasta el lunes. Entonces veremos cómo continúa todo esto.

Capítulo 14

Ryan

Lunes por la mañana. Aquí estoy sentado en mi oficina en el piso 72 de la Torre Valentine y mi mirada se desvía una y otra vez hacia el elegante zapato negro de mujer que descansa como un trofeo sobre mi escritorio. Un testigo mudo de aquella noche especial.

La Gala Valentine terminó sin incidentes después de aquel encuentro en la habitación junto al vestíbulo. Me quedé un rato más, manteniendo conversaciones triviales, pero mis pensamientos solo giraban en torno a ella. La misteriosa mujer con el disfraz de tigre, que desapareció tan repentinamente como había aparecido. Tampoco volví a ver a mi asistente, lo que debería haberme molestado, ya que la asistencia al baile era obligatoria y le había permitido traer a su amiga.

Pero no se hubiera sentido correcto coquetear con ella después del pequeño incidente en el cuarto de almacenamiento. Más bien, planeo hablar con ella sobre eso hoy.

Mis pensamientos vuelven a divagar mientras mis dedos acarician el zapato y me pregunto si tal vez sí conozco a la mujer. La mujer que estaba de pie en un cuarto de almacenamiento con un disfraz de tigre, como si me estuviera esperando. ¿Cómo habrá llegado a esa situación?

¡No importa!

El encuentro, sobre el que estuve pensando todo el fin de semana, fue sin duda divertido. Me reclino en mi silla de oficina. Normalmente soy yo quien desaparece, quien pone las reglas. Que ella simplemente se fuera, sin decir una palabra... Me molesta y me fascina a partes iguales.

Un golpe en la puerta interrumpe mis pensamientos. Antes de que pueda decir "Adelante", la puerta se abre y mis hermanos Ethan y Lance entran.

—Buenos días, Ryan —me saluda Lance—. ¿Descansado del fin de semana?

Ethan solo me saluda con un breve gesto y se deja caer en una de las sillas para visitantes. —La gala fue aburrida como siempre —comenta secamente mientras se alisa una arruga imaginaria de su chaqueta perfectamente ajustada.

—No para todos —sonríe Lance y señala el zapato—. ¿Qué tenemos aquí?

No puedo reprimir la sonrisa presumida. —Un recuerdo.

—¿Un recuerdo? —Ethan levanta una ceja—. ¿Desde cuándo coleccionas zapatos de mujer?

—Desde la Gala Valentine de este año —respondo y me inclino hacia adelante—. Digamos que tuve un... encuentro interesante.

Lance silba entre dientes. —Déjame adivinar, ¿tuviste sexo?

—Qué perspicaz —le digo a Lance un poco molesto. Pero luego les cuento a los dos lo que pasó, cómo ella desapareció y que no tengo idea de quién es y solo tengo su zapato.

—Como la Cenicienta —observa Ethan con un raro destello de humor.

—Solo que tu Cenicienta aparentemente no tiene ganas de un final feliz con nuestro querido hermano —se burla Lance.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunto mirando a Lance molesto.

—Calmaos, vosotros dos. No tenéis que estar siempre picándoos —dice Ethan, quien siempre ha sido el mediador entre nosotros dos y sigue siéndolo.

Lance se ríe a carcajadas. —¡Ryan, tú eres el soltero empedernido! ¡El hombre que no se deja atar por nada ni nadie!

—¿Y qué? —Vuelvo a poner el zapato sobre la mesa.

—Exacto. Solo quiero decir que esta Cenicienta no tenía ganas de estar contigo y lo hizo como tú sueles hacer con las mujeres. No hay nada de malo en ello —dice Lance.

Lo miro en silencio. Puede que sea así, pero no me gusta la forma en que mi hermano menor me lo dice.

—¡Escuchad, vosotros dos! Tengo una idea —digo y una sonrisa cruza mi rostro—. La encontraré. Y conquistaré su corazón.

—Ryan —Ethan sacude la cabeza—. Esto no es una de tus adquisiciones de negocios. Esto es...

—No —estoy de acuerdo—. Esto es mucho más interesante.

—¿Lo suficientemente interesante para una apuesta? —Lance se inclina hacia adelante, sus ojos brillan.

—Lance... —advierte Ethan, pero levanto la mano.

—¿Qué propones?

—La encuentras —Lance sonríe—. Y te casas con ella.

—¡Lance! —Ethan se endereza—. Eso es absurdo.

—Acepto —digo sin dudar.

—¿Qué? —Ambos hermanos me miran fijamente.

—¿La apuesta? —le pregunto directamente a Lance.

—Diez millones. De cada uno de nosotros —propone Lance—. Si la encuentras y te casas con ella, Ethan y yo pagamos diez millones cada uno. Si no, tú nos pagas diez millones a cada uno.

—Ryan, esto es una locura —intenta intervenir Ethan—. No puedes...

—Hecho —lo interrumpo y extiendo la mano hacia Lance. La suma no me interesa. Lo que me interesa es poner a mi hermano menor en su lugar y mostrarle de lo que soy capaz.

Lance estrecha mi mano, su sonrisa se hace aún más amplia.

—Trato hecho —digo firmemente.

Ethan suspira profundamente. —Ambos estáis locos. —Se levanta—. Pero si insistís... me apunto.

Después de que mis hermanos se han ido, tomo el zapato y voy a mi archivador. Lo coloco en la

parte de atrás, detrás de los documentos más importantes.

—¡Encontraremos a tu dueña! —le murmuro al zapato y cierro la puerta del armario.

Lo que mis hermanos no saben: ya tengo una sospecha de quién es mi misteriosa dama tigre. El pensamiento me hace sonreír. Si tengo razón, esta apuesta no solo será lucrativa, sino también extremadamente entretenida.

Mi mirada se dirige a través de la pared de cristal hacia Patricia, quien aparentemente llegó durante la conversación con mis hermanos. Esta vez, sin embargo, la puerta estaba cerrada y el chirrido también se arregló durante el fin de semana.

Simplemente hace un buen trabajo. Y hoy, al parecer, llegó puntual. La observo fijamente mientras está sentada concentrada en su escritorio. Su cabello rubio oscuro le cae sobre el rostro mientras está inclinada sobre unos documentos. Hoy vuelve a llevar una de esas blusas con estampado floral que no encajan en absoluto con el estricto look empresarial que prefieren la mayoría de las mujeres aquí en la Torre. Pero de alguna manera, eso la hace interesante.

Presiono el pequeño botón de mi teléfono que me conecta directamente con ella. —Señorita Simmons, ¿puede venir a mi oficina, por favor?

Se sobresalta, como si la hubiera arrancado de sus pensamientos profundos. A través del cristal, veo cómo ordena apresuradamente sus papeles y se levanta. Sus movimientos parecen nerviosos, casi frenéticos. Eso es inusual en ella.

Cuando entra, noto inmediatamente lo tensa que se ve. Sus nudillos están blancos de lo fuerte que agarra su bloc de notas.

—Siéntese —le digo, señalando la silla para visitantes.

—Yo... prefiero quedarme de pie —responde, manteniéndose a una distancia segura de la puerta.

Frunzo el ceño, irritado. —Como desee. Quería hablar con usted sobre la gala.

Palidece. —Eso... realmente no es necesario, señor Valentine.

—Sí, lo es —me levanto y rodeo el escritorio—. Le debo una disculpa por George Sullivan.

—Oh —parpadea sorprendida—. Eso...

—Él puede ser muy... directo —continúo, apoyándome en el borde del escritorio—. ¿Qué le dijo

exactamente?

—Nada... nada importante —evita mi mirada—. De verdad, no tiene que preocuparse.

—Sonaba como un viejo lascivo que le encantaría seducirla, señorita Simmons. No tolero que trate así a mi asistente. Si dijo algo que la ofendió, por favor dígamelo.

—Yo... no... todo está bien. Le dije que me dejara en paz, y eso hizo.

Asiento en silencio y la miro. Siempre ha sido algo tímida. Pero hay algo más. Parece nerviosa, realmente tensa.

—¿Se encuentra bien? —pregunto, dando un paso hacia ella.

Inmediatamente retrocede. —¡Por supuesto! ¡Todo perfecto!

—Patricia —uso deliberadamente su nombre de pila para mostrar cierta cercanía, lo cual como su superior me está permitido—. Puede hablar conmigo. ¿Qué sucede?

—¡Nada! —Su voz casi se quiebra—. Solo tengo... mucho que hacer. Henderson respondió y quería algunos datos más. ¿Me disculpa?

Se gira hacia la puerta, pero soy más rápido. En pocos pasos estoy junto a ella y pongo mi mano sobre su brazo.

El contacto envía un impulso eléctrico a través de mi cuerpo. Su piel está cálida bajo la tela fina de la blusa. Se queda paralizada bajo mi toque.

—Patricia...

—Por favor, no —susurra y retira su brazo—. Yo... no puedo hacer esto.

—¿Qué es lo que no puede hacer?

Solo sacude la cabeza y retrocede más, hasta que su espalda toca la pared.

Maldita sea, ¿qué está pasando aquí? ¿Ha oído sobre mi aventura en el armario? Pero incluso si fuera así, ¿por qué la perturbaría tanto?

—En la gala, ¿usted todavía...? —pregunto—. La busqué e intenté llamarla. Había desaparecido.

Yo...

—Lo siento, yo... no me sentía bien. Tuve que... irme rápido a casa porque... —Se interrumpe, mordiéndose el labio inferior.

—¿Porque...?

—Nada —vuelve a sacudir la cabeza—. No me sentía bien. Tal vez la circulación. Lo siento, debería haber dicho algo, pero mi batería estaba muerta.

La examino intensamente. Las mejillas sonrojadas, el pulso acelerado en su cuello, la forma en que tira nerviosamente de su blusa... ¿Realmente se siente mal?

De repente, me asalta un pensamiento: ¿Y si fue ella? ¿La mujer con el disfraz de tigre? Pero no, no puede ser. Yo sospechaba de otra...

Sin embargo, la idea no me abandona. La idea de que podría haber sido ella... que sus manos me tocaron, sus labios...

¡Qué tontería! Jamás. Es tan tímida. Aunque, de alguna manera, la idea me agrada bastante.

—¿Señor Valentine? —Su voz me saca de mis pensamientos—. ¿Puedo irme ahora?

Doy un paso atrás y despejo el camino hacia la puerta. —Por supuesto. Y si no se siente bien, por favor vaya al médico, ¿de acuerdo?

Asiente y prácticamente huye de la oficina, como si no pudiera esperar para poner distancia entre nosotros.

Pensativo, regreso a mi escritorio. ¿Qué le pasa? ¿Será por el viejo Sullivan? ¿O solo está tratando de disimular que no se siente bien?

Echo un vistazo a su escritorio. Está sentada de nuevo, aparentemente absorta en su trabajo. Pero su postura está tensa, como si sintiera mi mirada.

—Maldición —murmuro y me paso la mano por el cabello. ¿Qué me pasa? Tengo cosas más importantes que hacer que preocuparme por el comportamiento de mi asistente. Descarto el pensamiento y tomo el teléfono. Es hora de hacer algunas investigaciones. Sobre la lista de invitados a la gala y mi sospecha, con la que puedo ganar la apuesta con mis hermanos.

***

La semana transcurre exactamente según lo planeado. Los negocios van bien y justo antes de terminar la jornada, recibo a una de las mujeres de la lista de invitados que sospecho que podría ser la Dama Tigre. Las mujeres parecen ansiosas por reunirse conmigo en mi oficina.

—¿Señor Valentine? —Patricia está en la puerta—. La señorita Rodríguez está aquí.

—Gracias, hágala pasar y puede irse a casa —le digo.

Una morena alta con un traje ajustado entra en mi oficina. Sus tacones resuenan en el suelo de mármol.

—Ryan —ronronea ella—. Qué gusto volver a verlo.

Me levanto cortésmente. —Señorita Rodríguez.

—Por favor, llámeme Isabella —se sienta con elegancia en la silla para visitantes—. Estaba tan emocionada cuando usted me invitó.

—¿De verdad? —me reclino hacia atrás—. ¿Entonces estuvo en la gala?

—¡Por supuesto! —ríe con voz cristalina.

—Interesante —alcanzo el zapato—. Entonces se alegrará de que lo haya guardado.

Sus ojos se agrandan. —¡Oh, sí! ¡Mi zapato perdido!

Le entrego el elegante zapato de tacón negro. Ella lo recibe como si fuera una joya preciosa.

—¿Puedo? —pregunta coquetamente y se quita su propio zapato.

Solo asiento y observo cómo intenta ponerse el zapato. Le queda al menos dos tallas pequeño.

—Oh —ríe nerviosamente—. La humedad debe haberlo encogido.

—Por supuesto —respondo secamente—. Qué tonto de mi parte no pensar en eso.

Se pone rápidamente su propio zapato y sale de mi oficina con la cabeza en alto, pero veo el

rubor en su nuca.

***

La noche siguiente, el mismo juego. Solo que con otra mujer.

Poco antes entra Patricia, a quien ahora solo llamo por su nombre de pila cuando estamos a solas. De alguna manera, me gusta. Ella evita mi mirada y solo quiere recoger la taza de café. —Su visita se retrasa. La dama llegará en media hora. Me iré entonces.

—Gracias —digo distraídamente mientras escribo un correo electrónico. Luego me detengo y se me ocurre algo—. Patricia, espere. —Ella se sobresalta y quiere irse, pero se queda quieta.

—¿Sí? —su voz es apenas más que un susurro.

—Usted también estuvo en la gala —comienzo con cautela—. ¿Acaso... quiero decir... notó algo? ¿Disfraces particularmente llamativos? Nunca hablamos de ello.

Se pone pálida. —No —dice apresuradamente—. Yo... no estuve mucho tiempo allí.

—Cierto —asiento lentamente—. Por su problema de circulación.

Ella evita mi mirada. —Me iré ahora, señor Valentine.

—De acuerdo, hasta mañana, Patricia. —Ella asiente y prácticamente huye de mi oficina. No puedo evitarlo. Parece completamente cambiada desde principios de semana.

La siguiente candidata no tiene más éxito. Una belleza pelirroja afirma que el zapato originalmente era más grande, que lo había mandado a modificar especialmente y jura que tiene el zapato idéntico en casa, solo que una talla más grande.

Todas las mujeres han afirmado que el zapato les queda y ante las preguntas sobre el disfraz surgen las descripciones más descabelladas. Pero nunca se menciona un disfraz de tigre, y mucho menos el lugar correcto de nuestro encuentro. La última de ellas se sentó en mi escritorio, abrió las piernas y dijo que debería *convencerme.*

—Al menos mis hermanos se están divirtiendo de lo lindo —murmuro mientras leo otro mensaje de Lance. Ha establecido una cuenta regresiva de cuánto tiempo me queda para encontrar a mi "Cenicienta". Ethan parece solo sacudir la cabeza ante todo este asunto.

No estoy seguro de si estas citaciones a la oficina son una buena idea, pero estoy decidido a encontrar a la mujer que estaba en el disfraz de tigre.

Por un breve momento, me detengo. ¿Quizás Ethan también tenga razón y todo esto fue simplemente una idea tonta? Pensativo, observo el zapato entre mis dedos y entonces se me ocurre una idea.

¿Tal vez debería pedirle a mi asistente que se pruebe el zapato?

Capítulo 15

PATRICIA

Miércoles por la mañana

La pantalla frente a mí se vuelve borrosa mientras intento concentrarme en los correos electrónicos. Así ha sido desde el lunes. Y ahora apenas es miércoles. Realmente me está costando toda mi energía y constantemente siento como si Ryan Valentine me estuviera mirando fijamente a través de la pared de cristal que separa mi escritorio de su oficina. No me atrevo a mirar de lado. Pero mis pensamientos siempre vuelven a él y a ese cuarto de almacenamiento. A sus manos sobre mi piel, sus labios en mi cuello. Cierro los ojos por un momento y respiro profundamente. ¿Cómo voy a sobrevivir hasta el fin de semana así?

—Señorita Simmons, ¿puede venir a mi oficina un momento? —La voz del Sr. Valentine me sobresalta.

—Por supuesto, Sr. Valentine. —Me levanto, aliso mi falda y recorro la corta distancia hasta su oficina. Mi corazón late contra mis costillas.

Él está de pie junto a la ventana, con el horizonte de Boston extendiéndose detrás de él. —Necesito los documentos para la reunión de Morrison mañana por la mañana.

—Ya están preparados. —Señalo la carpeta en su escritorio. Me escabullí en su oficina durante su hora de almuerzo y dejé la carpeta allí para no tener que cruzarme con él.

—Gracias, por favor, páseme la carpeta —dice y extiende su mano. Cuando se la entrego, nuestros dedos se tocan por un breve momento. La electricidad me recorre. Sus ojos marrones se encuentran con los míos, y por un momento estoy de vuelta en esa habitación. Completamente desnuda. Y él está sobre mí y... Oh Dios, ¿por qué no puedo sacar esto de mi cabeza?

—Gracias, señorita Simmons. —Se aclara la garganta—. ¿Cómo va la planificación para la reunión de TechVision de la próxima semana?

—Todo va según lo previsto, Sr. Valentine. La agenda está confirmada y todos los participantes han confirmado su asistencia. —Mi voz suena sorprendentemente firme mientras mi interior es una montaña rusa.

—Excelente. —Sonríe con esa sonrisa torcida que me cautivó aquella vez en el hotel—. Está haciendo un trabajo fantástico.

—Yo... —Las palabras están en la punta de mi lengua. Quiero decirle que fui yo. Que esa noche mágica fue real. Que he guardado cada segundo de ella en mi memoria.

Su teléfono suena. —Disculpe —dice y toma el auricular.

Asiento y salgo de su oficina. De vuelta en mi escritorio, abro su calendario digital para agregar una cita. Mi mirada se detiene en las citas nocturnas que no estaban en su calendario hace un momento.

"Jueves, 19:00 - Reunión con Sarah Wilson"

"Viernes, 19:30 - Discusión Jennifer Adams"

"Lunes, 19:00 - Cita Ashley Parker"

"Martes, 19:30 - Reunión Rebecca Morrison"

"Miércoles, 19:00 - Discusión Lauren Taylor"

Visitas femeninas. Al igual que los últimos dos días. Todas las citas en su oficina. Cada noche una mujer diferente. Mi estómago se contrae.

Ya en los últimos dos días tuve un mal presentimiento, pero ahora está claro que no es una coincidencia. Está viendo a mujeres. Una tras otra. Por la noche, cuando el personal se va a casa. Cuando yo me voy a casa. Tal vez para que él... ¡No! No debería pensar en eso.

El resto del día intento ignorar las entradas del calendario. Pero me roen como un animal hambriento. Usar el término *discusión* para ello casi me duele. Como si quisiera deliberadamente ocultar lo que realmente son estas "reuniones".

A última hora de la tarde, sale de su oficina. —Señorita Simmons, ¿podría cargar la presentación

de mañana en mi portátil?

—Por supuesto, Sr. Valentine. —Lo sigo de vuelta a su oficina, con el portátil bajo el brazo.

Mientras transfiero el archivo, él está de pie muy cerca detrás de mí. Su aftershave me envuelve como una manta familiar. Imágenes destellan en mi mente: sus manos en mi cabello, su aliento en mi oído.

—Perfecto —dice cuando termino—. ¿Qué haría yo sin usted?

Las palabras me golpean como un puñetazo. Soy su asistente. Su eficiente e invisible asistente, que mantiene su calendario y discretamente mira hacia otro lado cuando mujeres atractivas entran en su oficina por la noche.

—Que tenga una buena noche, Sr. Valentine —digo rígidamente y salgo precipitadamente de su oficina.

Justo cuando estoy empacando mi bolso, una elegante morena sale del ascensor. —Hola, soy Sarah Wilson. Tengo una cita con el Sr. Valentine.

—Por supuesto. —Mi voz suena mecánica—. Lo anunciaré. —La miro de nuevo. Su falda es increíblemente corta y me pregunto si siquiera cubre su trasero cuando se mueve. Por no hablar de su escote. Es más que evidente qué tipo de reunión tendrá lugar aquí. Y esta Sarah Wilson parece estar de acuerdo con ello. No solo eso. Parece francamente eufórica.

Llamo a su puerta. —¿Sr. Valentine? La señorita Wilson está aquí para su... reunión.

Él mismo abre la puerta, con una sonrisa radiante en su rostro. —Sarah, qué gusto verla.

Me obligo a no mirar cómo la conduce a su oficina. El suave clic de la puerta cerrándose resuena en mis oídos. Sin mirar atrás ni una vez más, me dirijo a casa, porque ciertamente no quiero escuchar lo que los dos tienen que discutir en la oficina del Sr. Valentine a altas horas de la noche.

En cualquier caso, me alegro de no haber cedido a la tentación de decirle que fui yo quien estaba en ese ridículo disfraz de tigre y con quien tuvo sexo. Seguramente solo fue un juego para él, al igual que estas reuniones. Es casi como si quisiera burlarse de mí al reunirse con estas mujeres tan abiertamente. ¿O qué otro propósito podría tener? Gracias a Dios que Josie me impidió contarle toda la verdad. Ella tenía razón. Me alegro de tener una amiga como ella a mi lado.

Reprimo las lágrimas y marco el número de Josie.

—¿Qué pasa, cariño? —contesta.

—¿Puedes... venir esta noche? Yo... no me siento muy bien —digo y siento lo difícil que me resulta hablar.

—Claro. Estaré allí en una hora —confirma inmediatamente, entendiendo la situación.

***

En casa, me acurruco en mi sofá. La televisión está encendida, pero no presto atención a lo que se muestra. La imagen de Sarah Wilson en la oficina del Sr. Valentine no me deja en paz, aunque quería concentrarme en la serie para distraerme hasta que llegara Josie. Pero no funciona.

Suena el timbre. Mi corazón da un pequeño salto cuando me levanto y camino por el pequeño pasillo para abrir la puerta. Josie está ahí, con dos botellas de vino en la mano.

—Tienes un aspecto horrible —me saluda y se desliza pasando a mi lado hacia el apartamento.

—Gracias por el cumplido. —Cierro la puerta y la sigo hasta la cocina, donde ya está buscando copas de vino.

—Bueno, ¿qué ha pasado?

Me desplomo en una silla de la cocina. —Tiene mujeres en su oficina. Cada noche una diferente.

—¿Quién? ¿El Sr. Valentine? —Josie deja las copas y se sienta conmigo.

Asiento y le cuento sobre las entradas del calendario, sobre Sarah Wilson y su provocativo atuendo.

—¿Y eso te importa porque...? —Nos sirve vino.

—Porque... —Me detengo. —Ya sabes por qué.

—Pero no le has dicho nada, ¿verdad? —Josie toma un sorbo. —Pat, fue una aventura de una noche. En un armario. No puedes estar hablando en serio...

—¡Lo sé! —Me levanto de un salto y camino de un lado a otro por la habitación. —Sé que es estúpido. Que yo soy estúpida. Y que ese sexo fue estúpido. Pero no puedo dejar de pensar en ello.

—Oh, cariño. —Josie se levanta y me abraza. —No eres estúpida. Solo te has enamorado un poco.

—De mi jefe —murmuro en su hombro. —Que obviamente cada noche tiene una diferente...

—Para. —Me sacude suavemente. —Eso no lleva a ninguna parte. Tienes que mirar hacia adelante. Ven, salgamos este fin de semana. Conozco a un camarero muy mono...

—¡Josie!

—¿Qué? A veces un clavo saca otro clavo.

No puedo evitar reírme, aunque no tengo ganas de cometer la siguiente estupidez. —Eres imposible.

—Lo sé. —Sonríe. —Y por eso me quieres. Entonces, ¿qué dices? ¿Sábado, Club 27?

—De acuerdo —suspiro. —Pero solo si prometes no emparejarme con el camarero.

—Prometido. —Levanta la mano para jurar, pero su sonrisa dice otra cosa.

Luego pasamos la noche en el sofá, viendo la televisión, hablando, riendo, llorando con la película romántica que elegí y vaciando juntas una de las dos botellas de vino. Es una noche agradable y cuando me voy a la cama, pienso en las palabras de Josie. Tal vez debería intentar cerrar el tema y distraerme.

***

La noche fue sorprendentemente buena, lo que también puede deberse al vino. A la mañana siguiente, todavía estoy de buen humor y decidida a poner mi vida en orden de nuevo. Por eso voy a la oficina extra temprano. En mi bolso, el vestido arruinado con la mancha amarilla y el zapato solitario. Mis intentos de limpieza en casa también fracasaron y me propongo llevar el vestido a la tintorería después del trabajo. ¿Y después? ¿Volveré a ponérmelo alguna vez? ¿Debería simplemente tirarlo o quemarlo? Lo mismo ocurre con el zapato, que en casa, en el pasillo, solo me ha estado burlando en silencio, como si quisiera recordarme constantemente dónde olvidé a su compañero.

Con cuidado, abro el archivador junto a mi escritorio. La mancha amarilla en la tela roja brilla como un monumento a mi estupidez. Lo empujo más profundo en la bolsa de plástico y más atrás en el armario, junto con el zapato.

Justo cuando estoy guardando ambos en el armario, oigo pasos. Apresuradamente, empujo el vestido y el zapato bajo una pila de archivos.

—Buenos días, señorita Simmons. —De repente, el Sr. Valentine está detrás de mí.

Me sobresalto y choco contra el armario. —Sr. Valentine. Buenos días.

—¿Ya trabajando tan temprano? —Sonríe mientras cierro el armario de golpe.

—Yo... eh... quería ordenar algunos documentos. —Mis mejillas arden y evito su mirada.

—Muy loable. —Da un paso hacia mí. Su aftershave me envuelve de nuevo, y por un momento estoy de vuelta en esa noche. Sus manos sobre mi piel, su aliento en mi cuello...

—La presentación para la reunión de esta tarde está en su escritorio y he enviado una copia digital por correo electrónico —digo apresuradamente y doy un paso atrás.

—Gracias. —Vacila, como si quisiera decir algo más, mira hacia mis pies y siento inevitablemente que el calor sube dentro de mí. ¿Ha visto el zapato? ¿O el vestido? Pero no dice nada. Luego se da la vuelta y va a su oficina.

Me hundo en mi silla y respiro profundamente. Mi corazón late con fuerza. El armario detrás de mí parece vibrar, como si el vestido y el zapato dentro gritaran pidiendo atención.

—Contrólate —me murmuro a mí misma. Fue solo una noche. Tal como dijo Josie. Y no soy una de esas chicas en su calendario. Tengo que superarlo. Tengo que dejar de engañarme. Para él, obviamente no fue nada especial. Solo otra mujer en una larga fila.

A través de la pared de cristal, veo al Sr. Valentine hablando por teléfono. Se ríe de algo que dijo su interlocutor.

Rápidamente aparto la mirada y tecleo frenéticamente en mi teclado. Las palabras en la pantalla se difuminan ante mis ojos, pero está bien. Lo importante es que no lo mire.

—¿Señorita Simmons? —Su voz a través del intercomunicador me hace sobresaltar. —¿Puede venir un momento, por favor? La necesito para un asunto.

—Por supuesto, Sr. Valentine. —Mi voz suena profunda. Exactamente como en esa noche. Siento mi corazón latir hasta la garganta y me pregunto cuál podría ser el asunto.

Seguramente solo algo de negocios, me advierte mi mente.

Y así es: se trata solo de otra reunión con otro CEO, para la que necesita una presentación. De alguna manera, me siento decepcionada y aliviada al mismo tiempo. Pero tal vez esa sea la solución. Simplemente funcionar. Ser la asistente perfecta. Coordinar citas, preparar documentos, sonreír cortésmente.

Y cuando por las noches mujeres atractivas con faldas cortas entren en su oficina, miraré hacia otro lado. Fingiré ser solo la señorita Simmons, la eficiente asistente. No la mujer que por una noche fue algo más.

Capítulo 16

Ryan

Una semana después

—Tiene unos ojos realmente encantadores, señor Valentine. —Reprimo un suspiro y miro fijamente a la mujer frente a mí. ¿Sarah? ¿Sandra? He olvidado su nombre. Está sentada en el borde de mi escritorio, su falda peligrosamente subida.

—Gracias por su interés —digo fríamente mientras junto algunos documentos—. Pero creo que deberíamos terminar esto aquí.

—¿Terminar? —Parpadea confundida con sus pestañas postizas—. Pero si ni siquiera hemos empezado.

—Exactamente a eso me refiero. —Me pongo de pie—. Por favor, váyase ahora.

Se desliza del escritorio, sus tacones altos repiquetean en el suelo de parqué. —Las otras mujeres me dijeron que usted era... más experimentador.

—Las otras mujeres se equivocaron. —Abro la puerta de la oficina—. Que tenga una buena noche.

Con un resoplido ofendido, pasa rápidamente junto a mí. Espero hasta que el ascensor se cierra, luego me dejo caer en mi sillón. Debería haberlo sabido. Ya después de las dos primeras citas, en realidad estaba harto. Pero mi ambición por encontrar a la mujer me siguió impulsando. Pero ahora se acabó. No más citas de este tipo.

Mi mirada se dirige al lugar vacío frente a mi oficina, donde normalmente se sienta la señorita Simmons. Su escritorio está ordenado, la computadora apagada. Hace mucho que se fue a casa.

El teléfono suena y me saca de mis pensamientos. "Rebecca Morrison", aparece en la pantalla. No otra vez.

—¿Señor Valentine? —Su voz suena melosa—. Quería preguntar si podríamos repetir nuestra... cita de la semana pasada.

—Señorita Morrison, no creo que sea una buena idea.

—Pero ¿por qué no? Lo pasamos tan bien... —Casi ronronea.

—La envié a casa después de que abriera las piernas en mi mesa. ¿Dije que me había divertido? —Cuelgo antes de que pueda responder.

Con los ojos entrecerrados, abro mi agenda. Las últimas dos semanas han estado llenas de "reuniones" - Sarah, Jennifer, Ashley, Rebecca, Lauren... Un desfile interminable de mujeres que todas querían lo mismo. Sexo rápido y sin sentido. Al menos eso parece. Pero yo solo las había invitado para comprobar si les quedaba el zapato.

Ellas lo tomaron como un juego. Una especie de preliminar. Tal vez también pensaron que soy un millonario perturbado con un extraño fetiche por los zapatos. Pero a todas les daba igual. También respondieron de manera evasiva a mis preguntas sobre su disfraz en la gala y casi al unísono dijeron que les gustaría tener un encuentro de tigres conmigo cuando mencioné el disfraz de tigre.

Una de las damas incluso me preguntó por qué tengo una asistente con flores en la blusa cuando ella realmente podría hacer CUALQUIER COSA por mí.

Estas palabras resuenan en mí y me golpean más fuerte de lo que deberían. La expresión facial de la señorita Simmons cuando estas mujeres venían no se me va de la cabeza. ¿Me juzgaba por eso? Entonces me doy cuenta de que en realidad siempre había terminado su jornada antes, siempre que le era posible. Tal vez simplemente no quería presenciar el espectáculo.

Maldita sea, cuánta razón tenía. ¿Y por qué no lo entendí de inmediato? Me levanto y voy a la ventana. Las luces de Boston brillan como estrellas. Y yo todavía estoy en la oficina, entregado a una búsqueda que en realidad es insignificante y absurda.

Irritado, me sirvo un bourbon y dejo que el cálido líquido baje por mi garganta. ¿Y ahora qué? ¿Olvidar simplemente la apuesta? Tal vez sería lo mejor, aunque no le concedo a Lance esa satisfacción. Ethan tenía razón: fue una idea estúpida.

Considero irme a casa, pero sé que allí solo ahogaré los pensamientos con más bourbon. Así que me propongo concentrarme en el trabajo. Algo que antes siempre me brindaba alegría y

distracción. Además, la presentación de TechVision aún necesita ser revisada. Brevemente pienso en Russell, que todavía quiere comprar la empresa, y me alegro de haberlo rechazado hasta ahora.

Pasan horas mientras me sumerjo en los documentos. Pierdo la noción del tiempo y mi problema de Cenicienta, hasta que llego a un punto donde no puedo continuar porque faltan informaciones importantes del último año fiscal sobre ciertas piezas. O mejor dicho, son ilegibles porque alguien tomó fotos de mala calidad.

Maldita sea, ¿dónde están los originales? La señorita Simmons lo sabría inmediatamente.

Pero a esta hora ya está en casa, como cualquier persona sensata. Me permito otro bourbon y estoy decidido a terminar esto antes de dar por finalizado el día. Mientras camino de un lado a otro en mi oficina como un tigre inquieto, el archivador detrás del escritorio de la señorita Simmons entra en mi foco.

¿Tal vez los documentos estén allí? Me dirijo hacia allí, abro el armario, pero no encuentro nada. Sin embargo, algo más me llama la atención: una bolsa de plástico que de alguna manera parece no encajar entre las carpetas ordenadas. Curioso, miro dentro y veo un trozo de tela roja que se esconde allí. Tiro de él y me quedo paralizado. Un vestido. Con una mancha amarilla. Y detrás... un solo zapato negro.

Mi corazón se salta un latido.

El vestido de la señorita Simmons.

La mujer con el disfraz de tigre.

El zapato perdido...

Con manos temblorosas, me dejo caer en la silla de la señorita Simmons frente al archivador. La revelación me golpea como una bofetada en la cara. La gala de Valentine. Su vestido. Patricia. La señorita Simmons. Ella es Cenicienta. La mujer con el disfraz de tigre. No hay otra explicación.

—Esto no puede... —Las palabras se me atascan en la garganta. Pero las pruebas son claras.

Apresuradamente, vuelvo a meter el vestido y el zapato en el armario y cierro la puerta. Los recuerdos me invaden como una ola. Su piel suave bajo mis manos. Su aroma. La forma en que gemía...

—Maldita sea —Mi corazón late con fuerza mientras me tambaleo de vuelta a mi oficina. Agarro

el bourbon y me bebo el resto de un trago. El alcohol me quema la garganta, pero no ayuda contra la tormenta en mi cabeza.

En mi escritorio, el teléfono emite un pitido: un mensaje de Jennifer Adams: "Deseando nuestra cita de mañana, tigre".

Con un movimiento furioso, borro el mensaje y cancelo esta y todas las demás citas sin comentarios. Luego abro mis contactos y bloqueo un número tras otro. Sarah, Jennifer, Ashley, Rebecca, Lauren...

—Patricia —susurro incrédulo. Mi asistente. Me levanto de un salto y empiezo a caminar de un lado a otro por la oficina. La realización me está volviendo loco. Todas las pequeñas señales que pasé por alto o malinterpreté. Sus miradas nerviosas esta semana. La forma en que salía de la habitación cada vez que aparecía una de estas mujeres.

Me detengo junto a la ventana y miro fijamente las luces de la ciudad. ¿Era por eso que había estado tan extraña últimamente? ¿Había visto cómo invitaba a una mujer tras otra? Dios mío, ¿cómo debe haber parecido esto para ella?

—Estaba justo frente a mis narices —murmuro y apoyo mi frente contra el frío cristal—. Todo este maldito tiempo.

Una sonrisa se desliza en mis labios. La señorita Simmons. Patricia. Siempre me ha gustado su trasero. Y también su forma de ser, y que es tan diferente a todas las demás mujeres. Aunque nunca me lo había admitido. Y sin embargo, ella era la mujer con el disfraz de tigre, salvaje, sensual y abierta a tal aventura. Aparentemente hay algo en ella que nunca había visto y que ha logrado ocultar exitosamente detrás de sus blusas con estampados florales. Hasta ahora.

Y ahora sé cómo se siente su piel desnuda. Cómo sabe. Cómo suena cuando gime de placer.

—Esto es una locura —Vuelvo a mi escritorio y me dejo caer en mi sillón.

Mi mirada se dirige a su escritorio vacío. Mañana estará sentada allí, con una de sus recatadas blusas, actuando como si nada hubiera pasado. Como si no hubiera pasado esa noche conmigo.

¿Siquiera sabe que yo soy el hombre con el que ella...? ¡Realmente imposible! Estaba completamente oscuro y ella se esfumó en un abrir y cerrar de ojos.

Me detengo y me pregunto qué debo hacer ahora. La apuesta ya no parece importante. Más bien, no quiero estropearlo. Pero ¿cómo? ¿Debería hablar con ella al respecto? No puedo simplemente llamarla a mi oficina y decir: "Oye, encontré su vestido. Y el zapato. Por cierto, el sexo fue fantástico".

Otro trago de bourbon me ayuda a pensar. Ella no es como las otras mujeres. Se merece algo especial. Algo que sea digno de ella.

Entonces se me ocurre una idea y una sonrisa se extiende por mi rostro. Sé exactamente lo que voy a hacer.

Apresuradamente abro mi portátil, empiezo a teclear y estoy seguro de que esto funcionará.

Capítulo 17

PATRICIA

A la mañana siguiente

Algo es diferente. Lo siento de inmediato cuando salgo del ascensor en el piso 72 y me dirijo a mi escritorio. Mientras dejo mi bolso y enciendo mi computadora, el Sr. Valentine sale de su oficina y se acerca a mí con un vaso de café para llevar en la mano. Normalmente llega una hora después que yo, pero no es eso lo que me desconcierta, ya que a veces también llega sorprendentemente temprano. Es más bien la manera en que se acerca a mí.

—Buenos días, señorita Simmons —dice con una sonrisa que nunca antes había visto en él. Llega hasta sus ojos.

—Buenos días, señor Valentine —Mis manos tiemblan ligeramente y jugueteo nerviosamente con mi bolso, como si estuviera buscando algo.

—Le he traído un café —Se acerca a mi escritorio y coloca el vaso frente a mí—. Vanilla Latte, ¿verdad?

Lo miro fijamente. ¿Cómo sabe lo que bebo? —Eso... eso es muy considerado de su parte.

—Oh, no es nada —Se apoya en mi escritorio y está tan cerca que puedo oler su loción para después del afeitado. Imágenes desfilan por mi mente. Imágenes y fantasías que debería alejar—. Sabe, creo que deberíamos dejar las formalidades de lado. Llámeme Ryan.

Mi corazón da un salto. —Yo... no sé...

—Por favor —dice suavemente—. Llevamos trabajando juntos mucho tiempo. Ya es hora.

—De acuerdo... Ryan —El nombre se siente extraño en mi lengua.

Sonríe de nuevo, y esta vez es casi... ¿seductor? No, me lo estoy imaginando. —¿Ves? No fue tan difícil.

—¿Quiere... quieres repasar las citas de hoy? —pregunto apresuradamente y alcanzo mi tablet.

—En realidad, quería hablar contigo de otra cosa primero —Acerca una silla y se sienta. Tan cerca. Demasiado cerca—. Tenemos que ir a Nueva York pasado mañana. Reunión de negocios con mi primo y los otros Valentine. Solo durará dos días.

—¿Nueva York? —El pánico surge en mí. Dos días. Con él. A solas—. Yo... no sé si puedo...

—Te necesito allí —me interrumpe. Su voz es suave, casi íntima—. Conoces los números mejor que yo. Y honestamente... —Se inclina hacia adelante—. ...no confío en nadie tanto como en ti.

El calor sube a mi rostro. —Eso es muy halagador, pero...

—Sin peros —Se levanta—. Me encargaré de los vuelos y la reserva del hotel. Empaca ropa abrigada, se supone que hará frío.

Antes de que pueda protestar, ha desaparecido en su oficina. Miro fijamente mi café. ¿Qué acaba de pasar? ¿Y por qué mi jefe reserva los vuelos y el hotel cuando ese es exactamente mi trabajo? Desconcertada, lo miro alejarse, sin estar segura de si estoy soñando o despierta.

Durante toda la mañana, lo observo a escondidas. Parece... diferente. Más relajado. Y cada vez que nuestras miradas se cruzan, sonríe de esa nueva y desconcertante manera.

En la hora del almuerzo, aprovecho la oportunidad cuando está en una reunión. Apresuradamente, reviso el archivador. El vestido todavía está exactamente donde lo escondí. Intacto. El zapato también. No puede saberlo. ¿O sí?

—¿Buscas algo en particular?

Me sobresalto y cierro rápidamente el archivador. Ryan está de repente frente a mi escritorio. Ni siquiera lo oí venir.

—Los... los documentos de TechVision —balbuceo—. Pensé que estarían aquí...

—Están en mi oficina —Se acerca—. Ven, te los muestro.

Lo sigo como aturdida. En su oficina, señala la silla para visitantes. —Siéntate.

Saca una carpeta y se sienta a mi lado, no detrás de su escritorio. Mientras hojea las páginas, su brazo roza el mío. Cada toque envía pequeñas descargas eléctricas a través de mi cuerpo.

—¿Ves esto? —Se inclina tan cerca de mí, casi demasiado cerca—. Los números no coinciden con las proyecciones.

Intento concentrarme, pero todo lo que siento es su cercanía. Su calor. Su aroma.

—¿Patricia? —Su voz es suave—. ¿Está todo bien?

—Sí, solo... —Me aclaro la garganta—. No es nada.

Una sonrisa traviesa cruza su rostro. —Bien, entonces está todo en orden.

El resto del día lo pasa principalmente en reuniones, lo que de alguna manera me alivia. Esta nueva actitud suya, el tuteo, se siente... Mierda, se siente tan real. Tan diferente. De nuevo me pregunto por qué es tan atento hoy y luego me doy cuenta de que ya no hay citas con mujeres en el calendario.

Por un lado, eso me alegra. Por otro lado, sé que seguramente es solo por el viaje a Nueva York y me advierto a mí misma que no debo sobrevalorarlo. Sin embargo, no puedo evitar preguntarme por qué está tan cambiado. ¿Habrá encontrado el vestido después de todo? Fue tonto de mi parte dejarlo allí. Debería deshacerme de él junto con el zapato hoy mismo y no dejar las pruebas frente a sus narices, poniendo a prueba mi suerte y mi futuro profesional de esa manera.

Cuando estoy empacando mis cosas por la noche, viene de nuevo a mi escritorio.

—Encontrarás los billetes de avión y la reserva del hotel en tus correos electrónicos —dice—. Mañana nos vamos. El vuelo es a las 4 de la tarde.

—¿Mañana ya? —pregunto confundida—. Pensé que era pasado mañana.

—Cambio de planes. Lo siento. Te lo compensaré. Lo prometo —dice. Esta promesa me inquieta casi más que la perspectiva de pasar dos noches con él en el mismo hotel. Pero me mantengo profesional y asiento.

—Entonces realmente tengo que irme ahora. Tengo que empacar y... —digo y siento cómo mi corazón late salvajemente contra mi pecho.

—Claro, Patricia. Ve. Nos vemos mañana. Sin embargo, tengo mucho que hacer por la mañana y estaré fuera de la oficina. ¿Entonces directamente en el aeropuerto?

—Sí. Vale —Mi respuesta no es más que un susurro. Luego me doy la vuelta, me dirijo hacia el ascensor y me pregunto en qué lío me he metido.

Él lo sabe.

Tiene que saberlo.

¿O no?

***

Al día siguiente, en efecto, no nos vimos. Ryan estuvo fuera todo el día. Con el corazón palpitante, tomé un taxi directamente al aeropuerto, preguntándome cómo sería el vuelo. Tampoco nos encontramos allí. Ryan me envió un mensaje para hacerme saber que se retrasaría, pero que llegaría a tiempo, y que debía hacer el embarque sin él.

Hice lo que me indicó. El vuelo fue una tortura. No por las turbulencias o la estrechez de la clase turista, sino porque Ryan estaba sentado dos filas más allá de mí. Todo el tiempo sentía su mirada cuando pasaba "casualmente" junto a mí, camino al baño. ¿Por qué volaba en turista? ¿Tal vez no había asientos libres en clase ejecutiva? No lo sé, y me estaba volviendo loca darle tantas vueltas a la cabeza pensando en él.

Ahora estamos en la fila de taxis frente al JFK. El frío de Nueva York se cuela bajo mi fino abrigo.

—¿Tienes frío? —pregunta Ryan y se quita la chaqueta.

—No, no es necesario —Pero ya me la está poniendo sobre los hombros. Huele a él.

Un taxi amarillo se detiene frente a nosotros. Ryan me abre la puerta. —Las damas primero.

En el taxi, se sienta más cerca de mí de lo necesario y su muslo toca el mío. Miro por la ventana, observo las luces de Manhattan que pasan y trato de calmar mi corazón acelerado.

—Al Mandarin Oriental —le dice Ryan al conductor. Me sobresalto. Es uno de los hoteles más caros de la ciudad.

—Yo... pensé que nos quedábamos en el Marriott.

Sonríe con esa nueva y desconcertante sonrisa. —Nos he hecho un upgrade. Idea espontánea esta mañana durante el descanso. Las vistas son espectaculares.

Nos. La palabra resuena en mi cabeza.

El hotel es impresionante. El vestíbulo parece un palacio. Ryan se encarga del check-in mientras yo permanezco aturdida a su lado.

—Sus habitaciones están en el piso 48 —dice la recepcionista—. Una al lado de la otra, como solicitó.

Una al lado de la otra. Por supuesto.

En el ascensor guardamos silencio. La tensión es tan densa que se podría cortar.

—¿Patricia? —Su voz es suave.

—¿Sí?

—Vamos a cenar cuando hayamos desempacado. Te debo una compensación por haberte pillado por sorpresa con este viaje.

Debería declinar. Sería lo sensato. Lo correcto.

—Claro.

***

Una hora después, estoy sentada frente a él en un pequeño restaurante italiano en Little Italy. Las velas parpadean entre nosotros. El vino tinto es excelente.

Se siente como si tuviera una cita. Con mi jefe. Con el jefe con el que tuve un encuentro apasionado y fugaz.

Dios mío, ¿qué estoy haciendo aquí?

—¿Qué te parece la pasta? —pregunta, observándome por encima de su copa.

—Divina —Enrollo otro tenedor de espaguetis. Una gota de salsa cae sobre mi labio inferior.

Antes de que pueda reaccionar, se inclina y la limpia suavemente con su pulgar. El contacto envía descargas por todo mi cuerpo.

—Perdona —murmura—. Eso fue... inapropiado.

—No pasa nada —Mi voz tiembla ligeramente.

Se recuesta, toma un sorbo de vino. —Sabes, últimamente he estado pensando mucho.

—¿Sobre qué?

—Sobre nosotros.

La palabra queda suspendida en el aire entre nosotros. Pesada. Significativa.

—Ryan... —Niego con la cabeza— Yo... —Me callo. Por supuesto, no es la única razón. Hay mucho más. El vestido. El zapato. La noche.

—En cómo trabajamos juntos. Y creo que va bien.

—Sí, el trabajo es interesante y variado. Me alegra que estés satisfecho conmigo —digo, intentando llevar la conversación de vuelta al terreno profesional.

Sonríe cálidamente. —Satisfecho no es la palabra. Eres la mejor asistente que he tenido jamás.

—Gracias —murmuro y tomo rápidamente un sorbo de vino.

—¿Recuerdas el acuerdo Miller del mes pasado? —Sus ojos brillan— Cómo tenías los números en la cabeza. Impresionante.

—Eso era solo mi trabajo.

—No, era más que eso —Se inclina hacia adelante— Tienes talento. E intuición.

Su mirada recorre mi rostro, se detiene en mis labios. El calor sube a mis mejillas.

—Los informes trimestrales —digo apresuradamente— Deberíamos revisarlos mañana antes de la reunión. Y aún no hemos hablado de la cita de mañana.

—Por supuesto —Sonríe— Siempre tan profesional.

—¿No debería serlo? —se me escapa.

Ryan se ríe. —Auch. ¿Eso fue una crítica a mi estilo de liderazgo?

—No, solo quería decir...

—Relájate —Su mano roza la mía como por casualidad cuando alcanza la copa de vino.

—Ryan...

—Lo sé —Suspira— Eres mi asistente y todo ese asunto con las muchas mujeres debe haber parecido como...

—No tienes que explicarme nada ni rendirme cuentas. Yo soy...

—Patricia, tengo que decirte algo —Extiende la mano sobre la mesa para tomar la mía. Puedo sentir lo importante que es esto para él. El calor de su contacto me hace estremecer. En su mirada hay algo que me deja sin aliento. Mis pensamientos se precipitan. Estoy de nuevo con él en esa habitación, él está sobre mí y...

El móvil en el bolsillo de su chaqueta vibra ruidosamente. Él maldice en voz baja.

—Disculpa —murmura—. Es importante. Tengo que atender un momento...

Se levanta y se dirige hacia la salida. Me quedo atrás. Temblando y confundida.

¿Qué quería decirme? ¿Sabe lo de aquella noche? ¿Lo del vestido?

Cuando regresa, se sienta junto a mí y me mira seriamente, respirando hondo.

—Hay algo que deberías saber.

Capítulo 18

Ryan

Justo cuando estoy a punto de comenzar, llega el camarero y retira nuestros platos. Aprovecho la interrupción para ordenar mis pensamientos. Cuando volvemos a estar solos, me inclino hacia adelante.

Miro a Patricia directamente a los ojos. La vela entre nosotros proyecta sombras parpadeantes sobre su rostro. Está nerviosa, sus dedos juegan con la servilleta. Pero Dios mío, es tan hermosa.

—¿Es por la llamada telefónica? —pregunta, y puedo notar que algo también la inquieta.

—¿Qué? No —digo un poco confundido y señalo mi teléfono—. Era solo mi primo. Por lo de mañana. Una pequeñez.

—Ya veo. —Asiente, pero su tensión es palpable.

—Quiero hablarte de otra cosa.

Se queda prácticamente petrificada. —¿De qué?

—Es sobre la gala de San Valentín.

Sus ojos se agrandan mínimamente. Un temblor apenas perceptible recorre su cuerpo.

—Sé que eras tú. Con el disfraz de tigre. Yo era el hombre del traje azul.

Las palabras quedan suspendidas en el aire entre nosotros. Patricia palidece, su mano tiembla al alcanzar su copa de vino.

—¿Cómo...? —Su voz es apenas un susurro.

—Tu vestido en el archivador y el zapato. —Tomo un sorbo de vino—. Los vi por casualidad hace unos días cuando buscaba algunos documentos.

Guarda silencio, mirando fijamente la mesa.

—Y de alguna manera, he estado pensando en ello todo este tiempo. La forma en que te mueves. Tu risa, aunque intentes disimularla.

—Ryan, yo... —Sacude la cabeza—. Fue un error. Un error enorme.

—¿Lo fue? —Me inclino hacia adelante—. Yo encontré la noche... extraordinaria.

Su cabeza se levanta de golpe, sorpresa en su mirada.

—Estabas tan... diferente. Segura de ti misma. Seductora.

—Por favor... —Mira nerviosamente alrededor—. Lo siento.

—¿Exactamente qué?

—Todo. El disfraz. Las mentiras. —Traga saliva—. Haberte seducido.

Río suavemente. —No me sedujiste. Yo estaba más que dispuesto.

—¡Pero no sabías quién era yo!

—Es cierto. —Me giro hacia ella—. Pero ahora lo sé. ¿Y sabes qué? Eso solo lo hace todo mejor.

Levanta la mirada, confusión en sus ojos.

—Patricia, eres brillante. Fuerte. Independiente. Esa noche me mostró que también eres apasionada y valiente.

—Ryan... —Se levanta abruptamente—. Esto no puede ser. Soy tu asistente.

—¿Eso importó esa noche?

Se da la vuelta. —Esa noche no importa... y deberíamos irnos.

La miro brevemente. Se pone pálida, herida, ofendida. ¿Acaso mi plan supuestamente genial no funcionó? Hago una señal al camarero, pago y nos dirigimos en silencio hacia el hotel. Sin embargo, está tan cerca que puedo sentir el calor que emana de ella. Luego llega el ascensor, entramos y cuando las puertas se cierran, nuestras miradas se encuentran. Ninguno de los dos dice nada.

Tampoco hay nada que decir al respecto.

Ávidamente la presiono contra la pared del ascensor, sus labios se encuentran con los míos, nuestras lenguas bailan juntas mientras mis manos exploran ese cuerpo perfecto que quiero saborear una vez más aquí y ahora. Sé que está mal acostarme con mi asistente y aun así es exactamente lo que quiero hacer. Porque ella no es cualquiera. Es Patricia. La mujer del disfraz de tigre. La mujer a quien pertenece ese zapato que ahora guardo en mi oficina.

El ascensor se detiene con una sacudida. Las puertas se abren y nos separamos, sin aliento, los labios ansiosos por más. Nos miramos en silencio. Los ojos de Patricia brillan, sus mejillas están sonrojadas. Sin decir palabra, caminamos por el pasillo, el silencio entre nosotros crepita como la tensión que aún fluye por mis venas. Dudo un momento frente a la puerta de mi habitación. Miro a Patricia, buscando en sus ojos algún signo de duda, de arrepentimiento. Pero no hay nada de eso, solo una mezcla de incertidumbre y un hambre que iguala a la mía.

Abro la puerta y entro, Patricia me sigue. La habitación está en penumbra. Cierro la puerta detrás de nosotros, me apoyo contra ella y miro a Patricia. Está de pie en medio de la habitación, su mirada cautivada por la mía. El silencio es casi insoportable, cargado de expectación.

—Yo... —comienza, pero la interrumpo y doy un paso hacia ella.

—Shhh... —Mis manos encuentran su espalda, la atraen hacia mí. Sus labios se encuentran con los míos, hambrientos, exigentes. El beso es diferente a los anteriores. Más crudo, más desenfrenado. Impulsado por el deseo que ambos hemos reprimido durante tanto tiempo.

Rompo el beso, mi respiración entrecortada. —De acuerdo, dime que quieres esto, Patricia —susurro en su oído.

Su respuesta es un gemido cuando la beso de nuevo, esta vez con más intensidad. Mis manos recorren su espalda, bajo su blusa, sintiendo el calor de su piel. Tiembla ligeramente cuando mis dedos encuentran el broche de su sujetador.

—Ryan... —suspira mi nombre cuando la tela cae al suelo.

Me quito la camisa y la arrojo descuidadamente a un lado. Mi mirada recorre su cuerpo, admirando las curvas que solo pude adivinar en la noche del baile de máscaras, cuando las exploré en la oscuridad. Es hermosa. Impresionante.

Los dedos de Patricia encuentran los botones de mis pantalones y los desabrochan apresuradamente. Sus caricias envían oleadas de calor por mi cuerpo. Gimo cuando sus manos recorren mi espalda desnuda.

—Tan hermoso —susurra, su voz ronca de deseo.

La levanto y la llevo a la cama. Ella me rodea con sus piernas cuando la deposito suavemente sobre el colchón. Por un momento, simplemente nos quedamos ahí, nuestros cuerpos estrechamente abrazados, nuestras respiraciones sincronizadas. Luego la beso de nuevo, lenta y tiernamente. Mis manos acarician su piel, explorando cada centímetro de su cuerpo. La desnudo completamente y hago lo mismo conmigo.

Se retuerce debajo de mí, gimiendo mi nombre. El fuego en sus ojos enciende un infierno en mi interior. No puedo esperar más. Tengo que tenerla. Completamente.

Pero no todavía, me advierto a mí mismo, besando su camino hacia abajo sobre sus pechos, su vientre y su pubis hasta llegar entre sus piernas. Quiero probarla, saborearla y, sobre todo, complacerla hasta que llegue al clímax.

Patricia gime con fuerza y disfruta del juego de mi lengua entre sus piernas. Se estremece, se tensa y grita, y una y otra vez me detengo para prolongar el momento un poco más, para provocarla, para que el orgasmo la inunde cuando llegue el momento.

—Mhhhmmm —emite, y su cuerpo se sacude mientras el orgasmo finalmente la envuelve.

Luego me coloco sobre ella, beso sus pechos, su boca y penetro lentamente en ella. Gime de nuevo y puedo ver en sus ojos que lo desea tanto como yo, que quiere más y que ha estado esperando precisamente esto, sentirme dentro de ella.

Las siguientes horas se difuminan en un torbellino de pasión y deseo. Hacemos el amor con una intensidad que me sorprende. Es como si estuviéramos cruzando todos los límites, rompiendo todas las reglas. Somos solo nosotros mismos. Crudos, sin adornos, honestos.

Cuando finalmente yacemos uno al lado del otro, exhaustos y felices, siento una profunda conexión con Patricia que nunca creí posible. La miro, sus ojos brillan en la tenue luz de la habitación.

—Eso fue... —comienzo, pero me faltan las palabras.

—Increíble —susurra ella y sonríe.

Nos levantamos y vamos al baño. El agua caliente de la ducha lava los rastros de la pasión. Pero cuando ella agarra mi pene con sus manos jabonosas, sé que la noche está lejos de terminar y lo hacemos de nuevo, justo en esta ducha enorme. Primero, ella chupa mi pene hasta que casi llego al clímax. Luego la penetro por detrás, masajeando sus pechos mojados y atrayéndola firmemente hacia mí mientras me corro dentro de ella poco después.

Dios mío, sé que esto está mal. Y aun así no puedo parar. Quiero hacerlo con ella de nuevo inmediatamente mientras contemplo su cuerpo perfecto mientras nos secamos.

—Deberíamos... —comienza Patricia, pero pongo mi dedo sobre sus labios.

—Ahora no —susurro—. Simplemente disfrutemos esta noche.

Ella asiente, sus ojos llenos de lujuria y excitación.

No me siento diferente y noto cómo mi pene está listo para la acción nuevamente. Ella también se ha dado cuenta de esto.

Con las mejillas encendidas, se arrodilla frente a mí y lo toma en su boca. Nos miramos directamente a los ojos y en este momento no hay lugar en el que preferiría estar. Con nadie más en el mundo.

Capítulo 19

Patricia

Parpadeo y me oriento por un momento. Está completamente oscuro y por un instante no sé dónde estoy. Pero entonces, cuando mis ojos se acostumbran a la oscuridad y se perfilan los contornos de la habitación del hotel, lo recuerdo todo. Estoy acostada desnuda en una cama de hotel de Nueva York bajo esta suave manta y debo haberme quedado dormida en algún momento después de que yo... quiero decir, después de que nosotros...

Maldita sea, después de que me acostara tantas veces esta noche con mi jefe, que está justo aquí bajo la manta a mi lado.

Miro el reloj. Las 6:57. Normalmente a esta hora estaría profundamente dormida y las luces de la ciudad de fuera apenas se filtrarían suavemente por debajo de las cortinas. Así que no pueden haber sido ellas las que me despertaron. ¿Qué fue entonces?

Las imágenes de la noche pasan rápidamente por mi cabeza. Cómo le chupé la polla a Ryan hasta que se corrió en mi boca, cómo me tomó por detrás, cómo otra vez ató mis manos al poste de la cama con una sábana fina y...

Con cuidado me incorporo, llevando la manta a mi pecho. ¿Qué he hecho? ¿Por qué me he dejado llevar? Todo se va a volver tan complicado. Miro en su dirección. Ryan está tumbado boca abajo, con la cara vuelta hacia mí. Respira regularmente. Puedo distinguir su atractiva silueta en la oscuridad. Ahí está, el hombre de mis sueños. Justo a mi lado. Y aun así, la culpa me corroe. ¿Cómo seguiremos a partir de ahora?

Me levanto, me deslizo al baño y me lavo la cara con agua fría. En el espejo veo las oscuras ojeras bajo mis ojos. —Muy bien, Patricia —le susurro a mi reflejo—. Lo has hecho de maravilla. —Luego tomo una de las cómodas batas del gancho, me la pongo y siento el calor y el sutil aroma a rosas que emana del grueso algodón. Me cepillo los dientes rápidamente, respiro hondo una vez más y me propongo enfrentar lo que me espera allí fuera en la habitación. Esta

vez no puedo volver a huir y actuar como si no hubiera pasado. Duró demasiado y lo disfruté demasiado. Ambos lo disfrutamos demasiado.

Cuando regreso, percibo un movimiento. La mano de Ryan tantea el espacio vacío donde yo estaba acostada.

—Hola —murmura con voz somnolienta y abre los ojos. Una sonrisa ilumina su rostro—. Ven aquí.

Dudo, me quedo de pie al borde de la cama. —Ryan, yo...

Él se incorpora lentamente. Su torso perfecto queda a la vista. Se apoya en la cama con sus musculosos brazos y enciende la iluminación indirecta, que abarca toda la habitación y la baña en una hermosa y cálida luz. Nos miramos. Parece aún adormilado, pero parece sentir lo que me pasa. —¿Qué ocurre?

—Esto... —Hago un gesto entre nosotros—. ¿Qué fue?

—No pensé que hablaríamos de esto antes del desayuno —dice sonriendo—. Más bien pensé que antes podríamos... —toma suavemente mi mano, la acaricia, sigue hacia la bata y juguetea con el cordón. Justo cuando va a tirar de él, retrocedo, lo que me cuesta bastante superarme.

—¿Soy ahora... algo así como tu conejita? ¿La asistente que te traes de vez en cuando cuando te apetece?

—Patricia. —Se sienta, su mirada se vuelve seria—. No es así.

—¿Cómo es entonces? —pregunto y siento cómo mi corazón late con fuerza hasta la garganta.

—Escucha —dice y se pasa la mano por el pelo—. No lo sé. Seguramente conoces las historias de mi pasado. Si no, debes saber que...

—He oído hablar de ello y precisamente por eso pregunto. Simplemente quiero saberlo. Si esto fue algo de una sola vez, lo entiendo, pero no quiero ser tu asistente con servicios especiales.

—Puedo entender tu punto y eso es lo que te hace tan única —dice y me coloca cariñosamente un mechón detrás de la oreja. Mis mejillas arden, lo que más deseo es besarlo, entregarme a él y perderme en su mirada. Pero no quiero ser una de esas mujeres, una de esas asistentes que pronto serán solo un vago recuerdo—. Te hago una propuesta.

—¿Cuál sería? —pregunto y siento cómo el calor del deseo sigue aumentando en mí.

Su mano acaricia mi mejilla. —Estamos aquí en Nueva York. Nadie nos conoce. Terminemos la reunión de negocios con mi primo y luego simplemente disfrutemos este día, ¿de acuerdo? Sin pensar en el mañana.

Miro sus ojos marrones, que me observan con tanta sinceridad. En realidad, había deseado un poco más. No hay ningún compromiso para el futuro. ¿Pero realmente lo esperaba? Es sincero y quiere pasar el día conmigo. ¿Tal vez sea suficiente si pienso día a día y veo cómo se desarrolla? ¿Quizás esta pregunta esta mañana fue simplemente un poco precipitada?

—De acuerdo —susurro.

Me atrae hacia él, me besa suavemente. Diferente a la noche. Más tierno.

—¿Desayuno? —pregunta entre dos besos.

—Con gusto. Pero antes debería ir a mi habitación. A buscar ropa limpia.

—Por supuesto. —Sonríe—. Aunque también me gusta tu look actual.

Le lanzo una almohada y me levanto. —¿Nos encontramos abajo en una hora?

—Trato hecho. —Me observa mientras recojo mis cosas. En la puerta me doy la vuelta una vez más.

—¿Ryan?

—¿Sí?

—Gracias. Por... tu honestidad.

Su sonrisa me calienta por dentro. —Hasta luego, Patricia.

En el pasillo me apoyo brevemente contra la pared. Mi corazón aún late con fuerza. No ha dicho que ahora estemos oficialmente juntos... pero tampoco ha dicho lo contrario. Y el resto... ya se verá.

Sí, el resto ya se verá.

***

Las puertas del ascensor se abren hacia la sala de conferencias en el piso 47. Ryan pone su mano en la parte baja de mi espalda cuando entramos en la habitación. El gesto es sutil, pero envía pequeñas descargas eléctricas a través de mi cuerpo. Por un momento pienso de nuevo en el desayuno y el viaje de vuelta aquí. Cómo nos sonreímos el uno al otro, cómo sostuvo mi mano. Como si lo nuestro fuera la cosa más normal del mundo. Realmente se sintió bien. Casi real.

—¡Ryan! ¡Por fin! —Addam Valentine saluda a Ryan amistosamente, se acerca a él y lo abraza. Como dos amigos que no se han visto en mucho tiempo. Ryan me contó de camino aquí que Addam es el CEO de Valentin Corp. de Nueva York. La empresa no tiene nada que ver con la suya en Boston. Simplemente comparten el mismo apellido porque el padre de Ryan, William, y el padre de Addam son hermanos. Ryan también me contó que Addam y sus hermanos se hicieron bastante famosos a nivel nacional durante un breve periodo porque su padre les dio un ultimátum para encontrar esposa. Ryan no mencionó ni una palabra sobre lo que pensaba de ello o cómo había terminado todo.

Entonces Addam Valentine se gira hacia mí. —¿Y ella es...? —pregunta, mirando a Ryan mientras me tiende la mano—. ¿Tu asistente?

—Esta es Patricia Simmons. Mi compañera —dice Ryan.

Mi mundo se detiene por un breve momento. Compañera. No asistente. No empleada. Compañera.

—¡Ah! —Addam sonríe radiante y me estrecha la mano—. Patricia. ¡Bienvenida a Nueva York!

Nos sentamos en la gran mesa de conferencias. Ryan a mi lado, nuestras rodillas se tocan bajo la mesa. Mientras Addam revisa los documentos del proyecto, mis pensamientos vuelven una y otra vez a la presentación de Ryan. Compañera.

—Las cifras parecen prometedoras —digo, señalando un gráfico—. Especialmente si se consideran los efectos sinérgicos.

Addam asiente con aprobación. —Definitivamente tienes buen ojo para los detalles, Patricia. Ryan tiene suerte de tener una compañera que también pueda ayudarlo profesionalmente.

La reunión pasa volando. Me siento... diferente. No como la asistente que toma notas. Sino como alguien cuya opinión cuenta.

—Oh, antes de que se me olvide —dice Addam al final—. Esta noche es la gala de la Fundación Valentine. ¡Tenéis que venir!

Ryan me lanza una mirada interrogante. Asiento levemente.

—Estaremos allí —dice él.

—¡Perfecto! A las ocho en el Hotel Plaza. Etiqueta negra, por supuesto. —Addam guiña un ojo —. Y Patricia, póngase algo deslumbrante. La sociedad neoyorquina es... exigente.

—Lo hará —dice Ryan, y su mano encuentra la mía bajo la mesa.

Más tarde, en el ascensor de bajada, no puedo evitar sonreír.

—¿Qué? —pregunta Ryan.

—¿Compañera?

Me atrae hacia sí. —Te ha gustado, ¿eh?

—Tal vez.

—Bien. —Me besa suavemente y mi corazón da pequeños saltos.

Las horas hasta la gala pasan volando. Ryan y yo vamos de compras. Para mí. Él es paciente, me trae vestidos y solo tiene ojos para mí. Cada vez que estoy sola en el probador por un momento, me pregunto si seguirá allí cuando corra la cortina. Pero está ahí. Y me regala una sonrisa cada vez.

Ahora, en mi habitación del hotel, me miro en el espejo con el vestido que elegimos juntos: azul oscuro sin hombros con un atrevido escote en la espalda. Y con él, el elaborado collar que alquilamos juntos en una joyería. Lo que en realidad no era posible. Pero cuando se mencionó el nombre *Valentine*, todo pareció posible. Me di cuenta de lo que eso significaba: él estaba avalando con su buen nombre. Por mí.

A las ocho en punto, estoy en el vestíbulo del hotel. Ryan ya está esperando, el esmoquin le queda perfecto. Cuando me ve, visiblemente se queda sin aliento.

—Te ves... wow.

—Muy elocuente, Sr. Valentine —le bromeo.

Me atrae hacia sí. —¿Lista para conquistar Nueva York?

—Por supuesto.

La limusina se desliza por las calles iluminadas. La mano de Ryan descansa sobre mi muslo, su pulgar dibuja pequeños círculos. El toque es inocente y aun así electrizante.

Nos detenemos frente al Hotel Plaza. Ryan sale, me tiende la mano. Cuando salgo, puedo sentir las miradas curiosas de la alta sociedad neoyorquina sobre mí.

—Ignóralos —susurra.

Sus dedos se entrelazan con los míos. De la mano, subimos las escaleras, atravesamos el imponente vestíbulo. Todo brilla y resplandece.

Frente al salón de baile, Ryan se detiene. —Espera.

—¿Qué?

Sus labios encuentran los míos. En medio del público. El beso es tierno y posesivo a la vez. Cuando nos separamos, veo el asombro en los rostros de los otros invitados.

—Para que todos sepan que eres mía —murmura.

Mi corazón da un vuelco. Esperaba muchas cosas, pero no esto. Entramos en el salón de baile. Las arañas de cristal arrojan su cálida luz sobre la multitud elegantemente vestida. Los camareros hacen flotar el champán entre los invitados.

—¡Ryan! ¡Patricia! —Addam nos hace señas para que nos acerquemos a él y a un grupo de empresarios.

Ryan pone su brazo alrededor de mi cintura. Un gesto simple que me dice: Perteneces aquí. A mi lado.

Por primera vez en mucho tiempo, me siento... correcta. Como si estuviera exactamente donde debo estar. Las dudas de la mañana de repente parecen tan lejanas.

—¿Una copa de champán? —pregunta Ryan.

Asiento. —Por favor.

Me besa en la mejilla antes de dirigirse al bar. Lo observo alejarse, sintiendo las miradas admirativas de las otras mujeres.

Pero él es mío. Y yo soy su... compañera.

Una sonrisa se desliza en mis labios. Tal vez todo saldrá bien. No, me corrijo. Ya está bien.

La noche se extiende ante nosotros, Nueva York a nuestros pies. Y por primera vez en mucho tiempo, no me siento como la asistente que apenas puede creer su suerte. Sino como una mujer que está exactamente donde debe estar.

A su lado.

Capítulo 20

Ryan

Estoy sentado en mi oficina, mirando a través del cristal. Patricia teclea concentrada en su ordenador, su largo cabello cayendo suavemente sobre su hombro. ¿Cuántas veces la habré observado así? Cientos de veces. Pero ahora es diferente. Ahora sé cómo se siente su piel, cómo saben sus labios, cómo se quedó dormida en mis brazos. Los días en Nueva York fueron maravillosos. Las noches aún mejores. La última incluso más hermosa que la primera.

Pero ¿y ahora qué? Desde el vuelo de regreso me pregunto cómo continuar. Esto no es Nueva York. Es Boston. Aquí me conocen. A los Valentine. Soy el CEO de Valentine Industries. Y Patricia es mi asistente. La gente hablará y... maldita sea, ¿desde cuándo me importa eso?

Ya en el aeropuerto le dije a Patricia que primero tenía que hablar con mi familia. Me refiero sobre todo a mi padre, quien me citó antes de la gala porque ese desagradable Sullivan lo había llamado. El tipo que en realidad solo quería meterse en los pantalones de Patricia y por quien mi padre ahora me tiene vigilado. Le dije a Patricia que deberíamos tomarlo con calma. Vi cómo las palabras "tomarlo con calma" rompieron algo dentro de ella. Pareció no haber captado realmente la frase siguiente "hasta que aclare todo". Pero Patricia es completamente profesional, así que solo asintió en silencio y nos despedimos. Y esta mañana apareció como siempre con una de sus blusas estampadas de flores, me saludó como siempre y uno podría pensar que nunca pasó nada.

Maldita sea, pero sí pasó algo y no quiero fingir que no ocurrió nada. Solo no quiero que ninguna tontería se interponga entre nosotros, o que mi padre...

—¿Sr. Valentine? —Su voz a través del intercomunicador me saca de mis pensamientos—. El contrato para Anderson Corp. está listo para su revisión.

—Gracias, Patricia —Dudo un momento—. Por favor, tráigalo.

Entra en mi oficina, me mira fría y profesionalmente. Ni rastro de la mujer que hace tres días

yacía en mis brazos en Nueva York. La que bailó conmigo, cuya risa iluminó todo el salón de baile y después la cama, la ducha y...

—Aquí tiene, señor —Coloca los documentos sobre mi escritorio. Sus dedos rozan mi mano. ¿Casualidad? ¿Intencional?

—Patricia... puedes seguir llamándome Ryan, es que... —empiezo, pero ella ya se dirige a la puerta.

—¿Algo más, Sr. Valentine?

Niego con la cabeza. Ella asiente brevemente y vuelve a su puesto.

Maldición. Puedo entenderla.

Me froto los ojos e intento concentrarme en el contrato. Imposible.

Aparto los documentos, tomo el auricular y estoy a punto de presionar el botón para el piso 73, pero me detengo. ¿Por qué demonios le debo explicaciones? Furioso, golpeo el auricular de vuelta en la base. Me recuesto en la silla y me giro hacia las ventanas, dejando vagar mi mirada por el distrito financiero de Boston. Estoy sentado aquí, casi en la cima de la Torre Valentine, como un rey y sin embargo...

Debería hablar con mi padre. Pero no como un suplicante. Debería informarle cómo está la situación y qué pienso hacer. Pero ¿qué es exactamente? Maldita sea, odio estar tan inseguro yo mismo.

Entonces se me ocurre una idea: antes de hablar con mi padre, definitivamente debería hablar con mis hermanos. Ninguno de nosotros debería mencionar jamás una palabra sobre esa ridícula apuesta. Ethan tenía razón desde el principio. No solo es el diplomático entre Lance y yo, sino también el que tiene más visión de futuro de nosotros tres. Aunque a veces pueda parecer un poco *gruñón*. Pero especialmente con algunas mujeres, eso parece ser bastante popular. Y, además, ¿dónde se ha metido últimamente? ¿No mencionó que después del baile...

El sonido de mi teléfono me saca de mis pensamientos. Miro el aparato y dudo un momento. Es mi padre. Está llamando. Desde el piso 73. ¿Coincidencia?

—Padre —digo—. ¿Qué ocurre?

—Ryan, hijo mío. Solo quería decirte brevemente que me ha llegado por vías indirectas una oferta de compra para TechVision. Eso te corresponde a ti. No sé por qué ha llegado a mi bandeja de entrada, pero no quería reenviarla sin avisarte.

—Está bien, padre, gracias —digo y me pregunto si debería aprovechar la oportunidad. Aparentemente no sabe nada. ¿Cómo podría?

—He oído que Nueva York fue un éxito. Las sinergias serán grandiosas cuando... —comienza mi padre, pero cuando miro a través del cristal, apenas puedo creer lo que ven mis ojos. Allí está Candy. O mejor dicho, Ellen Fisher. Candy es solo el apodo que le di. Cuando nosotros... quiero decir cuando ella... da igual.

Lo importante es: ella es mi exasistente. Y sin embargo, está aquí. Frente al escritorio de Patricia.

—Tengo que colgar, padre, te llamaré más tarde —digo y cuelgo sin esperar una respuesta.

Me pongo de pie de un salto y justo cuando estoy a punto de abrir la puerta, Candy irrumpe en mi oficina. Parece completamente alterada y apenas se puede contener.

—Sr. Valentine, disculpe, simplemente no se dejaba detener, le dije que usted no tenía tiempo y que ella no tenía cita... —escucho la voz de Patricia disculpándose detrás de ella.

—Está bien, Patricia. No es tu culpa. Ellen aquí... es mi exasistente. Hace mucho tiempo. —Luego me giro hacia ella, la miro y recuerdo detalles de su despido. No fue mi mejor momento entonces.

—¿En qué puedo ayudarte, Ellen? —pregunto.

—¿Ellen? —pregunta ella—. ¿No Candy, como me llamabas entonces, porque solo era tu pequeño caramelo? ¿Tu diversión ocasional? —Luego se gira hacia Patricia—. Debería mantenerse alejada de este... este... monstruo devorador de mujeres. Me usó, me hizo sumisa y luego me desechó. Claro, su encanto es... —Entonces se detiene y mira a Patricia en silencio.

—Oh, no, ya se ha acostado con él. Es demasiado tarde para la advertencia, ¿verdad? Lo veo en sus ojos. Veo cómo lucha. Ay, cariño. Lo siento, yo...

—Ellen —digo en voz tan alta que tanto ella como Patricia se sobresaltan—. No inquietes a mis empleados y, además, ¿qué haces aquí?

—¡Estoy embarazada! ¡De ti!

Las palabras me golpean como un puñetazo. No. No puede ser. Eso es imposible. Por un momento no sé qué decir. Entonces miro a Patricia. Parece petrificada e intenta no dejar que se le note nada, pero veo lo conmocionada que está.

—¡Patricia! —le digo en voz baja—. ¿Puedes esperar un momento fuera, por favor? ¡Estoy seguro de que todo se aclarará! Ella solo asiente mecánicamente, pero veo cómo le tiemblan las manos cuando sale de mi oficina, cierra la puerta y toma asiento en su escritorio detrás del cristal. En realidad, me gustaría que Patricia escuchara todo esto, pero Ellen, Candy... como quiera que se llame, tiene conexiones con la prensa local. De ninguna manera quiero que crea que tenía razón en su suposición sobre Patricia. Por eso he enviado a Patricia fuera, aunque me resulta difícil. Pero es solo para protegerla, es solo por su bien. Ninguno de los dos quiere ver fotos nuestras en el periódico mañana.

Cierro la puerta y me vuelvo hacia Candy. —¿Qué mierda es esta, Ellen?

—Yo... yo... —Solloza teatralmente—. Fue hace tres meses, cuando nosotros...

—Hace tres meses ya estabas en McKinsey —la interrumpo bruscamente—. Renunciaste hace más de cuatro meses.

—No, quiero decir... fue justo antes de que me fuera...

—Para entonces ya estabas con Kevin. El tipo de IT del que siempre hablabas maravillas.

Ella retrocede un paso. —Eso... ¡eso no es cierto!

—Y sobre todo —me acerco, mi voz ahora es glacial—, nunca tuvimos sexo. Ni una sola vez. Lo sabes perfectamente.

—No puedes decir eso, yo te...

—Sí, me hiciste un par de mamadas —digo y siento cómo las palabras saben insípidas en mi boca. Como si fuera una infidelidad, aunque haya pasado hace mucho tiempo y sea de una época anterior a conocer a Patricia—. Pero no me digas que el esperma viajó mágicamente por tu cuerpo hasta donde se hacen los niños.

Me mira como una niña pillada en falta. Y siento cómo una ira furiosa y pura se extiende dentro de mí. En realidad, quiero saber qué pretende con esta actuación. Pero hay algo que quiero aún más: no volver a verla nunca.

—Fuera —digo en voz alta y firme, señalando la puerta—. Fuera de mi oficina. Fuera de este edificio. Y ni se te ocurra volver a montar un numerito así. No vuelvas nunca más por aquí.

—Yo... pero es que...

—He dicho fuera —esta vez le grito las palabras—. ¿Crees que así conseguirás mi dinero? ¿Es eso lo que quieres?

Abre la boca, pero me adelanto.

—Olvídalo. Fuera. No quiero saberlo. —Ella la cierra de nuevo, gira sobre sus talones y huye.

La sigo, pero solo hasta el escritorio de Patricia frente a mi puerta. Ellen ya encontrará la salida sola. Y si no, me aseguraré de que nunca olvide con quién se ha metido aquí. No sé qué juego está jugando. Pero conmigo no, no voy a permitir que me hagan algo así. Ahora tengo que apagar un incendio que ella ha provocado. Con Patricia.

Pero no está. Su escritorio está vacío. Su bolso ha desaparecido.

—¡Maldita sea!

Espero impaciente su regreso en mi oficina, todavía con la esperanza de que solo haya ido al baño. Pero los minutos pasan. El sonido de su teléfono se burla de mí. Cada timbre me corroe, me desgasta una capa y me hace consciente de que no solo ha abandonado su puesto por un momento.

Saco mi móvil del bolsillo, marco su número. Inmediatamente salta el buzón de voz.

—Patricia, por favor, devuélveme la llamada. Eso no fue... esto no es... déjame explicártelo. ¡Ellen ha mentido! No sé por qué, pero... Maldita sea, por favor, llámame.

Lo intento dos veces más. Con el mismo resultado.

—¡Mierda! —Me dejo caer en mi silla y pienso qué hacer. Y sobre todo: ¿Cómo se supone que va a continuar todo esto? ¿Puede ser que yo mismo no lo sepa en este momento?

Capítulo 29

Patricia

Mis manos tiemblan mientras me sirvo una taza de humeante té de frambuesa y lima de la tetera a mi pequeña taza roja. Observo el vapor que se eleva en finas volutas y luego se mezcla con el aire de mi sala de estar, pareciendo disolverse en la nada. Justo como mis sueños de un futuro junto a Ryan. Me envuelvo más fuerte en mi manta. Las nubes grises fuera de la ventana combinan perfectamente con mi estado de ánimo.

—Eres tan tonta, Patricia —me susurro a mí misma—. Tan increíblemente tonta. —Mi teléfono apagado yace sobre la mesa de café frente a mí, pareciendo mirarme mudo y acusador. Pero simplemente quería estar sola, no quería recibir llamadas suyas explicándome que no es lo que parece y... Me detengo: ¿Por qué me llamaría siquiera? Probablemente ni siquiera se ha dado cuenta de que ya no estoy allí. Que empaqué apresuradamente mis cosas cuando prácticamente me echó de su oficina para hablar a solas con esa mujer. ¿No podía imaginar que yo también quería escuchar lo que ella tenía que decir?

Pero claro: De todos modos, él quería *ir despacio*, como me reveló en el aeropuerto después de aterrizar, lo cual es casi seguro una frase hecha para "El sexo estuvo bien, pero ahora volvamos a la rutina". Quizás esté celebrando el embarazo con esa Candy. Su ex asistente. Ellen. O Candy, como él la llamaba. Un "dulcecito". ¿Acaso yo también fui solo eso para él? ¿Un snack para picar entre horas? Por supuesto que lo fui. ¿Cómo pude ser tan tonta?

Tomo un sorbo de mi té, pero no sabe a nada. Y eso que es mi té favorito, el mismo que Ryan me sirvió en mi taza durante el desayuno buffet en el lujoso hotel de Nueva York, después de que nosotros...

—¡Deja de pensar constantemente en Nueva York! —me reprendo en voz alta.

Pero las imágenes vienen de todos modos. Cómo me sostuvo en sus brazos en el salón de baile. Cómo bailamos. Cómo sus labios se posaron sobre los míos. Sus manos sobre mi piel. Las

noches en el hotel. Sus palabras. "Eres diferente, Patricia. Contigo todo es diferente."

Una risa amarga escapa de mi garganta. ¿Diferente? Sí, claro. Soy una de esas tontas que cae rendida ante él, que se deja engañar no solo con un disfraz de tigre, sino también en un viaje de negocios, solo para que él pueda deshacerse de mí después. Me presentó como su pareja, pero ¿desde cuándo pareja significa novia? Además, era su primo, ¿y quizás él incluso estaba al tanto de sus juegos? Con esa familia, no se puede descartar nada.

Se siente como si un sueño hubiera estallado, como un globo. Debería haberlo sabido mejor e intento convencerme de que no significó nada y que yo también solo quería "eso". Pero mi cuerpo no se deja engañar. Mi estómago se contrae mientras imagino cómo brindan con un exquisito champán sin alcohol por el embarazo, cómo se ríen y... Dejo la taza de té antes de que mis manos temblorosas la dejen caer. Una nueva lágrima rueda por mi mejilla. La limpio con rabia.

Mierda, ¿por qué duele tanto? Mi mirada cae sobre la blusa que cuelga del respaldo de la silla. Una blusa blanca con pequeñas flores azules. Este tipo de ropa debería haberme protegido de una tontería como esta. El departamento de recursos humanos me había advertido, sin entrar en detalles. Y aun así caí rendida ante él. Justo como Ellen antes que yo. Pero ¿qué tiene ella que yo no tenga? ¿Por qué va a tener un hijo con ella y yo estoy aquí sentada y...?

Mi barbilla comienza a temblar mientras miro fijamente el televisor que está encendido de fondo. La repetición de *LOL - Last One Laughing* está pasando por la pantalla. Todos se están divirtiendo inmensamente y me parece que incluso los participantes allí se están riendo de mí, aunque el objetivo en este programa es precisamente no reírse. Pero supongo que mi situación es simplemente demasiado cómica para ellos.

Aparto la mirada. Las lágrimas fluyen por mis mejillas. Ya no puedo contenerlas. Intento calmar mi respiración, intento convencerme de que no soy una niña tonta que se atrevió a soñar con el gran amor, especialmente cuando me besó públicamente en la gala de Nueva York. Sin embargo, solo fui una pequeña diversión para él.

Otra lágrima rueda por mi mejilla mientras pienso en lo que debo hacer ahora. ¿Puedo simplemente seguir trabajando como antes? ¿Debería renunciar? ¿Hacerle el favor y desaparecer de su vida? Pero entonces, ¿cómo pagaré el alquiler y las facturas?

Afuera empieza a llover. Gruesas gotas golpean contra mis ventanas. Me imagino cómo lavan todas las huellas de Nueva York. Los besos, los toques, las promesas. Todo se va. Como si nunca hubiera sucedido.

Con cuidado, levanto mi taza con el té humeante, tomo un sorbo y...

¡OH DIOS!

Tengo que toser terriblemente porque me he atragantado. Es ese tipo de tos en la que por un momento piensas que nunca volverás a respirar y cuando termina, siento cómo mi pequeño corazón todavía late con fuerza y cómo me invade otra ola de tristeza, más intensa que todas las anteriores. Sollozando prácticamente, apago el televisor cuando vuelvo a escuchar esa risa tonta, me levanto y camino nerviosamente de un lado a otro en la sala de estar.

En algún momento, este ataque de llanto termina y me siento infinitamente vacía y totalmente agotada. Pienso en la noche que se avecina y me pregunto cómo podré siquiera pegar un ojo, si ya tengo un colapso emocional por una simple tos.

Recuerdo las pastillas para dormir que Josie me trajo hace unos meses, cuando no podía dormir por la emoción. Qué ingenua y tonta era entonces. Por un momento pienso en llamar a Josie. Pero sé que hoy está fuera de la ciudad por trabajo. Me lo envió por mensaje esta mañana. Además, no quiero agobiarla siempre con mis preocupaciones. Ella siempre está ahí para mí y seguramente tiene sus propios problemas. Pero últimamente parece que todo gira en torno a mí.

De nuevo, siento que estoy al borde de las lágrimas. Esta vez, porque me considero una mala amiga. Quizás las pastillas para dormir sean realmente una buena idea. Al menos puedo comprobar si aún están ahí. Aparto la manta, me levanto y camino lentamente sobre piernas temblorosas hacia el baño.

Allí, abro rápidamente el pequeño botiquín sobre mi lavabo, sobre todo para evitar ver mi reflejo con el maquillaje corrido y las ojeras. Examino las etiquetas de los envases que he necesitado en algún momento y luego he dejado aquí. Algunas ya han caducado. Tal vez debería hacer limpieza aquí, como en mi vida, y entonces...

Entonces mi mirada cae sobre el paquete de píldoras. Me quedo paralizada. Algo no está bien. Mi cerebro tarda un momento en comprender lo que veo. El paquete está casi vacío, pero... miro la fecha que anoté en él. Esto no puede ser.

—No —susurro—. No, no, no...

Con dedos temblorosos, cuento los días. Pienso en la gala de Valentine, la noche, Nueva York. El vuelo. El estrés.

—Esto no puede ser —me digo a mí misma y, sin embargo, sé que es verdad—. Esto no puede estar pasando.

Cuento de nuevo, pero el resultado es inequívoco: debo haber omitido algunos días, haberlos olvidado.

—¡Mierda! —grito y golpeo la pared con el puño. El dolor me hace recobrar el sentido por un momento.

En el cajón inferior hay una prueba de embarazo. Josie también me la trajo en aquel entonces, junto con las pastillas para dormir, en las que ya ni siquiera pienso. "Por si caes rendida ante tu jefe", dijo guiñando un ojo. Era una broma y un pequeño detalle atrevido de su regalo por mi nuevo trabajo. Ninguna de las dos sospechaba entonces que alguna vez se haría realidad.

Mis manos tiemblan tanto que apenas puedo abrir el paquete. Leo algo sobre prueba de embarazo temprano, reviso las instrucciones de uso, pero casi no puedo leer ninguna palabra porque estoy temblando por todo el cuerpo y apenas puedo contener las lágrimas.

Los tres minutos de espera son los más largos de mi vida. Me siento en el borde de la bañera, mirando fijamente la pequeña varilla de plástico en mi mano e intento respirar con calma.

—Por favor, no —suplico—. Por favor, por favor, no.

Pero a la prueba no le importan mis súplicas. La segunda línea aparece. Clara y definida. Positiva.

—No —exhalo. La prueba se me cae de las manos. Mis piernas ceden y me deslizo por la bañera hasta el frío suelo de baldosas.

Embarazada. Estoy embarazada. De Ryan. Quien también espera un hijo de su ex asistente.

Una risa histérica surge dentro de mí. Esto debe ser una broma de mal gusto. Una pesadilla. En cualquier momento me despertaré y...

—Oh, Dios. —La realización me golpea como un puñetazo—. ¡Oh, Dios mío!

Acerco mis rodillas al pecho y empiezo a sollozar sin control. ¿Qué voy a hacer? ¿Qué voy a hacer?

Las lágrimas corren por mi rostro, goteando sobre mi camiseta. Mis hombros tiemblan. No puedo dejar de llorar.

Ryan será padre. Dos veces. De dos asistentes diferentes. Como en uno de esos reality shows baratos. Solo que esto es mi vida. ¡Mi maldita vida!

El sonido de la lluvia se filtra amortiguado a través de la pequeña ventana del baño. El constante tamborileo de las gotas se mezcla con mis sollozos en una melodía surrealista.

De repente, otro sonido rompe el silencio.

Mi cabeza se levanta de golpe. ¿Fue eso...?

Ahí está de nuevo. El timbre de mi puerta.

Mi corazón se salta un latido.

¿Tal vez solo mi vecina? ¿O Josie? O...

Capítulo 22

Ryan

Me limpio la lluvia de la cara mientras estoy de pie frente a la puerta de entrada del edificio de apartamentos donde acabo de estacionar. Es una de esas típicas casas estrechas de los suburbios de Boston, de construcción angosta, de ladrillo, con la pintura roja descascarándose en algunos lugares, el pequeño jardín delantero podría necesitar algo de cuidado, pero de alguna manera la casa tiene carácter.

Miro los nombres en los timbres, ella vive en el tercer piso. Mi mano se cierne sobre el timbre. Dudo. ¿Me abrirá después de lo que escuchó antes en mi oficina? ¿Siquiera está en casa?

No importa. Estoy decidido a hacer esto y explicarle todo. Encontrar la dirección fue fácil, una rápida mirada al archivo electrónico del personal. Pero el viaje hasta aquí, a través del tráfico de la hora punta de Boston, me dio demasiado tiempo para pensar. Sobre nosotros. Sobre ese incidente en la oficina con Ellen. Sobre cómo voy a explicar todo esto y cómo continuará después, y qué dirá ella cuando...

Cierro los ojos por un momento. Los recuerdos de la gala, de nuestro baile, de su suave piel bajo mis manos, de las noches en el hotel. Eso fue diferente a todo lo anterior y no quiero perderlo. No por culpa de mi ex asistente, que aparece en mi oficina con un montón de mentiras.

Como por casualidad, la puerta se abre porque otro residente del edificio está saliendo, interrumpiendo mis pensamientos. Me mira en silencio mientras abre su paraguas, me sostiene brevemente la puerta y luego desaparece rápidamente. Lentamente subo las escaleras en el estrecho hueco de la escalera, cuyas paredes también podrían necesitar una nueva capa de pintura.

Entonces estoy frente a su puerta. Mi dedo presiona el timbre. El agudo sonido resuena en el apartamento.

Sin reacción.

Toco el timbre de nuevo. Esta vez escucho ruidos desde dentro. Pasos. Vacilantes, lentos.

La puerta se abre una rendija.

—Patricia —digo en voz baja.

Se ve terrible. Sus ojos están rojos e hinchados, el rímel corrido. Lleva un suéter demasiado grande y parece tan vulnerable que me rompe el corazón.

—¿Qué quieres aquí? —Su voz es áspera.

—Necesito hablar contigo. Por favor. —Doy un paso hacia ella—. Lo que escuchaste... no es lo que piensas.

—¿No? —Se ríe amargamente—. Tu ex asistente está embarazada. ¿Qué hay que malinterpretar ahí?

—Déjame entrar. Te lo explicaré todo.

Duda, luego abre la puerta un poco más, pero no retrocede y me da a entender que no debo entrar. Solo ahora me doy cuenta de lo mojado que está mi saco por el corto camino del coche a la puerta y me paso la mano nerviosamente por el pelo, que también está bastante mojado. Debo parecer un perro empapado. Y así es como me siento.

Miro hacia el pequeño pasillo, las paredes pintadas de un cálido amarillo. Hay algunas fotos enmarcadas colgadas allí, Patricia con una mujer de pelo oscuro, probablemente su amiga del baile.

—Patricia. —Extiendo mi mano hacia ella, quiero abrazarla, decirle que todo estará bien.

Ella retrocede. —No.

—Por favor. Déjame explicar. Candy... quiero decir Ellen y yo... eso fue hace mucho tiempo. Ella es de otra época. Yo era una persona diferente entonces. Yo... En cualquier caso, ella no está embarazada. Yo... Quiero decir, nunca tuvimos sexo como... tú y yo... nosotros. Fue...

—¿Qué? —espeta Patricia y cruza los brazos. Mierda, no puedo decirle que esa mujer solo hacía felaciones en ese entonces. Claro, Patricia y yo no estábamos juntos, pero decírselo a la cara mientras ella está obviamente bastante alterada, simplemente no puedo hacerlo ahora mismo.

—Lo siento. Antes era un verdadero imbécil, yo... Ellen no está embarazada. Está mintiendo. Ella misma lo admitió. Solo quería endilgarme el niño. Y además: lo que está pasando entre nosotros, es real. Tú eres diferente, Patricia. Tú eres...

—¡Para! —Se presiona las manos contra los oídos—. ¡Deja de querer engatusarme!

—¡Es la verdad!

—¿La verdad? —Su voz casi se quiebra—. ¿Quieres la verdad? ¡Aquí está!

Mete la mano en el bolsillo de sus vaqueros y me arroja algo. Por reflejo, lo atrapo.

Una prueba de embarazo.

Me quedo mirándola y no puedo creer lo que veo. Dos rayas. Positivo. Como el de Ellen. Esto no puede ser verdad.

—Esto... esto es una broma de mal gusto, ¿verdad? —Mi voz suena extraña en mis propios oídos.

Los ojos de Patricia se abren con incredulidad. —¿Qué acabas de decir?

—Vamos —me río amargamente—, esto no puede ser una coincidencia. ¿Dos embarazos en cuestión de horas de dos mujeres diferentes? ¿Hay alguna guía por ahí sobre 'Cómo conseguir dinero de Ryan Valentine'?

—Tú crees... —Da un paso atrás, como si la hubiera golpeado—. ¿Piensas que estoy mintiendo? ¿Que me lo he inventado? ¿Para conseguir tu dinero?

—No, yo... —Pero las palabras se me atrancan en la garganta y lamento profundamente lo que acabo de decir. Estaba tan conmocionado. Conduje todo el camino hasta aquí, cancelé mis citas del almuerzo, solo para ser confrontado de nuevo con un embarazo.

—Lo siento, eso fue grosero, no debería haberlo dicho así, no es...

—Vete. —Su voz tiembla de ira—. Desaparece de aquí.

—Patricia, espera...

—¡LÁRGATE! —Ahora está gritando, las lágrimas corren por sus mejillas—. ¿Vienes aquí, quieres contarme no sé qué sobre 'lo siento', y luego me acusas de algo así? ¡Lárgate!

—Solo quiero... —Me arrebata la prueba de la mano y me cierra la puerta en las narices. El eco resuena por el pasillo.

—¡Patricia! —Golpeo la puerta—. ¡Por favor, hablemos de esto! ¡Salió mal! ¡Lo siento!

—¡Lárgate! —Su voz suena amortiguada a través de la puerta.

—¡No, así no! ¡Tenemos que aclarar esto! —Sigo golpeando—. ¡Patricia, por favor! Si realmente estás embarazada... —Vuelvo a llamar a su puerta—. Por favor, abre. —Golpeo de nuevo, esta vez aún más fuerte que antes.

—¿Qué está pasando aquí?

Me doy la vuelta. Una mujer mayor está en la puerta de enfrente, con una bata floreada. Su pelo gris está recogido en un moño apretado.

—Solo un pequeño problema interpersonal —digo mientras me vuelvo hacia la puerta—. ¡Patricia!

—Oh, claro que sí me incumbe. —La mujer da un paso hacia el pasillo—. La niña vive aquí desde hace tres años y nunca la había visto tan alterada. Así que o se va ahora mismo, o llamo a la policía.

—Escuche... —Me giro hacia ella, con una mano aún en la puerta—. Este es un asunto privado entre yo y...

—¿Entre usted y la querida señorita Simmons, que evidentemente quiere que la dejen en paz? ¿Qué es usted? ¿Un acosador? —Saca su teléfono móvil del bolsillo de la bata—. Le doy exactamente un minuto.

—No lo entiende...

—Cincuenta y ocho segundos.

Trago saliva con dificultad. Lo último que necesito ahora es una intervención policial. La prensa se abalanzaría sobre eso como buitres.

—Está bien. —Levanto las manos—. Me voy.

—Sabia decisión. —La mujer me observa con los ojos entrecerrados mientras bajo las escaleras.

Afuera, el viento frío y la lluvia me golpean la cara. Me quedo quieto un momento, mirando hacia arriba, hacia donde supongo que está el apartamento de Patricia. Ni luz, ni movimiento.

¿Y si realmente está embarazada?

La pregunta me golpea como un puñetazo en el estómago. Por supuesto que está embarazada. Patricia nunca inventaría algo así. No es ese tipo de persona. Es honesta, cariñosa y yo la he acusado de mentir.

—Mierda. —Entro en mi coche y golpeo furioso el volante—. Mierda, mierda, mierda.

Solo ahora me doy cuenta de cuánto significa ella para mí. No es simplemente una asistente cualquiera. Es alguien especial. ¿No pude o no quise verlo?

Y sobre todo: ¿Qué debo hacer ahora para demostrárselo?

Tendría que hablar con mi padre. Él, por supuesto, se sentiría confirmado. El gran Ryan Valentine, que ha logrado embarazar a dos de sus asistentes. La prensa se volvería loca y probablemente no importaría que Candy esté mintiendo, porque simplemente sería un buen titular.

Pero eso no es lo peor. Lo peor es pensar en Patricia, sentada sola ahora en su apartamento. Llorando. Embarazada. De mí. Y pensando que soy un grandísimo imbécil. En lo que, de alguna manera, tiene razón.

Entonces se me ocurre una idea. Arranco el coche y me pregunto si podría funcionar de esta manera. Mis últimas ideas al respecto no han sido precisamente coronadas por el éxito. Pero esta vez lo lograré.

Eso espero, al menos. Porque esta mujer, Patricia, no se me va de la cabeza. No puedo dejar las cosas así. No puedo. Y no quiero.

Capítulo 23

PATRICIA

A la mañana siguiente

Los cereales en mi cuenco de muesli están reblandecidos desde hace tiempo, pero sigo removiéndolos sin ganas y mirando por la pequeña ventana de la cocina, contra la que golpean suavemente las gotas de lluvia, que luego se deslizan por ella y me recuerdan las muchas lágrimas de la noche anterior.

Pero en algún momento pareció que me había quedado sin lágrimas, me sentía vacía por dentro y debí quedarme dormida después de que las palabras de Ryan en respuesta a la prueba de embarazo siguieran dando vueltas en mi cabeza. "Esto... ¿esto es una broma de mal gusto, verdad?"

Tomo otra cucharada, me obligo a comer y a alejar ese pensamiento. Pero el hambre no aparece, en su lugar mi estómago se revuelve al pensar que casi le había creído y que hasta hace poco pensaba que él y yo podríamos tener algún tipo de futuro.

Aparto el cuenco y apoyo la cabeza en mis manos. Seguramente no fue la mejor decisión soltarle la prueba de embarazo así sin más. Pero estaba tan enfadada, tan increíblemente enfadada. Incluso si esa Ellen, esa Candy o como él la llame, si ella está mintiendo, eso no excusa su reacción. Esa no es la manera de "ir despacio". Esto es...

Mi teléfono vibra. Un mensaje de Josie.

¿Cómo estás? ¿Quieres que pase por ahí?

Estoy bien, tecleo en respuesta. No es del todo cierto. No estoy bien. Para nada. Estoy hecha polvo. Pero me invade la culpa porque ayer no pude aguantarme y le envié un larguísimo mensaje de voz explicándole la situación.

Tengo que ir a trabajar ahora. ¿Tienes tiempo más tarde?, añado

Para ti siempre. Llámame, hoy tengo el día libre. Estoy aquí para ti.

Le envío un *GRACIAS* y un emoticono de beso, dejo el teléfono a un lado y pienso en la decisión que he tomado. La idea me vino ayer, justo después de cerrarle la puerta en las narices. Al principio la aparté, pero cuando las lágrimas y la rabia se calmaron un poco, me di cuenta de que era lo correcto: voy a dimitir. Simplemente voy a poner punto final a toda esta historia. A Ryan Valentine. Y luego intentaré poner mi vida en orden de alguna manera, aunque ahora mismo no sepa cómo.

Pongo el cuenco de cereales con leche, apenas tocado, en el fregadero, voy al dormitorio a vestirme y paso más tiempo de lo habitual frente al espejo del baño para disimular mis ojos hinchados. Hoy me enfrentaré a él por última vez. No quiero que me vea débil. De ninguna manera. Sé que podría simplemente enviar una carta, pero una parte de mí quiere decírselo a la cara. Al menos quiero tener esa última satisfacción.

Con dedos temblorosos, agarro mi bolso. La prueba de embarazo está ahí, donde la metí ayer. Dos líneas claras. No es una falsificación. No es un intento de conseguir su dinero. Es simplemente la verdad. No es que la necesite, es más bien un recordatorio, una constante memoria de que estoy haciendo lo correcto.

El viaje al trabajo me parece interminable. Cada semáforo en rojo es una tortura, porque me da tiempo para pensar. Tiempo para pensar en su cuerpo perfecto y en que vino especialmente para disculparse. Pero no puedo, no puedo seguir dejándome engañar por él.

En el vestíbulo de la Torre Valentine bajo la mirada, no quiero leer la declaración de misión, no quiero mirar a nadie a los ojos y apenas escucho cuando alguien en el ascensor hacia el piso 72 me cuenta algo sobre el éxito de la gala Valentine.

¡Éxito! Qué va. Ahí fue donde empezó realmente todo este fiasco.

Salgo del ascensor, me dirijo a mi escritorio por última vez. Mi corazón late con fuerza. Las voces de la duda son más fuertes que nunca. Pero aún tengo tiempo de recomponerme, porque los jueves a las 9 siempre tiene la reunión semanal con sus hermanos y nunca está en su sitio antes de las 12 y...

—¿Patricia? —Su voz me sobresalta. Ahí está. En el marco de la puerta de su oficina. La corbata ligeramente aflojada—. ¿Podemos hablar?

Trago saliva con dificultad. ¿Por qué no está en su reunión? Esto no era lo que había planeado. Yo quería ser la que lo sorprendiera. No al revés.

—Por favor —añade cuando no respondo.

A regañadientes, lo sigo a su oficina. Cierra la puerta detrás de nosotros, pero en lugar de apoyarse en su escritorio como suele hacer, se queda cerca de mí.

—Lo siento —dice en voz baja—. Mi reacción de ayer... no estuvo bien.

Cruzo los brazos sobre el pecho, intento ser fuerte y espero que no se note que mi barbilla ya empieza a temblar ligeramente. —Si tú lo dices —digo, intentando sonar indiferente.

—Estaba... en shock. Perturbado. Primero Ellen, luego tú... —Se pasa la mano por el pelo—. Pero eso no es excusa para haberte comparado con ella y haber reaccionado así cuando me enseñaste la prueba. Por favor, perdóname.

Nos miramos en silencio, asiento débilmente, busco las palabras y me pregunto si puedo dejar pasar esto así sin más. ¿Sería lo correcto? Pero entonces, ¿qué?

—¿Qué pasa con ella? ¿Erais pareja? —pregunto en su lugar, aunque no estoy segura de querer oír la respuesta.

Ryan suspira profundamente. —Ellen... eso fue... maldita sea, fue hace meses. Puede sonar estúpido, pero yo era una persona diferente entonces. Nunca tuvimos sexo de verdad. —Se sonroja. ¿Le da vergüenza? Casi parece que sí—. Solo fueron... felaciones en la oficina. —Vuelve a hacer una pausa y evita mi mirada. Maldita sea, ¿es posible que el gran Ryan Valentine esté realmente avergonzado por esto?

—Fue estúpido y poco profesional, lo sé. Y me siento terrible contigo. Pero quiero ser honesto y esa es la verdad, por eso sé que ella está mintiendo sobre el embarazo. Al menos, no es posible que esté embarazada de mí. Y lo admitió directamente antes de que la echara.

Lo miro fijamente. Me duele un poco imaginarme lo que hicieron juntos. Pero eso fue antes de mi tiempo y no puedo asumir que Ryan Valentine fuera un ángel antes de que nos conociéramos. Yo tampoco lo era. Sin embargo, la sinceridad en su voz, esta honestidad: no es lo que esperaba. —¿Por qué me cuentas esto?

—Porque quiero ser honesto contigo —da un paso hacia mí—. Porque eres importante para mí. Más que importante. Me... me gustaría invitarte a cenar esta noche. Solo para hablar, nada más. Hablaré con mi padre antes, aclararé todo.

—Ryan... —niego con la cabeza—. En realidad, vine aquí para renunciar. Para terminar con todo esto.

Se estremece como si lo hubiera golpeado. —Lo entiendo —dice después de una larga pausa—. Si es lo que quieres... No te detendré.

—No sé lo que quiero —las palabras salen de mis labios antes de que pueda detenerlas.

—Entonces hablemos. Esta noche. Por favor —sus ojos buscan los míos—. Sobre todo.

Miro mis manos, que tengo entrelazadas con fuerza. —Tengo que pensarlo.

—Por supuesto —asiente—. Tómate tu tiempo. Yo... estaré aquí. Tómate el día libre, piénsalo. Está... está bien —dice en voz baja, demasiado baja para el poderoso CEO Ryan Valentine.

¿Me he equivocado tanto con él? ¿Significo más para él de lo que había asumido? ¿Mi sueño no era tan tonto después todo?

Pero no quiero ceder, asiento, le dedico una sonrisa fina, doy media vuelta y me pregunto si puede ver cómo casi tiemblo en todo el cuerpo mientras salgo de su oficina y me dirijo hacia el ascensor. Resisto el impulso de mirar atrás y me alegro de que el ascensor llegue de inmediato, pueda entrar y las puertas se cierren.

En el viaje hacia abajo me siento extrañamente aturdida. Mi plan cuidadosamente elaborado para renunciar yace en ruinas. ¿Y ahora qué? Atravieso el vestíbulo y cuando llego al aire fresco, busco mi teléfono en mi bolso, primero encuentro la prueba de embarazo, que aparto rápidamente antes de que ese extraño sentimiento se extienda de nuevo en mí. Luego tengo el dispositivo en la mano y...

SPLASH

El sonido viene de mi zapato derecho, con el que he pisado un charco de agua e instintivamente retrocedo. Miro hacia abajo y mis pensamientos inmediatamente vuelven a dar vueltas sin que pueda evitarlo. Pienso en el calcetín mojado de aquel día, en cómo me sequé el pelo en su baño privado, en el zapato con el que descubrió que yo era la del disfraz de tigre, en la noche salvaje en la que hicimos el amor apasionadamente, en Nueva York y la gala donde me besó, en las noches en el hotel, en...

—Maldita sea —murmuro, tratando de apartar los pensamientos y miro mi teléfono.

—¿Tienes tiempo? Necesito hablar contigo urgentemente. Necesito tu consejo —digo.

—Por supuesto, cariño. ¿Cuándo y dónde?

***

Media hora después, estoy sentada frente a Josie en nuestro café favorito, que está en el borde del Distrito Financiero de Boston y desde donde se puede ver la punta de la Torre Valentine. La pequeña mesa entre nosotras está sobrecargada con dos grandes capuchinos y un plato de muffins de arándanos que Josie ha pedido, aunque yo no tenga hambre.

—Tienes que comer algo —dice y me empuja uno de los muffins—. Piensa también en el bebé.

Solo la palabra hace que mi estómago se contraiga. —Josie, es realmente demasiado pronto para eso, y además...

—¿Además qué? —pregunta y da un sorbo a su café.

Niego con la cabeza. —Nada —las palabras se me atascan en la garganta. ¿Cómo podría decirle a Josie que ni siquiera sé si quiero tener el bebé? Apenas puedo manejar mi vida, ¿cómo puedo ser una buena madre? Independientemente de eso, ahora mismo no quiero hablar sobre ese tema, sino sobre el nuevo desarrollo en la oficina, la invitación a cenar y mi plan original de renunciar.

—Bueno —dice y se inclina hacia adelante—. Cuéntame exactamente qué pasó.

Le cuento sobre el encuentro con Ryan, su disculpa y la invitación a cenar y la historia con Ellen. Cuando menciono los trabajos orales, Josie hace una mueca.

—Hombres —murmura—. Pero al menos fue honesto.

—Sí —revuelvo mi capuchino—. Eso también me sorprendió.

—¿Y ahora quiere invitarte a cenar? ¿Para hablar?

Asiento.

—¿Y? ¿Vas a ir?

—No lo sé —rompo un pedazo del muffin, pero no me lo como, solo lo empujo por el plato—. Quiero decir, ayer quería renunciar. Terminar con todo. Y ahora...

—Y ahora estás confundida —completa Josie mi frase—. Es normal. Pero Pat, seamos honestas: él es el padre de tu hijo. ¿No merece una segunda oportunidad?

—Tal vez —miro fijamente las migas del muffin en el plato y pienso que eso no sería relevante

si decido no tener el bebé—. Pero ¿y si todo esto es un error? ¿Si no estoy lista para... todo esto?

—¿Quién lo está? —Josie extiende la mano por encima de la mesa y aprieta la mía—. Nadie está realmente preparado para algo así. Pero eres más fuerte de lo que crees.

—¿Lo soy? —mi voz suena débil—. Ayer todavía estaba llorando como una adolescente.

—Oye, esa fue una reacción completamente normal —sonríe alentadoramente—. Pero hablando en serio: Ryan se disculpó. Quiere hablar contigo. Quiere aclarar el asunto con su padre, porque seguramente no es normal que el CEO salga con su asistente. Eso no suena como alguien a quien no le importas.

—No —admito—. No lo parece.

—¿Y qué tienes que perder? Una cena, nada más. Si se comporta como un idiota, siempre puedes irte.

Pienso en su mirada esta mañana, en la voz suave con la que habló. Nunca lo había visto tan inseguro. —Probablemente tengas razón.

—Por supuesto que la tengo —me guiña un ojo—. Siempre tengo razón —sonríe y toma aire—. Bueno, quizás eso sea un poco exagerado.

Le devuelvo la sonrisa, la abrazo y simplemente me alegro de que exista.

—¿Y si... —respiro profundamente—, y si no puedo con todo esto? Lo del bebé y eso.

La mirada de Josie se vuelve seria. —Pat, no tienes que precipitarte. Primero habla con él. Tienen tiempo para tomar decisiones. Creo que lo importante sería tomarlas juntos. Cualesquiera que sean.

—¿Entonces? —me acerca aún más el muffin—. ¿Irás?

Saco mi teléfono del bolso y miro fijamente la pantalla negra. —Probablemente debería.

—No probablemente. Definitivamente —señala el teléfono—. Vamos, escríbele.

Con dedos temblorosos, desbloqueo la pantalla. Y le escribo. Su respuesta llega en cuestión de segundos. *Me alegro mucho. ¿Punto de encuentro: 20:00, Pietro's?*

—¿Pietro's? —Josie espía mi pantalla—. ¿Es ese nuevo restaurante italiano, verdad? Muy

elegante.

—Sí —tecleo en la pantalla, borro, vuelvo a escribir.

—Envíalo ya —insiste Josie—. Antes de que cambies de opinión.

De acuerdo. 20:00. Hasta entonces. Su respuesta llega de inmediato: *Gracias. Realmente me alegro.*

—¿Ves? —Josie sonríe radiante—. No fue tan difícil —luego me mira—. Y ahora come algo, Pat. Aunque sea un poquito, ¿eh?

—Está bien —digo, muerdo el muffin de arándanos y debo admitir que sabe realmente bien. Muy bien, de hecho. Quizás es simplemente que mi apetito está volviendo, porque hay un nuevo sentimiento que se extiende dentro de mí. La idea de no haber huido. Incluso si Josie fue un poco brusca, tiene razón. Al menos puedo hablar con él una vez más. Y luego decidir cómo continuar. Conmigo. Con el trabajo. Con el bebé y... con nosotros... Si es que todavía existe un *NOSOTROS.*

Capítulo 24

Ryan

En el piso 73.

—¿Tiene cita, señor Valentine? —me pregunta la señorita Bennet, la asistente algo anticuada de mi padre, mirándome por encima del borde de sus gafas.

—¿Una cita? ¿Para hablar con mi padre? —pregunto bruscamente, ignorándola mientras paso junto a ella y abro la pesada puerta de su oficina. Sus protestas me dan igual. Ni siquiera escucho realmente y cierro la puerta tras de mí. No se atreverá a interponerse en el camino del CEO de esta empresa. Además, el asunto no puede esperar. Tengo que hablar con él AHORA. Decirle lo que pienso hacer y que su opinión me importa un bledo. Después de todo, no soy un adolescente que tiene que informar a sus padres que ha metido la pata. Soy el maldito CEO y simplemente le estoy INFORMANDO, de lo cual debería sentirse afortunado.

—¿Padre? —pregunto al ver la silla vacía detrás del escritorio masivo. ¿Dónde está? Según el calendario, no tiene citas.

—¿Ryan? —Me doy la vuelta. Mi madre está en la puerta con una taza de té en la mano. Lleva un traje azul oscuro y su cabello gris está recogido en un moño impecable, como siempre.

—¿Mamá? ¿Qué haces aquí?

—Tu padre está en una reunión. Con Ethan... por ese asunto... —Se acerca, examinándome con sus vivaces ojos azules.

—¿Qué asunto? —pregunto frunciendo el ceño. ¿De qué está hablando? Él no me ha dicho nada.

—Nada importante. Ethan te lo dirá cuando... —Se detiene—. Pero parece que necesitas hablar con alguien.

—¿Tan obvio es?

Sonríe cálidamente.

—Soy tu madre. Veo estas cosas. —Se sienta en una de las sillas para visitantes—. Ven, siéntate conmigo.

Dudo un momento, luego tomo asiento a su lado.

—¿Y bien? —Toma un sorbo de su té—. ¿Qué te trae por aquí?

—Es complicado —suspiro.

—La vida es complicada —responde—. Pero para eso está la familia.

Me paso la mano por el pelo, un hábito que siempre ha criticado en mí.

—Se trata de...

—¿Una mujer? —pregunta sabiamente.

La miro sorprendido.

—¿Cómo...?

—Ryan, cariño. —Sonríe con indulgencia—. Te conozco desde hace mucho...

—Mamá, ¿sabes qué? Creo que no fue buena idea venir aquí, además tengo otra cita y en realidad no es importante —digo, levantándome de la silla y queriendo irme de inmediato.

¿Qué clase de idea de mierda fue venir aquí y hablar con mi padre? Puedo considerarme afortunado de que no esté aquí ahora y que solo me haya encontrado con mi madre. ¿Qué tengo que decir en realidad? ¿Que me acosté con mi secretaria y que está embarazada de mí y que no tengo idea de dónde estamos ahora? Eso suena como un maldito adolescente.

—Ryan. —Su voz se vuelve seria—. Tu padre siempre te apoyará. Lo sabes. Pase lo que pase. —Pone su mano sobre la mía—. Y no olvides, el domingo es nuestra reunión familiar. Tal vez sería una buena oportunidad...

—Mamá —la interrumpo—. Creo que primero tengo que aclarar algo antes de... bueno, ya sabes

—digo evasivamente.

—Por supuesto, por supuesto. —Hace un gesto con la mano, pero veo la sonrisa pícara en las comisuras de su boca—. Solo digo... Mi strudel de manzana siempre ha sido tu pastel favorito. Y tal vez a ella también le guste...

—¡Mamá!

Ella ríe suavemente.

—Está bien. Pero en serio, Ryan. Si ella es tan importante para ti como sospecho, entonces lucha por ella. La vida a veces nos ofrece regalos inesperados. Solo hay que tener el coraje de aceptarlos.

Mi teléfono vibra en mi bolsillo. Cuando lo saco, veo el nombre de Patricia en la pantalla y la confirmación para esta noche. Mi corazón da un salto.

—El mensaje debe ser de ella, ¿eh? Rara vez se te ve sonreír así —dice mi madre con una sonrisa conocedora.

—Hasta pronto, madre —digo. Nos despedimos y me alegro de que no tenga el tipo de persistencia de papá, quien habría insistido en que le contara todo. Me apresuro a bajar y leo el mensaje de nuevo.

Funciona. Ha aceptado. Esta noche a las 8 en Pietro's. Mis dedos tiemblan ligeramente mientras respondo. Pero cuando la alegría se desvanece, siento que la incertidumbre se apodera de mí. Mierda, ¿qué voy a decir? ¿Cómo puedo mostrarle que voy en serio? ¿Que significa más para mí que cualquier otra antes? ¿Me creerá? ¿Y qué digo sobre el tema del embarazo? ¿Tal vez nada por ahora? Quizás sea mejor así, porque en este momento no puedo imaginarme siendo padre. Y mucho menos uno bueno.

Pero ahora lo importante es una cosa: ella viene. Y puedo decirle lo que siento por ella.

Porque eso lo tengo claro. ¿O no?

***

19:55 horas.

Estoy frente al Pietro's tratando de controlar mi nerviosismo. El restaurante es elegante, pequeño, familiar y está escondido en una calle lateral. La mejor cocina en una atmósfera acogedora y por

lo tanto perfecta para esta noche.

—¡Señor Valentine, bienvenido! —me saluda Giovanni, el dueño—. Su mesa está lista. La mejor de la casa, como solicitó.

Me lleva a un rincón escondido, protegido por enredaderas y luz tenue.

—¿Un trago para empezar? ¿Un bourbon? —me pregunta.

—No, estoy esperando a mi acompañante —digo.

Los minutos pasan y cuando son las 20:02, me pregunto por tercera vez si estoy siendo plantado por primera vez desde que tengo memoria. Siento el hormigueo en el estómago, la sensación de que apenas podría soportarlo y no sabría si alguna vez volvería a...

Pero entonces las dudas se desvanecen. Porque ahí está ella. La veo entrar por la puerta y mirar alrededor. Lleva un vestido negro, sencillo y elegante. Su cabello cae en suaves ondas sobre sus hombros. Mi corazón se acelera.

—Hola —dice en voz baja mientras Giovanni la conduce a la mesa.

—Hola —me levanto, inseguro de cómo saludarla mejor. ¿Un beso en la mejilla? Mierda, ¿por qué estoy tan inseguro? Me abstengo y en su lugar intento un cumplido—. Te ves hermosa.

Un suave rubor cubre sus mejillas. —Gracias.

Giovanni nos trae los menús y una botella de agua. Patricia se queda con agua, yo pido una copa de vino tinto.

Ahora sería el momento de hablar. ¿Pero sobre qué? ¿Directamente sobre lo inevitable? ¿O tantear el terreno suavemente? Dios mío, normalmente no soy tan indeciso.

—Yo... He estado pensando y me di cuenta de que en realidad no sé nada sobre tus pasatiempos —pregunto, y una voz en mi cabeza dice: *¿En serio? ¿Pasatiempos? ¿Tienes 12 años y esta es tu amiga por correspondencia?*

Ignoro la voz, veo una leve sonrisa y tal vez ella también esté agradecida por un inicio de conversación inofensivo.

Sonríe. —Me gusta leer. Principalmente novelas históricas.

—¿De verdad? Eso es interesante. Pensaba que la mayoría leía thrillers o novelas románticas —respondo, esforzándome por mantener la conversación.

—También me gusta leer eso. Mucho, de hecho. Pero la historia me ha fascinado desde que era pequeña. Mi padre era profesor de historia.

—¿Era?

Su sonrisa se vuelve melancólica. —Falleció hace cinco años. Cáncer.

—Lo siento mucho.

—Está bien. Él me heredó el amor por los libros. ¿Y tú? ¿Qué haces cuando no estás siendo CEO?

Tengo que reír y me detengo un momento. Es agradable estar aquí. Con ella. Y conocerla más. Se siente bien. Correcto. En realidad, quiero saber más sobre su padre, su relación con él, pero ella ha cambiado de tema, quizás no quiera hablar de eso ahora. Tampoco es un tema fácil.

Llega la comida. Pasta para ella, ossobuco para mí. El aroma de las hierbas frescas llena el aire.

—Restauro autos antiguos —confieso—. En un garaje a las afueras de la ciudad. Solo mis hermanos lo saben.

—¿El gran Ryan Valentine arreglando autos? —Sonríe—. Nadie te creería eso.

—Por eso nadie lo sabe. Es relajante. Cuando tienes que tomar decisiones todo el día, es bueno hacer algo con las manos.

Comemos, hablamos, reímos. Me cuenta sobre su infancia en un pueblo pequeño, su primer trabajo en una librería, su gato llamado Shakespeare. Yo le cuento sobre mis hermanos, las caóticas reuniones familiares cada primer domingo del mes, mi primer auto restaurado por mí mismo.

El tiempo vuela. Cuando llega el postre —tiramisú, el mejor de la ciudad— me atrevo a dar el paso.

—Patricia —pongo mi mano sobre la suya—. Yo... quiero que sepas una cosa más.

Se pone seria. —¿Okay?

—Las últimas semanas... te has vuelto importante para mí. Muy importante. Y sé que la situación es complicada, pero... —respiro profundamente—, quiero conocerte. Conocerte de verdad. No como mi asistente, sino como la mujer extraordinaria que eres.

Guarda silencio por un momento. —Ryan, ¿estás seguro? Quiero decir, la empresa, tu posición, mi posición.

—Eso no me importa. Tú eres más importante para mí.

Su mano gira bajo la mía hasta que nuestros dedos se entrelazan.

El resto de la noche se difumina en una cálida sensación de cercanía e intimidad. Cuando más tarde estamos frente al restaurante, dudo.

—¿Puedo llevarte a casa?

Ella niega con la cabeza y me pregunto si tal vez fui demasiado atrevido, si quise demasiado demasiado rápido.

—Tomaré un taxi. Pero...

—¿Pero? —En lugar de una respuesta, se acerca más, mirándome directamente a los ojos. Me detengo. Luego me doy cuenta de lo que quiere. Me inclino hacia ella hasta que nuestros labios se encuentran. El beso es suave, tierno, lleno de promesas no dichas. Sus labios saben a tiramisú y esperanza. Mis manos encuentran el camino hacia su cabello, atrayéndola más cerca. Ella suspira suavemente contra mi boca.

Cuando nos separamos, sus ojos brillan a la luz de la farola. —Buenas noches, Ryan —susurra.

—Buenas noches.

La observo mientras sube al taxi y mucho después de que el auto haya desaparecido en la esquina, aún siento sus labios sobre los míos. Aparto el deseo, el deseo de más. De una noche como en el hotel en Nueva York. Pero tal vez sea mejor así, porque se siente como un comienzo. El comienzo de algo que es diferente a todo lo que he tenido antes. Y se siente correcto.

Ahora solo tengo que hablar con mi padre y con mis hermanos para acabar con esa tonta apuesta y entonces...

Entonces aún tenemos que hablar sobre el niño. En algún momento, al menos. El pensamiento hace que mi euforia se desvanezca.

Maldita sea, ¿qué le voy a decir? ¿Que me gusta, pero que no soy una figura paterna? Eso no va a caer bien, ¿verdad?

Capítulo 25

Patricia

El sol de la mañana se refleja en las fachadas de cristal de los rascacielos del Distrito Financiero de Boston y me hace cosquillas en la nariz mientras camino por State Street. Normalmente voy en coche o tomo el metro, como hoy. Pero me he bajado unas paradas antes porque el sol brilla. Y mi corazón también. Quería caminar un poco, no solo para recoger mi café en mi restaurante favorito y uno de esos muffins de arándanos que comí con Josie. Sobre todo, quería pensar. O mejor dicho, soñar.

Mis dedos se dirigen involuntariamente a mis labios. Es casi como si todavía pudiera sentir su beso. El beso de Ryan. ¿Cuántas veces me he desvelado esta noche pensando en ello? ¿Veinte veces? ¿Treinta veces? ¿Debería haberme ido con él? No, seguramente fue mejor así. Un beso, eso era todo lo que necesitábamos ayer y exactamente lo que podría cambiar el mundo de ambos para siempre.

Una pareja viene hacia mí, cogidos de la mano. Hace unos días, habría apartado la mirada con nostalgia. Hoy me imagino cómo sería caminar así por las calles con Ryan. Como pareja oficial.

—Tú eres más importante para mí —dijo él. No "Eres importante para mí" o "Veamos a dónde nos lleva esto", como en el aeropuerto. No más evasivas. No. "Más importante". Más importante que la empresa. Más importante que su reputación. Más importante que todo lo demás. Quiere hablar con su padre, quiere hacerlo todo oficial.

Me detengo en un semáforo en rojo y observo a los ejecutivos que cruzan apresuradamente la calle. ¿Cómo reaccionarán aquellos que trabajan para Valentine cuando se haga oficial? Ryan Valentine, CEO de Valentine Industries, y su ex asistente. ¿Tendrá razón Ryan y esto será noticia de primera plana? ¿O a la mayoría simplemente no le importará porque están demasiado ocupados corriendo de una cita a otra?

El semáforo se pone en verde y cruzo la calle mientras mis pensamientos siguen divagando.

¿Cómo será la conversación con su padre? Me imagino a Ryan entrando en la gran oficina del piso 73, erguido y seguro de sí mismo como siempre.

—Papá —diría—. Tengo algo importante que decirte.

Y entonces le hablaría de nosotros. De sus sentimientos y de cómo quiere conocerme, conocerme de verdad.

Una cálida sensación se extiende por mi pecho. Tal vez su padre incluso... Sacudo la cabeza ante mis propias ensoñaciones. Ahora me estoy imaginando al gran William Valentine dándome la bienvenida como nuera.

Pero, ¿por qué no? Ryan me ha hablado de las reuniones familiares. Cada primer domingo del mes, cuando todos se reúnen y su madre prepara café y pasteles.

—¡Cuidado! —grita alguien y esquivo apresuradamente a un mensajero en bicicleta. Tiene razón, debería concentrarme más en el camino, mis ensoñaciones están tomando proporciones absurdas. Además, parecen desarrollarse todas sin el bebé en mi vientre. Me digo a mí misma que es normal porque estoy en una etapa muy temprana del embarazo. Pero la verdad es que ayer no intercambiamos ni una sola palabra al respecto.

Aparto ese pensamiento cuando el edificio Valentine se alza frente a mí, brillando bajo la luz de la mañana. Mi corazón da un vuelco y las dudas se desvanecen. Aquí es donde lo conocí. En algún lugar allá arriba. ¿Estará pensando en la noche de ayer tanto como yo?

Entonces me detengo cuando una pequeña gota cae en la palma de mi mano entre el pulgar y el índice, con la que sostengo mi café. Luego otra. Y otra más. Miro hacia arriba y veo una pequeña nube oscura pasar y más allá en el horizonte, más nubes oscuras que se acercan. Qué extraño. No se había pronosticado lluvia para hoy.

Las gotas aumentan. Me apresuro y me alegro de encontrar pronto refugio bajo el gran toldo de cristal de la Torre Valentine y hurgo en mi bolso buscando mi tarjeta de acceso.

—Patricia Simmons, ¿verdad? —me pregunta una voz femenina. Levanto la cabeza y me quedo paralizada. Allí, justo frente a mí, está Ellen, su ex asistente, a quien a veces también llamaba Candy. Ese apodo me revuelve el estómago. Lleva un vestido rojo ajustado que es atrevido incluso para los estándares de oficina. ¿Qué hace aquí? Sus ojos me fijan como si me hubiera estado esperando.

—Necesito hablar contigo —dice suavemente.

Retrocedo. —Lo siento, no tengo tiempo para más de tus actuaciones —respondo, sintiendo

cómo mi corazón se acelera en mi pecho, mientras el aguacero pasa de ser un goteo cada vez más fuerte a una lluvia abundante. La gente parece tan sorprendida como yo y algunos se cubren la cabeza con sus maletines para protegerse del agua que cae desde arriba.

Sigo caminando hacia la puerta, esperando que no me siga.

—Sé que mi actuación estuvo mal. Pero créeme: es importante. —Hay algo en su voz. No suena condescendiente ni burlona. ¿Desesperada, tal vez?— Es sobre Ryan. Necesitas saber la verdad.

—¿Qué verdad? —Las palabras salen más bruscas de lo que pretendía mientras me doy la vuelta y la miro de nuevo.

Ellen mira a su alrededor, como si temiera que la escucharan. —Aquí no. ¿Podemos ir a algún lugar dentro...? —pregunta, señalando el clima y haciendo un gesto como si tuviera frío.

—No —la interrumpo—. Lo que sea que tengas que decir, dilo aquí y ahora.

Ella suspira profundamente. —Hubo una apuesta.

—¿Una apuesta? ¿Qué quieres decir?

—Entre Ryan y sus dos hermanos: Ethan y Lance. —Ellen habla rápidamente, como si tuviera que soltar las palabras antes de que el valor la abandone—. Una apuesta de 10 millones de dólares cada uno y apostaron por... por...

—Vamos, dilo. ¿Por qué apostaron? —pregunto tan alto que algunas personas se vuelven hacia nosotras al pasar, pero luego siguen caminando.

—Por ti. Ryan apostó que encontraría a la mujer con el disfraz de tigre y la enredaría. —El mundo a mi alrededor comienza a girar. El vaso de café en mi mano tiembla.

—Eso... eso no es cierto —susurro—. ¡Estás mintiendo! Igual que mentiste sobre el bebé —digo, pensando en el bebé que crece dentro de mí y sintiendo cómo un calor ardiente se extiende por mis mejillas. Pero intento calmarme. Esta mujer es astuta y engañosa. Seguramente es una mentira. Un juego calculado para desestabilizarme.

—Pregúntale a Ryan. O a sus hermanos —dice Ellen—. Sé que duele escuchar esto, pero...

—Simplemente déjame en paz. Fue un error hablar contigo —siseo, dándome la vuelta y entrando al edificio.

Mis piernas se mueven por sí solas a través del vestíbulo, pasando el control de seguridad, hacia el ascensor, mientras afuera la lluvia se intensifica. En mi cabeza solo gira una pregunta: ¿Todo esto fue solo una apuesta? ¿Un juego?

El ascensor está vacío. Presiono el botón para el piso 72 y me esfuerzo por calmarme. Al llegar arriba, respiro profundamente, dejo mi café en mi escritorio, miro hacia la oficina de Ryan para confrontarlo, pero no está ahí. Tal vez ya esté en el piso 73. La idea me parece tan absurda ahora como mis sueños diurnos. Pero entonces veo que hay luz en la oficina de su hermano Ethan, que está en este mismo piso al igual que la de su hermano menor Lance.

—Sr. Valentine, ¿tiene un momento? Necesito preguntarle algo —digo, abriendo la puerta de la oficina de Ethan Valentine y asomando la cabeza. Mi voz suena extraña en mis propios oídos.

—¿Patricia Simmons? ¿Qué puedo hacer por usted? —pregunta mirándome—. ¿Es sobre mi hermano? Seguramente llegará pronto y podrá...

—¿Es cierto? —lo interrumpo—. La apuesta entre usted, Lance y Ryan. Sobre mí.

Ethan se queda inmóvil por un momento. Ese breve instante dice más que mil palabras.

—Señorita Simmons, esto no es lo que usted piensa...

—Entonces es cierto —siento cómo mis uñas se clavan en las palmas de mis manos.

—Escuche —comienza—. Es solo una tontería entre hermanos. Una broma. Ryan ha...

—¿Una broma? —Mi voz se eleva—. ¿Mis sentimientos son una broma para los Valentine?

—No, no es eso lo que quería decir. Ryan...

Pero no quiero escucharlo, me doy la vuelta y salgo de su oficina. Veo el vaso de café en mi escritorio, me apresuro hacia él como si fuera un salvavidas que pudiera ayudarme en esta situación. Luego me siento detrás de mi escritorio y enciendo la computadora.

Ethan Valentine parece haberme seguido, me ve sentada allí y parece satisfecho de que no haya huido del edificio, me hace un gesto con la cabeza, indicándome que Ryan estará aquí en unos cinco minutos y que entonces podré hablar con él sobre todo.

Asiento. Pero en realidad ya no me importa. Abro Microsoft Word, mientras sigo pensando que solo fui un juego para él y sus hermanos. Igual que el día de la gala, cuando hablaron sobre mi trasero. ¿Cómo pude ser tan tonta?

Entonces escribo con dedos temblorosos.

Por la presente, renuncio a mi puesto en Valentine Industries con efecto inmediato. Patricia Simmons

Imprimo el documento, lo firmo y lo dejo en el escritorio de Ryan.

Luego me apresuro hacia el ascensor tan rápido como puedo y solo quiero irme de aquí. Todavía es temprano en este lluvioso jueves que comenzó tan prometedor. Me había atrevido a soñar y nunca pensé que esta Ellen volvería a destruir mi vida. Pero esta vez de verdad. No quería creerle, deseaba que estuviera mintiendo y...

DING

Las puertas del ascensor se abren. La cabina está vacía. Presiono el botón que me llevará abajo, cuando las puertas se cierran, escucho la voz de Ethan Valentine, que debe haberse dado cuenta de mi huida. Pero es demasiado tarde. No llega al ascensor a tiempo.

Cuando finalmente estoy sola, dejo que mis lágrimas fluyan libremente. Al menos hasta que llego abajo. Nadie me verá salir corriendo del edificio llorando. No les daré esa satisfacción a los Valentine. Ni a Ellen, si es que todavía está esperándome allí abajo.

Quedan 15 pisos.

Me limpio las lágrimas y reviso mi rostro lo mejor que puedo en la puerta metálica mate, me sueno la nariz y sé exactamente que esta es la última vez que saldré de este edificio. Para siempre.

Capítulo 26

Ryan

Silbo suavemente mientras camino desde mi Bentley hasta el ascensor en el estacionamiento subterráneo.

Maldita sea, ¿cuándo fue la última vez que estuve de tan buen humor aquí abajo? Ni siquiera la lluvia torrencial durante el viaje hasta aquí pudo arruinar mi estado de ánimo. Es como si el sol brillara dentro de mí. Como si ese beso de ayer hubiera abierto la puerta a un nuevo capítulo que cambiará mi vida.

Anoche, todavía en la cama, pensaba en Patricia y en el beso, y apenas pude resistir el impulso de enviarle un mensaje en medio de la noche. En su lugar, concerté una cita con mi padre, sin mencionar el tema, pero indicando cierta urgencia. Para mi sorpresa, la confirmación llegó de inmediato. Tal vez habló con mi madre sobre la cita y ella le dijo que yo ya había querido hablar con él recientemente.

No importa. El caso es que tengo una cita con mi padre en diez minutos. A las 9 en punto. Y esta vez, yo llevaré la conversación. No voy a escuchar ninguna de sus expectativas, amenazas o pronósticos sombríos. Le diré que quiero a Patricia. Que quiero estar con ella. Que yo...

Maldita sea, ¿es posible que la cosa vaya en serio con ella? Ante este pensamiento, siento un hormigueo dentro de mí y el impulso de volver a silbar me abruma mientras presiono el botón para llamar al ascensor. Según el indicador, acaba de salir del piso 72 y está bajando. ¿Tal vez Patricia ya esté aquí? ¿Estará esperando en su puesto y me recibirá con una sonrisa? ¿Debería pasar rápidamente a verla en lugar de ir directamente arriba al piso 73?

Mi teléfono vibra en el bolsillo del pantalón. Es Ethan. Qué raro, mi hermano nunca llama. Y mucho menos tan temprano por la mañana. Pero en un momento estaré arriba y lo buscaré tan pronto como me sea posible. Miro el indicador del ascensor, que se ha detenido en la planta baja. Impaciente, cambio el peso de un pie a otro. Entonces mi teléfono vibra de nuevo. Otra vez

Ethan.

—¿Tan insistente, hermanito? —murmuro a mi dispositivo y rechazo la llamada. Sé lo que es importante ahora. Solo Patricia y la cita con mi padre. Hoy no dejaré que nadie arruine mi buen humor y tampoco quiero escuchar que el cliente X o el cliente Y quieren urgentemente una llamada mía. Entonces llega el ascensor, la cabina está vacía. Entro y me dirijo al piso 72. En el camino, Ethan lo intenta de nuevo y no puedo evitar sentir un leve gruñido de irritación en mi interior.

DING

Cuando llego, busco a Patricia con la mirada. Pero no está aquí. En su lugar, Ethan se precipita hacia mí, pareciendo un poco alterado.

—¡Por fin! ¿No has visto mis llamadas? —pregunta, visiblemente agitado.

—Buenos días primero, Ethan —digo, deliberadamente relajado—. ¿Qué es tan importante?

En lugar de responder, me pone una hoja de papel en la mano. Repaso las pocas líneas y siento que se me revuelve el estómago.

—¿Una carta de renuncia? ¿De Patricia? —Mi voz suena ronca—. ¿Qué significa esto?

—La dejó en tu oficina y luego huyó. Fue hace unos minutos. —Hace una pausa y me mira directamente—. Ryan, ella lo sabe... sabe de la apuesta —dice Ethan en voz baja.

Las palabras me golpean como un puñetazo. —¿Qué? Cómo... —Miro fijamente a mi hermano —. ¿Por qué? ¿Tú has... o acaso Lance?

—¡Por supuesto que no! —se indigna Ethan—. ¿Por quién nos tomas?

—Por mis hermanos, que harían cualquier cosa para ganar la apuesta —gruño.

—Eso no es justo y lo sabes —responde Ethan—. No hemos dicho nada. Yo menos que nadie. Además, esa fue la idea tuya y de Lance.

Gruño malhumorado, aunque sé que tiene razón, y me dirijo a su puesto de trabajo frente a mi oficina, sintiendo cómo el buen humor del día se desvanece bruscamente. Su escritorio vacío parece más grande de lo habitual. El ordenador aún está encendido, y hay un vaso de café para llevar medio lleno de una cafetería cercana, donde se pueden comer los mejores muffins de arándanos de la ciudad. Debe haberse ido precipitadamente.

—¡Maldita sea! —Golpeo el escritorio con el puño—. Esto no puede ser. ¡Esto no debe ser!

—Ryan... —Ethan está en la puerta—. Lo siento.

—¿Ah, sí? —Me doy la vuelta—. ¿Lo sientes? ¿Qué le dijiste cuando vino a ti? ¿Por qué no has...

—¿Qué? ¿Mentido por ti? —contraataca—. ¿Es eso lo que quieres?

—Ah, mierda. Yo tampoco lo sé.

—Solo es tu asistente, Ryan. ¿Cuál es el problema? Ya has devorado a tantas. ¿O se trata de que has perdido y el gran Ryan Valentine no pudo demostrar que puede tener todo lo que quiere?

—¡Nunca se trató de eso! —le grito y aprieto los puños. Sé que tiene razón, pero no quiero decírselo. Y mucho menos de mi corazón, que se siente como si acabara de romperse en mil pedazos.

—¿No? —Ethan se ríe amargamente—. Al menos nuestro padre manejó mejor lo de su secretaria en aquel entonces. No como tú.

Me quedo paralizado. —¿Qué quieres decir con eso?

Ethan aprieta los labios y evita mi mirada. —Nada. Olvídalo.

—No. —Lo agarro del brazo—. ¿Qué sabes sobre papá y su secretaria?

—No la actual. No la señorita Bennet... Y eso deberías preguntárselo tú mismo —murmura Ethan y se suelta. Nos miramos fijamente.

Lo miro fijamente mientras se va. ¿De qué está hablando? ¿Tiene nuestro padre un secreto? ¿Se acostó él mismo con secretarias en el pasado y ahora me lo echa en cara? No importa. Pero eso no es importante ahora. Tengo que encontrar a Patricia. Explicarle todo. Decirle que aunque la apuesta fue el comienzo, hace tiempo que ya no importa. Que mis sentimientos son reales.

Cojo mi teléfono y marco su número. Pero no contesta, lo cual esperaba de alguna manera. Sin embargo, no quería dejar de intentarlo.

Entonces escucho su voz, mi corazón da un vuelco, pero es solo el mensaje de su buzón de voz. El sonido de su voz es cálido y maravilloso, y me pregunto qué pensará de mí ahora.

—Patricia, por favor, devuélveme la llamada. Necesito hablar contigo. No es lo que piensas. La apuesta... sí, es cierto, hubo una apuesta. Pero eso fue al principio. Fue una idea estúpida. Por favor, créeme. Eso no importa, porque hoy pienso diferente. Yo... —Me detengo. Estas no son palabras para un buzón de voz.

Cuelgo y envío otro mensaje: *Por favor, hablemos. Puedo explicarlo todo.*

Sin respuesta.

Envío otro mensaje más: *Lo que dije ayer es la verdad. Eres más importante para mí que cualquier otra cosa.*

De nuevo, sin respuesta.

La lluvia afuera se intensifica, golpeando contra las ventanas. ¿Cómo pudo cambiar este día tan rápido? Hace una hora todo era perfecto. Quería ir a ver a mi padre, contarle sobre Patricia, darle un marco oficial a todo. Ahora estoy aquí sentado, mirando fijamente mi teléfono y esperando una respuesta que no llegará.

La apuesta. Diez millones de dólares. Antes solía hacer este tipo de cosas con frecuencia. Hoy me parece tan estúpido, casi vergonzoso. Una vocecita en mi cabeza quiere convencerme de que fue idea de Lance y que me dejé persuadir. ¿Y yo? En lugar de mostrar madurez, como debería hacerlo el mayor de los Valentine, el CEO, estaba tan seguro de mí mismo, tan convencido de que podría encontrarla y ganarla. Incluso había propuesto casarme. Completamente ridículo.

Otra voz en mí dice que nunca quise quedar en ridículo frente a mis hermanos. Quería demostrar de lo que era capaz y que las mujeres caían rendidas a mis pies. No quiero admitirlo ni siquiera a mí mismo, y mucho menos a Patricia. Porque no esperaba que el juego pudiera volverse serio. Que realmente pudiera llegar a quererla.

Pero ¿cómo puedo demostrárselo ahora?

Mi mirada cae sobre el reloj. Tres minutos para las nueve. La cita con mi padre. ¿Debería ir siquiera? ¿Qué importa ahora? Por otro lado, el comentario de Ethan sobre papá y su antigua secretaria plantea algunas preguntas. Especialmente sobre la crítica a mi comportamiento anterior. Pero ¿es eso importante ahora?

Conozco la respuesta y sé que ahora solo una cosa es importante. Tengo que encontrar a Patricia y aclarar todo. Decirle la verdad. Antes de que sea demasiado tarde.

***

—¡Maldita sea, muévete! —murmuro al coche frente a mí, que avanza solo centímetros. Tamborilo nerviosamente en el volante mientras los limpiaparabrisas se deslizan rítmicamente sobre el parabrisas. La lluvia no ha amainado. Pensé que a esta hora de la mañana todo el mundo quería ir al distrito financiero de Boston, y no a uno de los suburbios. Pero aparentemente ahora sí. O al menos hoy, porque el tráfico es un infierno. La calle es un mar de taxis amarillos y algunos pocos coches, como mi Bentley, que se arrastran sobre ella con una lentitud exasperante.

Mi teléfono vibra de nuevo. Un mensaje de Lance. *¿Dónde estás? ¿Podemos hablar?*

Lo ignoro. En cambio, echo un vistazo al chat de Patricia. Sin respuesta a mis mensajes. Ni siquiera los ha leído.

Después de más de una hora, finalmente llego al suburbio y veo a lo lejos el edificio residencial donde se encuentra el apartamento de Patricia. Estaciono el Bentley en doble fila justo frente a la casa, enciendo las luces de emergencia e ignoro los bocinazos de la gente detrás de mí y también los gritos de *¡Ricachón engreído, ¿crees que puedes hacer lo que quieras?* No me importa. Solo tengo una cosa en mente: Patricia.

Frente a la puerta de entrada, toco el timbre del apartamento de Patricia. Nada. Entonces pierdo la paciencia, presiono todos los timbres al mismo tiempo y espero que alguien me abra. Segundos después, eso es exactamente lo que sucede. Me apresuro a subir a su apartamento. Mi dedo presiona el timbre. Una vez. Dos veces. Tres veces. Nada.

—¡Patricia! —llamo y golpeo la puerta—. ¡Sé que estás ahí! ¡Por favor, hablemos!

—¿Usted tocó todos los timbres? —suena una voz detrás de mí. Me doy la vuelta. Ahí está de nuevo la señora mayor, vecina de Patricia, que la última vez amenazó con llamar a la policía.

—Sí, fui yo. Necesito hablar con la señorita Simmons, yo...

—No está —me interrumpe.

—¿Cómo lo sabe? ¿Sabe cuándo volverá?

Ella niega con la cabeza. —Se fue hace como media hora con dos maletas. Me dio la llave para que cuide sus plantas. Sonaba como si fuera a estar fuera por un tiempo.

Las palabras me golpean como un puñetazo. —¿Con maletas? ¿Adónde?

—No lo dijo. —Me examina con una mirada penetrante—. Y si me pregunta, tal vez debería plantearse si ella quiere verlo siquiera. La última vez aparentemente tan poco como hoy. ¿Los jóvenes como usted no tienen teléfonos? ¿No se hablan entre ustedes hoy en día?

—Usted no lo entiende —digo y siento cómo la desesperación crece dentro de mí—. Tengo que hablar con ella. Todo fue un malentendido.

—No importa si lo entiendo o no. No puedo ayudarlo. Que tenga un buen día —dice, cierra la puerta y me deja solo en el pasillo.

***

Me quedo parado, aturdido, y escucho cómo la lluvia golpea las ventanas de la escalera afuera. Hacer las maletas significa que no tiene intención de volver pronto. ¿Ha dejado la ciudad? ¿Se ha ido a casa de su madre? ¿O a casa de su amiga? Ni siquiera sé dónde viven las dos, lo cual es casi vergonzoso.

Suena mi teléfono móvil. Lo saco apresuradamente de mi bolsillo. ¿Patricia? Pero no es ella. Es mi padre.

—¿Dónde diablos estás? —retumba su voz a través del auricular—. Teníamos una cita. La que tú concertaste, si me permites recordártelo.

—No puedo ir —digo con voz apagada.

—¿Qué quieres decir con que no puedes? ¡Tú pediste esta cita! ¡Con urgencia! Ya me pareció una desfachatez enviar una invitación así por la noche, pero tu madre pensó que quizás realmente...

—Ha surgido algo.

—Ryan. —Su voz se vuelve peligrosamente baja—. ¿Qué te pasa? Últimamente apenas te reconozco. Primero ese asunto con la secretaria...

—Patricia —lo interrumpo—. Su nombre es Patricia.

—...luego descuidas tus obligaciones, faltas a reuniones importantes y ahora esto. Me estás decepcionando, hijo.

Las palabras me afectan, pero no como antes. —¡Entonces tendrás que aprender a lidiar con ello, padre!

—¿Qué podría ser más importante que tu responsabilidad hacia la empresa? ¿Hacia la familia?

Pienso en la sonrisa de Patricia. En el beso de anoche. En la calidez de su voz cuando dice mi nombre. —Algunas cosas son más importantes —digo en voz baja y cuelgo. Por primera vez en mi vida, simplemente cuelgo mientras mi padre aún está hablando. Se siente extrañamente liberador.

***

Vuelvo al coche aturdido. La lluvia empapa mi traje en el camino, pero no me importa. Mecánicamente, abro la puerta del Bentley y me desplomo en el asiento del conductor. Mis manos aferran el volante como si fuera un salvavidas.

—¿Y ahora qué? —murmuro para mí mismo. El motor arranca, pero no tengo un destino. Conduzco sin rumbo por las calles del suburbio de Boston, mientras mis pensamientos se aceleran. Podría volver a la oficina. El lugar al que siempre me he sentido atraído. Pero, ¿qué haría allí? Todo eso me parece tan insignificante ahora.

Los limpiaparabrisas apartan monótonamente la lluvia cuando mi teléfono vuelve a sonar. Probablemente sea mi padre de nuevo. Pero cuando echo un vistazo rápido a la pantalla, veo que es Addam, mi primo de Nueva York.

—¿Qué pasa? —pregunto con poco entusiasmo al contestar.

—Ryan... —Su voz suena tensa—. Tengo que confesarte algo.

Algo en su tono me hace prestar atención. Dirijo el coche hacia el arcén.

—¿Qué ocurre, Addam? Ya he tenido un mal comienzo hoy. Suéltalo.

—Sospecho que no soy del todo inocente en eso —dice—. La he cagado, Ryan.

—¿A qué te refieres? No entiendo.

—Creo que he caído en un deepfake de IA y he soltado algunas cosas que no debería haber dicho.

—¿Deepfake de IA? Addam, ¿de qué hablas?

—IA. Inteligencia Artificial. Está en boca de todos. Y con eso se puede falsificar una videollamada. Hace unos días tuve una videollamada contigo. O eso creía. Pero resultó ser un deepfake.

—¿Qué? ¿Cómo lo sabes? Es decir... sí, no tuvimos ninguna videollamada... Pero ¿qué has...? ¿Con quién has...? ¿Y cómo sabes siquiera que era falso? —Mis pensamientos se aceleran. ¿Ha revelado secretos comerciales? ¿Qué ha salido mal? ¿Ahora no solo mi vida, sino también la empresa están arruinadas? Sería casi paradójico que un avance tecnológico como la IA arruinara una empresa tecnológica como la nuestra.

—Tu hermano Lance. Acabo de hablar con él por teléfono sobre un asunto de negocios. Le dije que te había visto en Nueva York con tu pareja. Lance me dijo que estuviste allí con tu secretaria Patricia Simmons y me la describió. Entonces me di cuenta. Hablé con Ellen por teléfono y ella me dijo que fue Russell quien...

—Addam. No entiendo nada. ¿Patricia? ¿Russell? ¿Ellen? Nada de esto tiene sentido. No tengo claro qué está pasando aquí. ¿Puedes empezar desde el principio? Explícame qué está pasando —digo, tratando de no gritar después de oír el nombre de Patricia.

—Lo siento. Bueno: Tuve esta videollamada. Contigo. O eso creía. En esa videollamada me dijiste que querías deshacerte de tu secretaria y me pediste un favor. Me diste el número de Ellen. De Candy, como la llamaste, y me pediste que le dijera que se le ocurriera algo para que pudieras deshacerte de tu secretaria.

Mis pensamientos se aceleran. Nada de esto tiene sentido, pero ahora entiendo por qué Ellen montó el teatro del embarazo en mi oficina. Y además, de manera que Patricia pudiera escucharlo todo.

—Las cosas se pusieron realmente extrañas cuando esta Ellen me volvió a llamar y me dijo que las cosas habían salido mal y me preguntó qué debía hacer ahora. Estaba confundido y quería hablar contigo, pero no respondías. —Recuerdo sus mensajes, tenía otras cosas que hacer. Citas. La cita con Patricia. Maldita sea, ojalá lo hubiera llamado.

—Lo siento, Addam, yo...

—Espera, aún no he terminado. Se pone aún mejor. Me volvió a llamar. Justo ahora. Fue un error, porque quería hablar con un tal Russell y preguntó cuándo se depositarían los 10.000 en su cuenta. Entonces la presioné un poco y me dijo que Russell Bobbs le había ofrecido 10.000 si le contaba a Patricia sobre la apuesta y le decía algo sobre un software de deepfake de IA que compraría a una empresa llamada TechVision.

Mis pensamientos se agolpan. Intento entenderlo y ordenarlo todo. Entonces recuerdo el momento en que mis hermanos y yo hicimos esa tonta apuesta. Russell irrumpió en la oficina justo después. ¿Quizás escuchó a escondidas? Seguro que sí. Es propio de su naturaleza. Siempre pendiente de su propio beneficio y aprovechándolo cuando puede atacar de manera devastadora.

Suena casi como una burla que haya usado el software de TechVision contra mí. El software que

en realidad está destinado a la medicina y la industria cinematográfica. Ya no se necesitarían dobles de riesgo. Se podrían modelar la evolución de enfermedades y sus terapias. Todo revolucionario. Pero también se pueden hacer llamadas de deep fake y hacerse pasar por otra persona.

Eso es lo que hizo, haciéndose pasar por mí y haciendo que Addam me echara a Ellen encima. Cuando eso no funcionó, se volvió más atrevido e incluso le pagó para que le contara sobre la apuesta. ¿Y por qué? Seguramente es solo su frustración porque no le vendo TechVision. Maldita sea, Russell siempre ha sido un tipo miserable. Pero esto lo convierte oficialmente en un auténtico cabrón al que debería partirle la cara. Ha destruido todo lo que me importa.

—Gracias, Addam —digo sin emoción—. Gracias por contármelo.

—De nada, Ryan. Espero que todo se arregle con tu asistente, pareja o lo que sea que es ella. Creo que hacen buena pareja —dice—. Oh, tengo que... mi esposa está en la puerta. Parece urgente.

—No hay problema. De todos modos ya habíamos terminado. —Terminamos la conversación y sus palabras resuenan en mí. ¿Es así? ¿Patricia y yo hacemos buena pareja?

Un vacío se extiende dentro de mí mientras la lluvia sigue golpeando el techo de mi coche. Pienso en Russell. En el impulso de vengarme de él. Antes yo era como él. El éxito lo era todo, costara lo que costara. Pero desde que conocí mejor a Patricia, todo ha cambiado. Ella me ha cambiado. Y por eso la idea de ir a casa de Russell y darle un puñetazo no es una buena idea. Ese pensamiento es parte del antiguo Ryan Valentine, que siempre quería ganar en todo. Pero ahora solo quiero ganar en una cosa. Con Patricia.

Tengo que contárselo. Decirle la verdad. Que aunque la apuesta fue el comienzo, hace tiempo que ya no importa. En ese entonces, ni siquiera sabía a quién le quedaría el zapato. Ahora me he enamorado de ella, aunque hasta ahora no quisiera admitírmelo ni a mí mismo.

¡Enamorado! ¡Sí, estoy enamorado!

Mi mirada cae sobre mi teléfono. Ningún mensaje de ella. Pero al menos ahora sé lo que ha pasado. Y no me rendiré hasta que la encuentre.

—Te encontraré —susurro mientras vuelvo a encender el motor—. Y entonces te lo contaré todo. Lo prometo.

La lluvia se hace más fuerte mientras regreso al centro de Boston. En mi cabeza ya estoy formando un plan. Moveré cielo y tierra, revisaré cada posibilidad. Y si tengo que poner patas arriba todo Boston y sus suburbios, lo haré.

Porque una cosa me ha quedado clara: sea lo que sea que Russell pretendía conseguir con esto, involuntariamente me ha abierto los ojos. Estaba tan ocupado tratando de parecer fuerte, inalcanzable, el CEO perfecto, que casi paso por alto lo más importante.

A veces se necesita una tormenta para reconocer lo que realmente importa.

Y lo que importa es Patricia.

Nada más.

Capítulo 27

Patricia

La lluvia golpea contra el parabrisas mientras me abro paso a través del denso tráfico de Boston. El smartphone en el asiento del copiloto vibra alegremente. Veo las llamadas y los subsiguientes mensajes de Ryan. Pero no quiero. No puedo. No después de todo esto. No después de que queda claro que solo fui una pequeña apuesta.

Una vez fuera de la ciudad, tomo el dispositivo y leo los mensajes.

Por favor, hablemos. Puedo explicarlo todo.

Lo que dije ayer es la verdad. Tú eres más importante para mí que cualquier otra cosa.

Excusas. Nada más que excusas. Además, es mucho más interesante lo que NO se lee allí. No ha escrito ni una palabra diciendo que NO hubo apuesta. Así que es cierto lo que dijo esa Ellen y lo que su hermano confirmó indirectamente. Furiosa, arrojo el dispositivo al asiento del copiloto. No sabría qué responderle. Mis manos agarran el volante con tanta fuerza que mis nudillos se vuelven blancos. El paisaje se desdibuja ante mis ojos, pero no por la lluvia, sino por las lágrimas que intento contener mientras el paisaje se vuelve cada vez más verde y las carreteras cada vez menos transitadas y más estrechas.

Después de dos horas de viaje, giro hacia el familiar camino de entrada. La pequeña casa de campo blanca de mis padres, donde crecí y donde mi mamá ahora vive sola, hace surgir viejos y felices recuerdos. La grava cruje bajo los neumáticos mientras me detengo lentamente.

Antes de que pueda salir, la puerta principal se abre. Mamá está allí, con su típico delantal floreado, el cabello gris atado en un moño suelto. Solo le envié un mensaje diciendo que vendría a visitarla. Aparte de: *Ok, me alegro*, no hubo nada más. Ninguna pregunta sobre qué podría haber pasado para que esté de camino a verla en una mañana de un día laborable. Incluso ahora no dice nada cuando salgo del coche, solo asiente y mantiene la puerta abierta. Estoy infinitamente agradecida por esta discreción.

—Te ves agotada —observa mientras subo los pocos escalones del porche. Sus brazos me rodean, cálidos y reconfortantes como antes, cuando era una niña pequeña. El familiar aroma a vainilla y pan recién horneado me envuelve.

—Nos prepararé un té y tú ve primero al baño. Te he dejado una toalla lista —dice simplemente y desaparece en la cocina.

Sigo su consejo, limpio el maquillaje corrido en el baño y lavo mi cara con agua helada. Se siente tan bien y me hace pensar por un momento en nada más que el frío en mi piel. Luego me desplomo en el viejo sofá de la sala de estar. Nada ha cambiado aquí. Al menos desde que papá nos dejó. Los tapetes de ganchillo en los reposabrazos de los sillones, la vieja guitarra de papá en la esquina, las fotos familiares en las paredes. Una instantánea mía de adolescente, riendo en el columpio del jardín. Papá llevándome sobre sus hombros. Mamá y papá en el día de su boda.

—Aquí tienes. —Mamá me alcanza una humeante taza de té de manzanilla con miel, como siempre que no me sentía bien. Se sienta a mi lado, espera.

—Yo... —Mi voz se quiebra—. No sé qué hacer, mamá.

—Está bien, cariño. —Ella da un sorbo a su té—. A veces uno no lo sabe.

Las palabras brotan de mí como una cascada. Ryan. Los besos. Los sentimientos que no debería tener. La mentira sobre el bebé. Su reacción. La apuesta. Todo.

—¡Es mi jefe, mamá! ¿Cómo pude ser tan tonta? —Dejo la taza y entierro el rostro entre mis manos—. Y ahora esta absurda historia del embarazo. No entiendo nada de esto.

—¿Lo amas?

La pregunta me toma por sorpresa. —Eso... eso no importa.

—Oh, claro que sí. —Mamá sonríe suavemente—. ¿Sabes? Cuando conocí a tu padre, yo apenas tenía diecinueve años. Él era el hijo del granjero más rico de la zona, yo la hija del cartero. Todos decían que no podría funcionar. Todos decían...

—No es lo mismo...

—¿No? Dos personas de mundos diferentes. Puede que hoy no te suene así, pero en ese entonces lo era. —Toma mi mano—. Y entonces quedé embarazada. De ti. Sin planear, completamente inesperado.

—¿Qué? —La miro fijamente. Esto es nuevo para mí.

Mamá se queda en silencio. Su mirada se dirige a la foto en la pared. Papá nos sonríe desde allí, con su característica sonrisa torcida en el rostro. —Tu padre fue la mejor persona que he conocido. Cuando le conté sobre el embarazo, quiso casarse de inmediato. No por las convenciones o lo que diría la gente, sino porque me amaba.

Su voz se vuelve más suave. —A veces la vida nos sorprende. A veces esas sorpresas son exactamente lo que necesitamos, aunque no podamos verlo en ese momento.

—Pero Ryan... —Trago con dificultad—. Está el asunto de la apuesta. Y deberías haber visto su cara cuando esa mujer habló del embarazo. Estaba asustado. Horrorizado.

—Los hombres suelen reaccionar así al principio —sonríe mamá—. Tu padre se desmayó en ese momento.

—¿En serio? —Me río a pesar de todo.

—Oh, sí. Justo al lado del tractor. Media granja estaba alborotada. —Se pone seria de nuevo—. Pero cuando volvió en sí, lo primero que dijo fue: "Te amo". Y luego: "Lo lograremos juntos".

Las lágrimas asoman a mis ojos. —Lo extraño tanto, mamá.

—Yo también, cariño. Cada día. —Aprieta mi mano—. ¿Pero sabes qué? Él querría que fueras feliz. Que lucharas por lo que es importante para ti.

—¿Pero qué pasa si estoy tomando la decisión equivocada? ¿Y si no sé qué hacer?

—Eso puede pasar —asiente ella—. Pero ¿qué es peor? ¿Intentarlo y fracasar, o huir y nunca haberlo intentado?

Pienso en Ryan. Las noches en el hotel de Nueva York, el baile, el ir de la mano. Y luego lo de Ellen. De verdad se presentó frente a mi apartamento y quiso hablar conmigo. ¿Cómo supo siquiera dónde vivo? Debe haberlo averiguado por su cuenta. Y luego la cena, después de que se disculpó. El beso. Todo se sintió tan real. ¿Quizás exageré por lo de la apuesta?

—Lo amo —susurro. Es la primera vez que lo digo en voz alta—. De verdad lo amo.

—Ahí lo tienes —mamá se levanta—. Entonces ya sabes qué hacer.

—¿Lo sé?

Se acerca a la ventana, mira hacia la lluvia. —¿Recuerdas lo que tu padre siempre decía? "La vida es demasiado corta para los 'qué hubiera pasado si'". Tenía tanta razón. —Se vuelve hacia mí—. Puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras, cariño. Pero tal vez deberías hablar primero con Ryan. Escuchar toda la verdad. Los hombres son como son. Y algunos necesitan una segunda oportunidad.

—¿Y si la verdad duele?

—Entonces eres lo suficientemente fuerte para lidiar con ello. Y yo estoy aquí. —Vuelve, me besa en la frente.

—Eres la mejor mamá que uno podría desear —le digo y la abrazo. Tal vez tenga razón. Tal vez debería volver a Boston y hablar con él una vez más. Una última vez. Una última oportunidad. ¿Se la merece?

Mi mente quiere gritar que no, pero siento cómo mi corazón grita que sí.

Paso un par de horas más con mi mamá. Me anima. Es bonito escuchar cuánto se amaban el uno al otro. Cuanto más escucho sobre ello, más pienso que mi mamá tiene razón. Por el verdadero amor vale la pena luchar.

Nos despedimos. En silencio, pero de mejor humor, conduzco de vuelta hacia Boston. Cuando estoy casi llegando, detengo el coche, tomo el dispositivo del asiento del copiloto y escribo un breve mensaje:

Deberíamos hablar, escribo y no puedo evitar notar que una sonrisa se desliza por mi rostro. No sé si puedo perdonarlo, pero estoy lista para escuchar su historia.

Capítulo 28

Ryan

Al final volví a la oficina. No quería ir a casa. Ya había estado con Patricia y realmente no hay ningún otro lugar en esta ciudad donde me guste estar solo, especialmente con este estado de ánimo. Quizás con una botella de bourbon en el parque de Boston, para poder pensar en lo imbécil que soy y en que he perdido a la mujer de la que me he enamorado. Pero está lloviznando y el bourbon sabe igual de bien en mi oficina.

Cuando entro al ascensor en el estacionamiento subterráneo, me detengo con el dedo ya sobre el pequeño botón con las letras 72. Sin pensarlo, mis dedos se mueven un poco más arriba y presionan el botón del piso más alto.

Durante el viaje hacia arriba, repaso la conversación en mi mente. No dar rodeos, ir directo al grano. Decirle lo que tengo que decir y finalmente aclarar las cosas. Por fin poner en orden mi vida y organizarla como creo que es correcto.

DING

—¿Señor Valentine? ¿Tiene una cita? —me pregunta su secretaria, la señorita Bennett, cuando me dirijo decididamente hacia la puerta de la oficina de mi padre. Pero la ignoro y no toco. Por primera vez en mi vida, entro en su oficina sin llamar.

—Ryan —está sentado detrás de su escritorio masivo, con las gafas de lectura sobre la nariz—. ¿Qué te trae por aquí? —Luego mira más allá de mí—. Está bien, señorita Bennett, cierre la puerta, ¿sí?

—Tengo que hablar contigo —digo, quedándome de pie en medio de la habitación.

—¿En serio? —Sus cejas se arquean—. ¿Después de colgarme antes y haberme plantado anteriormente?

—Sí —Respiro hondo—. La amo —Las palabras salen de mi boca por primera vez y, sin embargo, siento que son verdaderas, que es exactamente así.

—¿A quién?

—Patricia. Mi secretaria. Mi ex secretaria, para ser exactos.

Se recuesta en su silla y me examina. Su expresión es impenetrable. —¿Así que ese es el motivo de tu extraño comportamiento últimamente? ¿Amor? ¿La razón por la que descuidas tus prioridades?

—No —Me acerco a su escritorio—. No las estoy descuidando. Solo estoy estableciendo las prioridades correctas por fin. Por primera vez en mi vida, sé lo que quiero. Y no me importa lo que pienses al respecto.

Una sonrisa cruza su rostro. No su habitual sonrisa de negocios. Una genuina.

—Ya era hora.

—¿Qué quieres decir? —Lo miro fijamente.

Se levanta y rodea el escritorio. —Ryan, desde que eras un niño pequeño, siempre has intentado complacer a todos. Especialmente a mí. Te has retorcido para ser el CEO perfecto. Pero yo solo quería una cosa: que encontraras tu propio camino.

—No... no entiendo —La confusión debe estar escrita en mi rostro.

—Siéntate —Señala uno de los sillones—. ¿Un bourbon? —pregunta, a lo que asiento y pienso en cómo debería haber transcurrido realmente esta conversación. Pero este giro no estaba en el plan. Se dirige a un armario, saca una botella de bourbon y dos vasos.

—¿Sabes cuál es la diferencia entre un buen CEO y un gran CEO? —pregunta mientras sirve.

—¿Los números?

Se ríe suavemente. —No. Un gran CEO sabe quién es. Lo que quiere. Tiene el coraje de defender sus convicciones, incluso cuando todos los demás están en contra —Me pasa un vaso —. Hoy, por primera vez, me has plantado cara. Me has dicho lo que TÚ quieres. No lo que crees que quiero oír.

—Pero... —Tomo un sorbo. El whisky arde en mi garganta—. Todos estos años has...

—¿Te he exigido? ¿Te he hecho la vida imposible? Por supuesto. Quería ver cuándo empezarías finalmente a defender tus propios intereses —Se sienta frente a mí—. Esta Patricia... parece que te hace bien.

—Ella... se ha ido —digo en voz baja—. Y es mi culpa.

—Entonces arréglalo.

—No es tan sencillo.

—Sí, es exactamente así de sencillo —Se inclina hacia adelante—. Si realmente significa tanto para ti, entonces lucha por ella. Muéstrale quién eres realmente. No el CEO, no el heredero del imperio Valentine. Sino Ryan.

—Sabes —dice mi padre, haciendo girar pensativamente su vaso—, tu madre también era mi secretaria.

Me atraganto con mi bourbon y toso. —¿Qué?

Una sonrisa traviesa aparece en su rostro. —Oh, sí. Fue en 1989. Acababa de salir de la universidad, con su título en administración de empresas. Brillante, ingeniosa y hermosa.

—Pero... —Dejo mi vaso—. Siempre has dicho que os conocisteis en un evento benéfico.

—Esa era la versión oficial —Se encoge de hombros—. En aquel entonces, los tiempos eran diferentes. ¿Un CEO que se casa con su secretaria? Habría causado un escándalo.

—No puedo creer que hayáis guardado esto para vosotros todos estos años.

—Bueno, no completamente para nosotros —Toma un sorbo—. Tu hermano Ethan lo descubrió hace un tiempo. Encontró fotos antiguas cuando estaba limpiando el ático. Tu madre en eventos de la empresa, mucho antes de que estuviéramos oficialmente juntos. Tu hermano es listo. Ató cabos.

—¿Y lo mantuvo en secreto? —pregunto asombrado, mientras recuerdo su insinuación cuando casi se le escapa. Por supuesto que lo hizo. Siempre lo descubre todo. Debería hablar con él también cuando termine aquí. Le he acusado injustamente de hablar mal de mí con Patricia. Probablemente le debo una disculpa.

—Se lo pedimos —Padre deja su vaso—. Sabes, Ryan, a veces pienso que subestimas a tu hermano. Puede que no esté tan orientado a la carrera como tú, pero tiene un buen instinto para

las personas.

—Tienes razón —digo, pensando en nuestra última conversación—. También quería hablar con él.

—Hoy tiene muchas citas. También está algo distraído por... ah, deja que él te lo cuente. Te has dado cuenta, ¿verdad?

—Mhmm... sí... —digo lentamente, aunque en realidad quiero decir *no*, pues no he notado nada. ¿Por qué debería Ethan estar fuera de sí? ¿Qué le pasa? Pero de todos modos quiero hablar con él, así que puedo preguntarle sobre eso directamente.

—Gracias, padre —digo en voz baja y me levanto para irme.

—De nada. ¿Y Ryan? —Se queda de pie a mi lado y pone una mano sobre mi hombro—. No dejes que nadie te haga creer que el amor es un signo de debilidad. Las decisiones más fuertes de mi vida las he tomado por amor.

Asiento, incapaz de decir algo. Cuando me levanto, me atrae hacia un abrazo. Se siente diferente a lo habitual. Más auténtico. No puedo recordar cuándo fue la última vez que tuve una conversación así con él.

—Ve —dice—, y recupera a tu chica.

***

Cuando llego a la oficina de Ethan, está vacía. Su secretaria tampoco está. Entonces miro el calendario en mi smartphone, donde también puedo ver sus citas.

El tiempo pasa lentamente mientras estoy sentado inquieto en mi oficina, intentando trabajar, luego tirando el bolígrafo, caminando de un lado a otro y preguntándome qué hacer. Una y otra vez miro fijamente mi teléfono. Ningún mensaje de Patricia. Ha leído los mensajes, pero no me ha respondido, sin importar cuántas veces lo compruebe. Podría escribirle de nuevo. Pero, ¿qué? "Lo siento" parece muy poco. "Te amo" quizás demasiado. Así que sigo mirando fijamente.

A las 15:00 en punto estoy frente a la oficina de Ethan. Esta vez llamo a la puerta.

—¡Adelante!

Ethan está sentado detrás de su escritorio, con las mangas de la camisa arremangadas y la corbata aflojada. Se ve cansado.

—Ryan. —Se recuesta—. Esto es inesperado.

—Te debo una disculpa —digo sin rodeos.

—¿Solo una? —Una sonrisa torcida aparece en su rostro.

—Probablemente varias. —Me siento—. Papá me contó sobre mamá. Que era su secretaria. Y que tú lo sabías.

—Ah. —Se pasa la mano por el pelo—. Eso.

—¿Por qué nunca dijiste nada?

—Me lo pidieron. Además... —Se encoge de hombros—. Era su historia, no la mía.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Unos dos años. Esas fotos en el ático... —Ríe suavemente—. Se miraban exactamente como tú miras a tu secretaria. O mirabas. Quiero decir...

Suspiro. —Lo he estropeado, ¿verdad?

—Bastante. —Se levanta y va a su pequeña nevera—. ¿Quieres agua?

—Por favor.

Me lanza una botella. —Sabes, hermano mayor, a veces eres un verdadero idiota.

—Ese parece ser el consenso general.

—Pero... —se sienta en el borde de su escritorio—, toda esa cosa de la apuesta fue realmente una estupidez.

—Como dijiste desde el principio —confirmo.

—Exacto. A veces no se puede forzar las cosas con las mujeres. —Hace una pausa, mira más allá de mí y me pregunto si tal vez él también tiene un problema con una mujer. Pero entonces el momento pasa—. Olvídate de la apuesta. Ni Lance ni yo queremos tu dinero. Ya he hablado con él.

—Pero...

—Sin peros. —Levanta la mano—. Yo mismo tengo suficientes problemas en este momento.

—¿Qué problemas? No sabía nada.

—¿Cómo ibas a saberlo? —Ríe amargamente—. Nunca hablamos realmente, ¿verdad? Siempre solo sobre la empresa, sobre números, sobre apuestas.

—¿Puedo ayudarte de alguna manera?

Duda, entonces suena su smartphone y mira la pantalla. —Tengo que atender... este es uno de esos problemas.

—De acuerdo —digo, me levanto y me dirijo hacia la puerta.

—Ryan —dice Ethan, me doy la vuelta. Viene hacia mí, me atrae en un abrazo—. Gracias.

Luego salgo de su oficina, cierro la puerta y veo cómo atiende su llamada. Gesticula mientras habla y me pregunto qué tipo de problema podría tener.

En ese momento, mi teléfono vibra en el bolsillo de mi pantalón. Cuando lo saco, casi se me para el corazón.

Deberíamos hablar.

Mi mundo da vueltas. Siento cómo mi corazón da saltos de alegría. Una amplia sonrisa aparece en mi rostro.

Mis dedos tiemblan mientras escribo una respuesta: *¿Dónde?*

La respuesta llega de inmediato: *Estaré en casa en un momento.*

Ha vuelto. Se fue, pero ha regresado. ¿Por mí? *Estaré allí en 30 minutos*, escribo de vuelta, me doy la vuelta una vez más y veo que Ethan todavía está al teléfono. No me presta atención y parece absorto en la conversación. Me apresuro hacia el ascensor y espero que el tráfico lo permita y que tarde mucho menos de treinta minutos en llegar a su apartamento.

Siento lo nervioso que estoy y espero que me perdone por la estupidez de niño tonto con la apuesta. Espero poder abrazarla de nuevo, besarla de nuevo.

Quiero darlo todo, mostrarle realmente quién soy. No el CEO. No uno de los herederos del imperio Valentine. Sino simplemente Ryan. Un hombre que se ha enamorado.

Capítulo 29

Patricia

La televisión está encendida, pero las voces no llegan a mis oídos. La maleta aún no está desempacada y apenas puedo quedarme quieta más de unos segundos, mucho menos concentrarme en el reportaje de la televisión. Tomo el teléfono, leo algunos mensajes, miro algunos videos cortos sin importancia y lo vuelvo a dejar en la mesa de centro. La conversación con mi madre sigue dando vueltas en mi cabeza, al igual que la claridad que tuve después. Pero parece que ahora unas dudas silenciosas me están carcomiendo. Dudas sobre si le pedí una conversación con demasiada prisa. ¿Debería haberlo hecho esperar más? No, esto no es un juego. Es mi vida y quiero saber qué tiene que decir sobre la apuesta y dónde estamos.

¿Será sincero? ¿O intentará escabullirse y halagarme? Y sobre todo: ¿Qué dirá sobre el bebé? Ahora me doy cuenta de que nunca habrá un momento perfecto para ello y que nunca seré una madre perfecta. Pero quiero saber si también dará este paso conmigo. Puede ser pronto, porque en el fondo solo hemos tenido algo así como un romance, que hasta ahora ha estado plagado de numerosos obstáculos. Pero las cosas son como son.

Camino inquieta de un lado a otro en mi apartamento, mirando el reloj una y otra vez. Llevo veinticinco minutos aquí. Con el tráfico a esta hora, podría tardar más en llegar desde su oficina hasta aquí.

—Contrólate —murmuro para mí misma e intento mantenerme ocupada. Ordeno la cocina, limpio la encimera que ya está limpia, reorganizo las tazas en el armario. Todo para no estar constantemente mirando por la ventana.

Un timbre me sobresalta. ¿Tan rápido? Mi corazón da un salto mientras me apresuro hacia la puerta. Intento no sonreír, masajeo las comisuras de mis labios mientras abro la puerta y pienso en cómo saludarlo.

Pero no es Ryan quien está allí. En su lugar, un extraño me mira con una sonrisa.

—Patricia Simmons, ¿verdad? —dice mientras da un paso hacia mí. Su sonrisa no me gusta. Parece falsa. Irreal. Peligrosa.

—¿Quién es usted y qué quiere? —pregunto, intentando cerrar la puerta, pero él lo nota y la empuja con su mano.

—Soy Russell. Russell Bobbs. Usted no me conoce. Pero yo la conozco a usted.

En silencio, hurgo en el bolsillo de mis pantalones. Busco mi teléfono. Pero entonces recuerdo dónde está: en la mesa de centro. —Váyase. Llamaré a la policía.

—¿No quiere saber de dónde la conozco? Se ha entrometido en mis negocios. —Entra y cierra la puerta detrás de él—. ¿Sabe? La ex asistente de Ryan, Candy —una chica guapa, por cierto— la ha estado observando. Ha visto cómo le ha trastornado la cabeza a Ryan.

—¿Qué quiere? —Mi voz tiembla.

—¿Que qué quiero? —Se acerca más—. Ha arruinado mis negocios. Ryan solo se preocupa por su pequeña secretaria, en lugar de los tratos importantes. Ya no me vende empresas, de repente tiene moral y otras tonterías.

—Eso no es cierto. —Retrocedo hasta que siento la pared en mi espalda—. Ryan toma sus propias decisiones.

—¿Ah, sí? —Ahora está justo frente a mí. Su aliento huele a alcohol—. ¿Sabe qué? Si ya lo ha estropeado todo, yo también quiero divertirme.

—¡No me toque! —Intento escabullirme hacia un lado, pero él agarra mi brazo.

—¿Ustedes, pequeñas zorras, piensan que pueden simplemente entrar en nuestro mundo y arruinarlo todo? —Sus dedos se clavan en mi brazo.

—¡Suélteme! —Le doy una patada, pero él es más fuerte.

—Primero vamos a divertirnos un poco. —Tira de mi blusa.

Con todas mis fuerzas, me libero y tropiezo hacia atrás. Mi mano palpa la cómoda a mi lado y encuentra el pesado jarrón de cristal. Sin dudarlo, se lo lanzo.

Él lo esquiva y el jarrón se estrella contra la pared. —Pequeña puta...

En ese momento, la puerta se abre de golpe.

—¡Suéltala! —La voz de Ryan retumba en la habitación.

Russell se gira. —Valentine. Qué oportuno. Tu puta privada estaba a punto de abrir las piernas.

Ryan se abalanza sobre él, su rostro distorsionado por la ira. Su puño golpea a Russell en plena cara. Este se tambalea hacia atrás, la sangre corre por su nariz.

—Si la vuelves a tocar, te mato —gruñe Ryan.

Russell se ríe, limpiándose la sangre. —Mírate. El gran Ryan Valentine, completamente fuera de sí por una pequeña zorra.

Ryan intenta abalanzarse sobre él de nuevo, pero yo grito su nombre. —Ryan, no. No vale la pena.

—Tiene razón —dice una voz desde la puerta. Mi vecina, la señorita Miller, está allí—. No vale la pena. —Luego asiente hacia Ryan y casi parece que se conocen—. Lo he visto todo por la mirilla y he llamado a la policía. Deberían llegar en cualquier momento.

—¿Qué...? —Russell mira a su alrededor como un animal atrapado, luego se libera repentinamente e intenta huir.

—Tú te quedas aquí, imbécil —dice Ryan, lo agarra y lo tira bruscamente al suelo. Allí se queda tumbado, mirando a Ryan con una expresión de dolor.

—Crees que te saldrás con la tuya, tú... —sisea.

—Cierra la boca, imbécil —gritan Ryan y mi vecina al unísono. Luego se miran y puedo ver que la señorita Miller parece apreciarlo. Normalmente no le cae bien nadie. Pero Ryan parece ser la excepción.

—Nos han llamado. Por allanamiento de morada e intento de agresión —dice uno de los policías que sube las escaleras unos minutos después.

Explicamos la situación entre las numerosas protestas de Russell. Los policías le advierten repetidamente que se calle, escuchan todo y luego dicen: —Usted viene con nosotros.

—Eso... ¡eso no pueden hacerlo! —se indigna Russell—. Mi nariz. Este cabrón me la ha roto y...

—Claro que podemos —dice el otro policía mientras le pone las esposas—. Alguien en la comisaría le revisará la nariz. Vamos.

Entonces escoltan a Russell escaleras abajo. Siento un alivio inmenso, pero noto que mis rodillas aún tiemblan por la excitación. Ryan y yo nos miramos en silencio. Solo asiento, agradecida de que me haya protegido de algo peor. Esto podría haber terminado muy mal. Pero él vino. Por mí. Me salvó y...

—Este caballero ya estuvo aquí hoy. Y otra vez antes. Parece que le tiene mucho aprecio, señorita Simmons... Si me pregunta, no es mala pesca —dice mi vecina, la señorita Miller, guiñándome un ojo—. Ahora los dejaré a solas. Hasta pronto. —Entonces se despide con la mano y desaparece tras su puerta.

***

—¿Podemos entrar? —pregunta Ryan en voz baja, señalando hacia mi apartamento. Sus ojos están llenos de preocupación, su mano tiembla ligeramente cuando me la tiende.

Asiento en silencio y lo dejo entrar. Mis piernas aún se sienten inestables. Ryan cierra la puerta suavemente detrás de nosotros.

—Patricia, yo... —Se pasa la mano por el pelo, un gesto que ya reconozco como señal de su nerviosismo—. No sé ni por dónde empezar.

—¿Qué tal por la verdad? —sugiero y me siento en el sofá—. ¿Por la apuesta?

Se deja caer a mi lado, pero mantiene la distancia. —Es cierto. Hice una apuesta con mis hermanos. Y lo siento. Fue tonto, inmaduro y... —Sacude la cabeza—. No hay disculpa en el mundo que pueda arreglar esto.

—¿Por qué participaste?

—Porque era un idiota. Porque las mujeres siempre fueron solo objetos para mí. Un juego, una cosa. Pero entonces... —Me mira, sus ojos llenos de arrepentimiento—. Entonces te conocí. Te conocí de verdad. Y nada volvió a ser igual.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Eras tan diferente. Tan auténtica. Me hacías reír, me desafiabas. De repente, había esta mujer que no estaba impresionada por mi dinero o mi nombre. Que me veía simplemente como una persona. Al menos así se sentía.

Siento que mi corazón late más rápido. —¿Cuándo dejaste de verlo como una apuesta?

—Incluso antes de descubrir tu zapato. Ya cuando eras solo mi asistente y yo tenía todas esas citas absurdas —dice sin dudar—. Ahí ya lo sentía y deseaba que te quedara bien. Pero desde Nueva York, desde el baile allí, todo es diferente. Se sentía tan real, tan...

—Ryan...

—Por favor —me interrumpe—. Déjame terminar. Fui demasiado cobarde para decírtelo. Demasiado cobarde para terminar la apuesta. Pensé que si lo ignoraba, desaparecería. Pero solo se hizo más fuerte. Y luego viniste a la oficina, te enteraste de la apuesta y lo hice todo mal.

—Sí, lo hiciste. —Me acerco más a él—. ¿Pero sabes qué? Yo también.

Me mira sorprendido. —¿Tú?

—Debería haber hablado contigo en lugar de huir. Debería haberte escuchado.

—Patricia... —Su mano encuentra la mía—. Te amo. No por una apuesta o porque sea conveniente. Te amo porque eres tú. Tu manera de ser, tu risa, tu temperamento y tu forma de llamar a las cosas por su nombre.

Las lágrimas se asoman a mis ojos. —Yo también te amo, Ryan. Y quiero que seamos una verdadera familia.

Él sonríe y me abraza. —El bebé —susurra, y su sonrisa dice más que mil palabras.

De repente, vuelvo a sentirme insegura. —Sé que es temprano y acabamos de...

Sus labios sobre los míos me interrumpen. El beso es suave, lleno de amor y promesas.

—¿Ya no estás asustado por esto? De alguna manera siempre hemos ignorado el tema desde... —pregunto cuando se aparta.

—Estaba inseguro de si podría ser padre, si no era demasiado pronto. Pero... —dice al separarse y hace una pausa—, es el regalo más hermoso que podrías haberme hecho. —Su mano se desliza hacia mi vientre—. Un pequeño ser que es mitad tú y mitad yo.

—Seremos una familia. Tú, yo y nuestro bebé.

El alivio me abruma. Toda la tensión de los últimos días se desvanece. Ryan me atrae hacia sus

brazos y me apoyo en su pecho. Nos besamos. Mi corazón late con fuerza contra mi pecho, de hecho, está acelerado, apenas puedo contenerlo.

—Te prometo —susurra— que lucharé cada día para hacerlos felices a los dos. Voy a...

De repente, su voz se vuelve borrosa. La habitación empieza a dar vueltas, puntos negros bailan frente a mis ojos.

—¿Patricia? —La voz de Ryan suena como a través de algodón—. Patricia, ¿qué pasa?

Quiero responder, pero mi lengua ya no me obedece. La oscuridad en los bordes de mi campo de visión se expande.

Lo último que siento son los fuertes brazos de Ryan atrapándome mientras me hundo en la oscuridad.

—¡Patricia! ¡Dios mío, Patricia! Di algo...

Entonces todo se vuelve negro.

Capítulo 30

Ryan

Hace un momento la tenía en mis brazos, sentía su calor, su sonrisa, y ahora yace inmóvil frente a mí en el suelo. Mis manos tiemblan mientras toco su rostro y palmeo sus mejillas.

—¿Patricia? ¡Patricia, despierta! —Mi voz se quiebra. No responde. Su cabeza rueda hacia un lado cuando la sacudo suavemente—. No, no, no... ¡esto no puede estar pasando!

Con dedos temblorosos, busco mi teléfono y marco el número de emergencias. ¿Por qué tarda tanto? ¿Por qué nadie contesta?

—Centro de emergencias, ¿cuál es su emergencia?

—Mi... mi novia —balbuceo—. Se ha desmayado. Está inconsciente. Ella... ¡está embarazada!

—Mantenga la calma. ¿Cuál es la dirección?

Doy el nombre de la calle, el número de la casa, tropezando con las palabras. Patricia sigue inmóvil. Demasiado quieta. Mucho más quieta de lo que debería.

—Una ambulancia va en camino. Quédese en la línea. ¿Puede sentir el pulso de su novia?

Mi mano tiembla tanto que apenas puedo encontrar su cuello. —Yo... no lo sé. No siento nada. ¡Dios mío, no siento nada!

—Debe comenzar las maniobras de reanimación ahora. Coloque la palma de su mano en el centro del pecho...

Pongo el teléfono en altavoz y sigo las instrucciones. Presionar, treinta veces. Respiración boca a boca. Presionar de nuevo. Sus labios están fríos.

—¡Patricia, por favor! —Las lágrimas corren por mi rostro—. No puedes dejarme solo. No ahora. ¡No así!

—¡Ayuda! —Grito tan fuerte como puedo—. ¿Alguien puede ayudarme? —Sigo gritando entre las maniobras de reanimación y me limpio las lágrimas de desesperación de la cara para poder ver con claridad.

Entonces alguien llama a la puerta. Abro, pero no es la ambulancia, es la vecina de Patricia, su rostro contorsionado de preocupación. —¿Qué ha pasado?

—Ella... simplemente se desplomó —sollozo, mientras sigo presionando—. Treinta veces, dijo la mujer por teléfono. Presionar treinta veces.

La señora Miller se arrodilla junto a nosotros. —Fui enfermera —dice brevemente—. Déjeme a mí.

Sus manos toman el relevo, más precisas y seguras que las mías. —Dele respiración cuando yo le diga. Uno, dos, tres...

Trabajamos juntos. La señora Miller cuenta, yo doy respiración. Los segundos se estiran hasta la eternidad.

—¿Dónde diablos está la maldita ambulancia? —maldigo entre dos respiraciones.

—Lo está haciendo bien —dice la señora Miller con calma—. Continúe. Nos necesita ahora.

Mi camisa está empapada de sudor, mis brazos tiemblan. —El bebé... Dios mío, el bebé...

—Concéntrese —me advierte la señora Miller—. Ahora.

Me inclino de nuevo hacia Patricia, presiono mis labios contra los suyos. —Vuelve a mí —susurro—. Por favor, vuelve.

Las sirenas aúllan a lo lejos, acercándose.

—¡Aquí arriba! —grita la señora Miller hacia la puerta—. ¡Tercer piso!

Pasos retumban en la escalera. Dos paramédicos irrumpen en la habitación, nos apartan a un lado.

—¿Cuánto tiempo lleva inconsciente? —pregunta uno.

—Dos, tal vez tres minutos —responde la señora Miller—. Comenzamos la reanimación de inmediato.

Trabajan rápido, con profesionalidad. Uno coloca una vía, el otro fija electrodos en el pecho de Patricia.

—Está embarazada —digo por tercera o cuarta vez—. Por favor... el bebé...

—Nos ocuparemos de ambos —me asegura uno de los paramédicos—. Por favor, retroceda.

Tropiezo hacia atrás hasta que siento la pared a mis espaldas. La señora Miller pone su mano en mi brazo.

—Ha hecho todo bien —dice en voz baja—. Ahora tenemos que dejarla en manos de los profesionales.

Los paramédicos hablan entre sí en su jerga médica. No entiendo las palabras, solo veo a Patricia, que yace tan pequeña y frágil en el suelo.

—Pulso débil, pero presente —dice uno—. La estabilizaremos para el transporte.

—¿Está viva? —Mi voz es apenas un graznido.

—Sí, pero debemos llevarla al hospital inmediatamente.

La suben a la camilla. Su cabeza rueda hacia un lado, un mechón de pelo cae sobre su rostro. Extiendo la mano para apartarlo, pero uno de los paramédicos me aparta suavemente.

—¿Es usted el marido?

—Novio. No el marido. Es decir, no estamos casados.

—Lo siento, pero no puede venir con nosotros. Pero puede seguirnos. Vamos al Hospital St. Mary.

La señora Miller aprieta mi brazo. —Yo cerraré aquí. Vaya.

—Gracias —susurro—. Gracias por todo.

Ella solo asiente, sus ojos están húmedos.

Sigo la camilla escaleras abajo, mis piernas como plomo. Las luces de la ambulancia proyectan sombras fantasmales en la pared de la casa.

—Quédate conmigo —susurro, mientras Patricia es introducida en la ambulancia y me duele tanto no poder ir con ella—. Lo superaremos juntos. Tú, yo y el bebé. Somos una familia ahora, ¿lo has olvidado?

El paramédico pone brevemente su mano en mi hombro y me mira. —Por favor —susurro.

—Está bien. Venga, suba.

—Gracias —digo conmovido y subo, luego las puertas se cierran y el vehículo arranca, atravesando la noche hacia el hospital.

Sostengo su mano, siento su débil pulso bajo mis dedos. Una señal de vida. Una promesa.

—No te soltaré —juro—. Nunca.

***

Cuando llegamos al hospital, todo sucede muy rápido. Empujan a Patricia por largos y brillantes pasillos. Corro detrás, hasta que una enfermera me detiene.

—Debe esperar aquí. Los médicos se están ocupando de su novia ahora.

—Pero yo...

—Por favor. Tome asiento allí. En cuanto sepamos algo, le informaremos.

Señala una zona de espera con sillas grises de plástico. Mis piernas se sienten como gelatina cuando me siento. El reloj en la pared avanza tortuosamente lento.

19:23 horas.

Miro fijamente mis manos. Todavía tiemblan. Mi camisa tiene manchas de sudor por la reanimación. Las conversaciones con mi padre y mi hermano pasan por mi mente. Ambos tenían razón. Entonces recuerdo que Ethan también tiene problemas. ¿Por qué no pregunté más? Quizás algún día sea demasiado tarde. Como casi ocurrió con Patricia y conmigo. Me obligo a no seguir pensando en ello.

19:45 horas.

Una señora mayor a mi lado hojea una revista. El crujido de las páginas me está volviendo loco.

—¿Quiere un café?

Me sobresalto. Una enfermera está frente a mí, no la misma de antes.

—¿Cómo está ella?

—Los médicos aún están trabajando. Pero venga, parece que le vendría bien un café.

La sigo como aturdido hasta la máquina de café. El vaso en mis manos está demasiado caliente, pero el calor se siente bien.

20:17 horas.

Mi teléfono vibra. Un mensaje de Ethan: *¿Todo bien?* Me quedo mirando la pantalla. ¿Qué debo responder?

En el hospital. Patricia se desmayó. Esperando noticias.

Su respuesta llega de inmediato: *¿Quieres que vaya?*

No. Te aviso.

20:49 horas.

Ya no puedo quedarme quieto, camino de un lado a otro por el pasillo. Una enfermera me lanza una mirada de desaprobación.

21:15 horas.

—¿Señor Valentine?

Me doy la vuelta bruscamente. Un médico con ropa quirúrgica verde está frente a mí.

—¿Sí? ¿Cómo está ella? ¿Y el bebé?

Sonríe. Mi corazón da un vuelco. Los médicos no sonríen cuando hay malas noticias, ¿verdad?

—Su novia está bien, dadas las circunstancias. Sufrió un colapso circulatorio causado por una caída repentina de la presión arterial. Puede ocurrir durante el embarazo.

—¿Y... y el bebé?

—El bebé está bien. Hicimos una ecografía exhaustiva. El latido del corazón es fuerte, todos los valores son normales.

Mis rodillas se debilitan. Tengo que apoyarme en la pared.

—¿Puede repetir eso? —susurro.

Se ríe suavemente. —Ambos están bien. La señorita Simmons se quedará esta noche en observación, pero ya no hay peligro agudo.

—¿Puedo verla?

—Aún está dormida, pero sí, puede entrar un momento. Sígame.

Me guía por más pasillos hasta llegar a una zona más tranquila de la planta. Habitación 412.

Patricia yace en una cama de hospital blanca, conectada a varios aparatos. Pero sus mejillas han recuperado el color y el monitor junto a ella muestra un latido cardíaco regular.

Me siento con cuidado en el borde de la cama, tomo su mano. Está cálida.

—Hola —susurro—. Me has dado un buen susto.

No se mueve, pero sus dedos se contraen ligeramente en mi mano.

—El bebé está bien —digo—. Los dos estáis bien. Ahora cuidaré mejor de vosotros, lo prometo.

Una enfermera entra, revisa los monitores. —Debería dejarla dormir ahora. Puede volver mañana por la mañana.

Asiento, me inclino y beso suavemente la frente de Patricia. —Volveré mañana. Descansa.

Cuando me levanto, Patricia gira la cabeza, sus párpados revolotean.

—¿Ryan? —su voz es apenas un susurro.

—Estoy aquí.

—¿Qué... qué pasó?

—Shhh, no te esfuerces. Estás en el hospital. Tú y el bebé estáis bien.

Coloca una mano sobre su vientre. —¿Seguro?

—Absolutamente seguro. El médico acaba de decírmelo.

Una débil sonrisa cruza su rostro, luego sus ojos se cierran de nuevo.

La enfermera me indica con un gesto de la cabeza que es hora de irme.

—Hasta mañana —susurro y aprieto su mano una vez más.

Fuera, me apoyo contra la pared, respiro profundamente. La tensión de las últimas horas se desvanece y de repente me siento infinitamente cansado.

Mañana. Mañana vendré a verla directamente después de levantarme, no me separaré de su lado.

Conduzco de vuelta a casa, a mi ático donde apenas paso tiempo, y me pregunto si debería alojar a Patricia aquí cuando le den el alta. Aquí puedo cuidar de ella. Aquí puedo... Me detengo. Tal vez sea demasiado pronto para hacer planes de este tipo. Me dejo caer en el sofá, demasiado agotado para ir a la cama. Mi último pensamiento antes de quedarme dormido es para Patricia y nuestro hijo por nacer.

Lo hemos logrado.

Los tres lo hemos logrado.

Capítulo 39

Patricia

Lo primero que percibo es un pitido constante. Mis párpados pesan como el plomo cuando los abro. La brillante luz de la mañana inunda la habitación.

—Hola, bella durmiente.

La voz de Ryan. Giro la cabeza hacia un lado. Está sentado en una silla junto a mi cama, con oscuras ojeras, pero una sonrisa en los labios.

—¿Cuánto tiempo...? —mi voz suena áspera.

—Toma. —Me acerca un vaso de agua, llevando la pajita a mis labios. El líquido fresco me sienta bien.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Desde anoche. Ahora son... —Mira su reloj—. Poco después de las ocho.

Los recuerdos vuelven en fragmentos. Estábamos en mi apartamento, hablando, aclarándolo todo, besándonos y luego... oscuridad.

Mi mano vuela a mi vientre. —¿El bebé?

—Todo está bien. —Pone su mano sobre la mía—. El pequeño está bien. Los médicos hicieron una ecografía ayer.

El alivio me invade. —¿Qué pasó?

—Colapso circulatorio. El médico dijo que puede ocurrir durante el embarazo. —Aprieta mi mano—. Me diste un buen susto.

—Lo siento.

—Eh, no te disculpes. Lo importante es que estás mejor. —Me aparta un mechón de pelo de la cara—. La señorita Miller te manda saludos. Me ayudó mucho ayer. Fui a tu apartamento y te traje algunas cosas. —Señala la maleta empacada a su lado. Aquella maleta que no había desempacado ayer después de mi regreso. No hace preguntas ni reproches al respecto. Simplemente está aquí, sonriéndome.

—Pero, ¿cómo entraste a mi apartamento? La señorita Miller no tiene llave —pregunto.

—Ella ayudó ayer. Yo estaba desesperado. Pero me oyó, llamó a la puerta y de repente estaba allí, cuando... cuando tú... —Su voz se quiebra—. Es enfermera titulada. Me ayudó con la reanimación hasta que llegó la ambulancia. Después cerró cuando me fui contigo.

La puerta se abre y entra una enfermera. —Ah, está despierta. ¿Cómo se siente?

—Débil —admito.

—Es normal. Revisaré rápidamente sus valores y luego le traeré el desayuno.

Anota los números de los monitores y me toma la presión. —Ya está mejor que ayer. El doctor vendrá a verla más tarde.

Cuando se ha ido, miro de nuevo a Ryan. Parece cansado, su ropa está arrugada. —¿Estuviste aquí toda la noche?

—No, me mandaron a casa, solo pudimos hablar brevemente ayer. Pero apenas pude dormir en casa. Volví a las seis.

—Tienes un aspecto horrible —digo con una débil sonrisa.

Él se ríe. —Deberías verte tú.

La enfermera trae una bandeja con el desayuno. Tostadas, mermelada, té. El olor hace que mi estómago se rebele.

—Solo unos bocados —me anima Ryan—. Necesitas fuerzas.

Lentamente, como medio trozo de tostada. Ryan me cuenta sobre la noche anterior, su miedo, la ayuda de la señorita Miller, el viaje en ambulancia.

—Pensé que los perdía —dice en voz baja—. Nunca había tenido tanto miedo.

Aprieto su mano. —Todavía estamos aquí.

***

Los siguientes días pasan como a cámara lenta. Los médicos quieren mantenerme en observación, hacen pruebas y ecografías diariamente. Ryan viene cada mañana antes del trabajo y cada tarde después.

El segundo día me trae flores y una novela romántica que compró en el quiosco. —Para que no te aburras.

—Eres un encanto.

Se sienta durante horas junto a mi cama, me cuenta sobre el trabajo, sobre la conversación con su padre, que está preocupado y aprueba que pase mucho tiempo aquí.

El tercer día ya puedo levantarme, dar pequeños paseos por el pasillo. Ryan me apoya, aunque protesto diciendo que puedo hacerlo sola.

—Déjame —dice suavemente—. Ahora los cuido mejor.

El cuarto día trae un osito de peluche. —Para el bebé —dice avergonzado—. Sé que es muy pronto, pero...

Lo beso. —Es perfecto.

Las enfermeras ya sonríen cuando lo ven llegar. —Su novio es muy atento —me dice una.

—Sí —respondo y siento cómo se me calienta el corazón—. Lo es.

El quinto día estoy sentada junto a la ventana cuando entra. El sol brilla y me siento realmente despierta por primera vez.

—Te ves mejor —dice y me besa a modo de saludo.

—Me siento mejor también. El médico dice que si los valores están bien mañana, podré irme a casa.

—¿En serio? —Sus ojos brillan—. ¡Eso es genial! Pero... —Duda—. Tal vez no deberías estar sola en tu apartamento tan pronto...

—¿Qué sugieres?

—Ven conmigo, a mi apartamento, hasta que estés completamente recuperada.

Lo miro, esa mezcla de esperanza y preocupación en su rostro. En los últimos días se ha acercado más a mí que nunca antes. No físicamente. Siento una conexión profunda entre nosotros que antes no estaba ahí.

—De acuerdo —digo—. Pero solo si realmente no te molesta.

Su sonrisa es como la luz del sol. —No habría cedido hasta que dijeras que sí.

***

Al día siguiente, Ryan está en la puerta de mi habitación del hospital con una amplia sonrisa. —El alta está lista. Ya lo tengo todo preparado.

—Suenas como si tuvieras un plan maestro —digo y no puedo evitar sonreír.

—Lo tengo —me ayuda a ponerme la chaqueta—. Primero iremos a tu apartamento a recoger algunas cosas más y luego nos vamos al mío.

El viaje pasa volando. Disfruto de su cercanía, de su mano sobre la mía, de cómo se ocupa de todo. Cuando entramos en su apartamento, me quedo sorprendida. Nunca había estado aquí. Ni siquiera sabía dónde vivía. Las vistas son impresionantes. Sobre la mesa de centro hay un jarrón con flores frescas.

—No hacía falta —digo, señalando las flores que seguramente ha comprado solo por mí.

—Quiero que te sientas cómoda —lleva mi bolsa al dormitorio—. Ven, te lo enseño todo.

—Gracias —respondo en un susurro, acariciándole el brazo.

En el dormitorio ha vaciado el lado derecho del armario. —Aquí hay espacio para tus cosas.

Nuestras miradas se encuentran. Nos besamos. Con suavidad. Con amor. Llenos de afecto. Luego se aparta de mí.

—Quiero que te sientas a gusto —me abraza por detrás, pone sus manos sobre mi vientre—. Los dos.

—Ryan... —me giro hacia él—. No tienes que hacer todo esto.

Sella mis labios con un beso. —Pero quiero hacerlo.

En los días siguientes desarrollamos una rutina. Por las mañanas me despierta con el desayuno en la cama, aunque protesto diciendo que puedo levantarme.

—El médico dijo que debes descansar —me recuerda.

—Descansar sí, pero no guardar reposo —replico, mientras saboreo el panqueque que ha preparado.

Durante el día trabaja desde casa con el portátil y siempre está disponible cuando necesito algo. Solo a veces tiene que ir a la oficina por alguna reunión. Pero siempre vuelve a casa antes de lo anunciado, "solo para ver cómo van las cosas", según dice.

—No tienes que estar constantemente...

—Lo sé —me interrumpe con suavidad—. Pero quiero hacerlo.

Por las noches cocina para nosotros. No solo platos preparados o comida a domicilio, como yo habría esperado de él, sino comidas de verdad con ingredientes frescos.

—¿Desde cuándo sabes cocinar? —pregunto asombrada cuando me sirve una lasaña perfecta.

—Tutoriales de YouTube —confiesa—. Y algunos consejos de mi madre, aunque la repostería es más su pasión.

—¿Has hablado con tu madre sobre cocina?

—Estaba encantada. Dijo que ya era hora de que me hiciera adulto —Ryan me guiña un ojo—. Además, ahora tengo que cuidar de dos, no, de tres personas.

Una noche, estoy sentada en el sofá con las piernas levantadas mientras él trajina en la cocina. El aroma de la sopa de verduras inunda el apartamento.

—¿Ryan?

—¿Mmm? —entra con dos cuencos humeantes.

—Gracias.

—¿Por qué? —se sienta a mi lado.

—Por todo. Por cuidarnos tan bien. Por esforzarte tanto.

Deja los cuencos y toma mi mano. —Pat, yo... —traga saliva—. Cuando estabas tirada en el suelo... Tenía tanto miedo. Y me juré que si los dos estabais bien, haría todo bien. Esta vez de verdad todo.

Me apoyo en él. —Lo estás haciendo. Más que eso.

Sus labios rozan mi frente. —Te quiero. A los dos.

Las palabras salen tan naturales, tan evidentes. Sin grandes gestos, sin un momento dramático, simplemente la verdad.

—Yo también te quiero —susurro.

Más tarde estamos en la cama, su mano sobre mi vientre ligeramente abultado. Ha cogido la costumbre de contarle cuentos al bebé antes de dormir.

—...y entonces el osito decidió que prefería quedarse en casa, con su familia —termina la historia.

—¿Sabes que el bebé aún no puede oírte? —le bromeo.

—Claro que puede —insiste—. Además, estoy practicando.

Me giro hacia él. —Eres adorable, ¿lo sabías?

—Mmh, no se lo digas a nadie —me besa, primero suavemente, luego con más pasión.

—Ryan...

—¿Hmm?

—El médico no dijo que no pudiéramos tener sexo.

Se ríe suavemente. —No, no lo dijo.

Sus manos recorren mi cuerpo, con ternura, casi con reverencia. Me acurruco contra él, disfrutando de sus caricias, sus besos, su cercanía.

Más tarde, cuando yacemos uno al lado del otro, exhaustos y felices, me acaricia el pelo. —Quédate aquí —dice en voz baja.

—¿Qué quieres decir?

—No solo hasta que te recuperes. Quédate aquí. Conmigo. Con el bebé.

Me incorporo y lo miro. —Ryan...

—Sé que es pronto. Pero se siente correcto. Tú aquí, nosotros juntos. No quiero perder esto.

—¿Estás seguro? Es un gran cambio.

Me atrae de nuevo a sus brazos. —Nunca he estado tan seguro. Además... —sonríe—. Ya he vaciado todo el armario. Sería una pena desperdiciarlo.

Me río. —¿Ese es tu argumento? ¿Un armario vacío?

—No —se pone serio—. Mi argumento es que te quiero. Que quiero despertar a tu lado cada mañana. Que quiero que nuestro hijo crezca aquí, con nosotros dos.

Siento lágrimas en mis ojos. Malditas hormonas. —De acuerdo.

—¿De acuerdo?

—Sí. Me quedo.

Su sonrisa ilumina toda la habitación. —Bien. Muy bien —me besa de nuevo—. Pero mañana iremos a tu casa a buscar el resto de tus cosas.

—Mañana no —murmuro contra sus labios—. Mañana nos quedamos todo el día en la cama.

—Eso contradice las instrucciones del médico —me provoca.

—No —sonrío—. Dijo que debía descansar. Y eso es exactamente lo que haremos. Muy a fondo.

Se ríe, y pienso que nunca en mi vida me he sentido tan protegida, tan amada, tan en casa.

***

Cinco meses después

Estoy sentada aquí en el sofá de nuestro apartamento —sí, ahora es realmente nuestro— organizando los últimos documentos del trabajo. Llevo dos semanas de baja por maternidad, aunque Ryan insistió en que dejara de trabajar antes. En realidad, seguí trabajando como su asistente y fue mejor de lo que esperaba. Sus hermanos, su padre, todos parecían estar bien dispuestos hacia mí. Ahora, sin embargo, estoy intentando transferir los restos de mi trabajo a mi sucesor.

—No tienes que esforzarte demasiado —oigo su voz desde la cocina, como si hubiera leído mis pensamientos.

—Son solo unos papeles —le respondo—. Además, quiero dejarlo todo bien organizado antes de irme.

Entra con una taza de té. —Deberías descansar.

—Ryan, estoy embarazada, no enferma. —Aun así, acepto la taza agradecida. El aroma de la manzanilla me llega a la nariz.

—Lo sé. —Se sienta a mi lado, pone su mano sobre mi vientre ya visiblemente abultado—. Pero después del susto de aquella vez...

—Eso fue hace meses —lo interrumpo suavemente—. Estamos bien.

Como si el bebé lo hubiera oído, da una fuerte patada contra su mano. Ryan sonríe radiante. Lo hace cada vez que siente los movimientos.

—¿Ves? Todo está perfecto. —Me apoyo en él—. Pero si te hace sentir mejor: ya casi termino con los documentos.

Me besa en la sien. —Bien. Entonces podemos ir a dar un paseo más tarde. El médico dijo que el ejercicio es importante.

—¿De verdad te acuerdas de todo lo que dice el médico?

—Por supuesto. —Sonríe—. Incluso tengo una lista.

—¿Una lista?

—En mi teléfono. Con todas las recomendaciones, citas y lo que aún tenemos que comprar.

No puedo evitar reírme. —Eres increíble.

—No, solo soy minucioso. —Se levanta—. Voy a preparar la cena. ¿Qué te apetece?

—Sorpréndeme.

Mientras él trabaja en la cocina, termino de organizar. Los últimos meses han sido como un sueño. Ryan y yo nos hemos acercado más que nunca. Cada noche nos dormimos abrazados, cada mañana me despierta con un beso.

Más tarde, estamos acostados en la cama. La luna brilla a través de las ventanas, bañando la habitación con una luz plateada. Ryan ha vuelto a adoptar su posición habitual: tumbado de lado, con una mano sobre mi vientre.

—¿Pat?

—¿Hmm?

—Tengo que preguntarte algo.

—¿Okay? —Giro la cabeza para mirarlo.

Parece nervioso, lo cual es inusual en él. —Lo había planeado de otra manera. Con restaurante y todo. Pero... —Alcanza el cajón de su mesita de noche.

Mi corazón empieza a latir más rápido.

—Llevo esto conmigo desde hace meses. —Saca una pequeña caja—. Siempre esperando el momento perfecto. Pero tal vez este sea exactamente el momento perfecto.

Abre la caja. Un anillo brilla a la luz de la luna.

—Patricia Simmons... ¿quieres casarte conmigo?

Las lágrimas asoman a mis ojos. —Ryan...

—Sé que quizás no es lo más romántico...

—Sí —digo.

—¿Qué?

—Sí, quiero casarme contigo.

Su rostro se ilumina. —¿De verdad?

—Claro que de verdad. —Lo atraigo hacia mí y lo beso—. Es el momento perfecto.

Sus manos tiemblan ligeramente mientras me pone el anillo. Encaja perfectamente.

—Te amo —susurra.

—Yo también te amo.

Nos besamos otra vez, esta vez más largo, más apasionadamente. De repente, un dolor agudo me atraviesa.

—¡Ay!

—¿Qué pasa? —Ryan se incorpora alarmado.

—Nada, solo... —Ese dolor—. Oh...

—¿Pat? —Su voz suena preocupada.

Agarro su mano. —Creo... creo que el bebé viene.

—¿Qué? ¿Ahora? Pero si aún faltan unas semanas y... —Salta de la cama—. Vale, tranquila. Muy tranquila. Yo... voy a buscar la bolsa. La teníamos ya preparada, ¿verdad? ¿Dónde está la bolsa?

—Ryan. —Tengo que sonreír a pesar del dolor—. La bolsa está en el pasillo. Justo donde la pusiste. Hace tres semanas.

—Cierto. Cierto. —Se pasa la mano por el pelo—. ¿Qué más? Llamar al hospital. Sí. Y...

—Vestirse no estaría mal —sugiero.

Se mira a sí mismo, sus bóxers. —Oh. Sí. Por supuesto.

Mientras corre frenéticamente por la habitación buscando ropa, llega la siguiente contracción. Respiro profundamente, como aprendimos en las clases de preparación al parto.

—Vale. —Ryan está vestido y también me ha dejado ropa preparada—. Ahora voy a llamar al hospital. Luego nos iremos. Todo irá bien. Tranquila.

—¿Ryan?

—¿Sí?

—Tú eres el que no está tranquilo.

Se detiene, respira hondo. —Es cierto. Lo siento. —Viene hacia mí, me ayuda a vestirme. Sus manos son suaves, cuidadosas—. ¿Mejor?

Asiento. —Mucho mejor.

Me besa en la frente. —Entonces vamos a buscar a nuestro bebé.

De camino al coche llega la siguiente contracción. Ryan me sostiene, murmurando palabras tranquilizadoras. Cuando nos sentamos en el coche, agarro su mano.

—¿Ryan?

—¿Sí?

—Por cierto, ese fue realmente el momento perfecto para una propuesta.

Se ríe, aprieta mi mano. —Yo también lo creo. Y ahora este día va a ser aún más perfecto.

Me recuesto, una mano en mi vientre, la otra en la suya.

Estamos listos.

Listos para este nuevo capítulo.

Listos para esta nueva familia.

Lista para nuestra familia.

Se aproxima otra contracción. —¿Ryan?

—¿Sí?

—Conduce más rápido.

Él pisa el acelerador y pienso que este debe ser el día más loco, hermoso y emocionante de mi vida. Y apenas está comenzando.

Epílogo

Ryan

El sol brilla en el cielo como si hubiera sido pedido especialmente para este día. El pabellón blanco en el prado florido parece sacado de un cuento de hadas. Flores y cintas blancas por todas partes, ondeando con la suave brisa. El organizador de bodas se ha superado a sí mismo con la decoración.

Estoy de pie frente a la carpa, ajustándome la corbata por centésima vez. Ethan, mi hermano y padrino de bodas, pone su mano sobre mi hombro.

—Deja eso —dice Ethan a mi lado y aparta mis dedos de la corbata—. La vas a estropear.

—Lo siento —murmuro—. Es que estoy...

—¿Nervioso? —sonríe—. ¿El gran Ryan Valentine tiene las rodillas flojas?

—Oh, cállate —intento mantenerme serio, pero una sonrisa se dibuja en mis labios.

***

Oigo murmullos detrás de mí en la carpa. Los invitados están tomando sus asientos. No son muchos, solo nuestros amigos y familiares más cercanos. Así lo quisimos. Sin grandes espectáculos ni exageraciones. Solo nosotros y las personas más importantes para nosotros.

—Debería llegar en cualquier momento —dice Ethan mirando su reloj.

—Lo sé —respondo, mirando mi propio reloj y sintiendo cómo el hormigueo se extiende por mi cuerpo. Los últimos seis meses han pasado volando. Después de todo lo que ha sucedido —el nacimiento de nuestro hijo, la nueva rutina como familia, el estrés en la empresa y la planificación simultánea de una boda— me parece casi irreal estar aquí ahora.

Y entonces la veo.

Patricia viene por el estrecho camino que atraviesa el prado florido. Su vestido blanco brilla bajo la luz del sol, fluyendo como seda alrededor de su figura. Su cabello cae en suaves ondas sobre sus hombros, con pequeñas flores entrelazadas. Parece una aparición.

Pero lo que realmente cautiva mi mirada son sus zapatos. Los tacones negros de aquella vez. Los mismos con los que tropezó en mi vida. Exactamente los zapatos de los cuales uno estuvo tanto tiempo en el cajón de mi escritorio y mediante el cual me di cuenta de que era ella. La mujer con el disfraz de tigre que me robó el corazón y lo conquistó por completo. Fue idea de ambos que ella usara esos zapatos, como símbolo de nuestro comienzo.

Se acerca, con una radiante sonrisa en sus labios. Y entonces sucede: da un paso hacia un lado, directamente hacia un pequeño charco que se ha formado después de la lluvia de ayer.

Sin pensarlo, agarro su brazo, tirando suavemente de ella hacia un lado.

—Cuidado, señorita Simmons —digo con un guiño—. No queremos que la historia se repita. Esta vez no puedo enviarte a mi baño privado para secarte el pelo.

Ella ríe con esa risa clara y brillante que tanto amo. —Eso sería demasiado poético, ¿no crees, señor Valentine?

—Un comienzo perfecto para el día —digo y le sonrío.

Luego nos besamos. Profunda, suave y llena de amor. El beso irradia un calor que describe exactamente lo que siento por ella y que parece crecer cada día que pasamos juntos. En todas partes leí que un bebé puede ser una carga para una familia. Pero para nosotros fue todo lo contrario: todo se volvió aún más armonioso.

—Oigan, se supone que deben besar a la novia después de la ceremonia —dice la oficiante que dirigirá nuestra ceremonia. Nos separamos y veo que su regaño es solo fingido y que en realidad le alegra vernos así—. ¿Empezamos entonces? —pregunta. Miro a Patricia, asiento y la tomo de la mano. Juntos entramos en el gran pabellón mientras suenan las primeras notas de "Perfect".

Dejo que mi mirada recorra el pabellón blanco, veo las rosas blancas que enmarcan el camino para nosotros, las sillas cubiertas con fundas blancas y los globos blancos de helio. Es maravilloso. Entonces mi mirada se encuentra con la de mi padre. Me asiente en silencio. Sus ojos... ¿puede ser que brillen? ¿Que esté conmovido? Nuestra relación ha sido diferente desde aquella conversación y si alguien me hubiera dicho alguna vez que el gran William Valentine se divertiría enormemente jugando con su nieto y el osito de peluche de este, no lo habría creído posible.

Sigo mirando. Junto a él está mamá, que ni siquiera se molesta en ocultar sus lágrimas. Irradia orgullo. Y luego la madre de Patricia, Sarah, que sostiene a nuestro pequeño Jeff en sus brazos. Nuestro hijo, nombrado como su abuelo, como su esposo, como el padre de Patricia, que falleció demasiado pronto debido al cáncer. Con solo seis meses de edad y ya es el centro de nuestro universo. Lleva un diminuto traje y duerme plácidamente mientras a su alrededor tiene lugar uno de los momentos más importantes de nuestras vidas.

Un fuerte resoplido interrumpe el ambiente solemne. La señorita Miller, la antigua vecina de Patricia, se seca los ojos con un pañuelo. Insistimos en que viniera a la boda, aunque se quedó conmocionada cuando se enteró de que yo era uno de los Valentine y se disculpó muchas veces por su comportamiento en el pasillo. Le dije que por favor nunca cambiara y que apreciaba su sinceridad, y que siempre le estaría agradecido por estar allí para nosotros en aquellos terribles minutos cuando temí por la vida de Patricia y de mi hijo por nacer. Para mí, ella es parte de nuestra familia. Alguien en quien puedes confiar ciegamente incluso en la hora más oscura. No hay personas así en todas partes y me alegro de que nos visite de vez en cuando.

Luego veo a la amiga de Patricia, Josie, en el lado izquierdo frente al altar. Ella es su dama de honor y se puede ver literalmente lo feliz que está por Patricia. También me he encariñado con ella y su forma directa y apasionada de ser. En el lado derecho junto al altar están mis dos padrinos. Mis hermanos Ethan y Lance. Lance me guiña un ojo mientras Ethan se inclina hacia mí.

—Como dijiste aquella vez —susurra—. Parece que lo sabías.

Hago un gesto con la mano. —No empieces de nuevo con esa tonta apuesta —Luego sonrío—. Pero hablando de eso: ¿es cierto lo que he oído? ¿Sobre ti?

Ethan realmente se sonroja. —Ahora entiendo lo que querías decir con "tengo mis propios problemas". ¿Realmente sucedió así?

—Hablemos después —murmura—. ¡Ahora cásate primero! Y te libras de la próxima reunión familiar dominical por tu luna de miel, suertudo.

—Le dije a mamá que vendrá suficiente "familia" —digo guiñándole un ojo.

Patricia me da un codazo. —Oye, ustedes dos, dejen de criticar. En realidad, es muy dulce de parte de tu madre organizar esta reunión —me susurra—. Me gusta ir. Y a Jeff también. —Sonríe—. Le encanta cuando tu madre le canta esas viejas canciones infantiles.

Aprieto su mano. Tiene razón. Estos primeros domingos del mes se han convertido en una hermosa tradición. ¿Quién hubiera pensado que precisamente mi madre, que antes estaba principalmente ocupada con eventos de caridad y fiestas de sociedad, ahora no disfruta nada más que jugar con su nieto y servir pasteles caseros?

La oficiante se aclara suavemente la garganta y dirigimos nuestra atención al frente. Las últimas notas de "Perfect" se desvanecen y un silencio expectante cae sobre el pabellón.

—Querida Patricia, querido Ryan —comienza con voz cálida—. ¿Están listos?

Miro a Patricia. En sus ojos se refleja el mismo sentimiento que llena mi corazón. Certeza. Anticipación. Y este amor indescriptible que parece crecer con cada día que pasa.

Sí, estoy listo. Listo para todo lo que vendrá. Para más giros sorprendentes, para nuevos desafíos, para reír juntos y también para los momentos difíciles. Listo para una vida a su lado.

—Sí —digo sin apartar la mirada de ella. Mi voz es firme y clara, al igual que mi convicción.

—Sí —dice también Patricia y su sonrisa se vuelve aún más radiante.

La oficiante asiente satisfecha y levanta las manos. —Nos hemos reunido hoy aquí para celebrar el amor de dos personas. Un amor que comenzó de una manera inusual, con un zapato perdido, como en un cuento de hadas moderno...

Mientras ella habla, mis pensamientos vuelven brevemente al pasado. A aquella gala de San Valentín, cuando una mujer vestida de tigre tropezó en mi vida. A todos los momentos que siguieron. A nuestro tiempo en Nueva York y los muchos altibajos que vinieron después. La noche en el restaurante. Nuestro primer beso. El momento de pánico cuando me enteré de que estaba embarazada. La alegría indescriptible cuando nació Jeff.

Y ahora estamos aquí. Y es maravilloso y se siente como si realmente hubiera llegado. Al lugar correcto.

Patricia aprieta mi mano, trayéndome de vuelta al presente. Su mirada dice: "Te amo". Y eso es exactamente lo que hago. La amo. Quiero estar aquí con ella, con ella, en este momento y en todos los que vendrán.

La oficiante habla sobre el amor, la confianza, el coraje de comprometerse el uno con el otro. Sobre la fuerza de la familia y la importancia de la unión. Sus palabras parecen escritas para nosotros, capturando exactamente lo que somos.

Jeff hace un pequeño sonido en los brazos de su abuela, casi como un suspiro. Patricia y yo nos miramos y no podemos evitar sonreír. Incluso en este momento solemne, es él quien nos hace sonreír.

—Los anillos, por favor —dice la oficiante y Ethan se adelanta. Nos entrega los sencillos anillos de platino que hemos elegido. Sin adornos exagerados, sin diamantes. Solo dos anillos que

representan lo que nos prometemos: fidelidad, amor, constancia.

El sol brilla a través de las paredes transparentes del pabellón, haciendo destellar los anillos en nuestras manos. Una cálida brisa mueve las cintas blancas que cuelgan del techo. Es perfecto. No porque todo vaya exactamente según lo planeado, sino porque estamos aquí, juntos y rodeados de las personas que amamos.

La señorita Miller se suena la nariz ruidosamente una vez más, rompiendo la atmósfera solemne por un momento. Pero a nadie le importa. Al contrario, solo hace que el momento sea aún más auténtico, aún más real.

—Y ahora les pido que se den el uno al otro su consentimiento —dice la oficiante.

Miro a Patricia, esta mujer maravillosa que ha puesto mi vida completamente patas arriba. Que me ha mostrado que hay más en la vida que el trabajo y el cumplimiento del deber. Que me ha dado un hijo y me muestra cada día de nuevo lo que realmente importa en la vida.

El momento ha llegado.

El momento en que la señorita Simmons se convierte en la señora Valentine.

El momento en que oficialmente nos convertimos en lo que ya somos en nuestros corazones: una familia. Para siempre.

FIN